

CRASH!

J.G. BALLARD



Lectulandia

Esta es una de esas novelas que no es apta para menores, ni para espíritus débiles, ni para regalársela a nadie que no sea un forofo del género (de cualquiera de los géneros).

Resulta difícil glosar CRASH, en primer lugar no es ciencia-ficción tal y como se suele entender habitualmente; no extrapola los efectos de la ciencia actual sobre un hipotético futuro, no recrea una sociedad más o menos catastrofista o utópica, y menos que eso presenta una aventura espacial.

Es, según palabras del mismo Ballard, una novela del género apocalíptico, donde el sadomasoquismo y la obsesión por el sexo y la tecnología automovilística se mezclan de una forma obsesiva e insana.

La preocupación principal de Ballard al escribirla era, según palabras propias, *advertir contra la fascinación casi erótica que produce la tecnología*. Para ello sumerge a los personajes que se mueven por las doscientas cincuenta páginas de la novela en una vorágine de pornografía (de ahí lo de los dos géneros), olor a goma quemada, relaciones cruzadas, choques violentos y simbiosis con los vehículos que los matan y mutilan.

Lectulandia

J. G. Ballard

Crash

ePUB v1.0

minicaja 21.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Crash*

J. G. Ballard, 1973.

Traducción: Francisco Abelenda

Editor original: minicaja (v1.0)

ePub base v2.0



PRÓLOGO [1]

El matrimonio de la razón y la pesadilla que dominó el siglo XX ha engendrado un mundo cada vez más ambiguo. Los espectros de siniestras tecnologías y los sueños que el dinero puede comprar se mueven en un paisaje de comunicaciones. El armamento tecnológico y los anuncios de bebidas gaseosas coexisten en un dominio de luces enceguecedoras gobernado por la publicidad y los pseudo acontecimientos, la ciencia y la pornografía. Los leitmotive gemelos de este siglo, el sexo y la paranoia, presiden nuestras existencias. El júbilo de McLuhan frente a los mosaicos de información ultrarrápida no basta para que olvidemos el profundo pesimismo de Freud en *El malestar en la cultura*. El voyeurismo, la insatisfacción, la puerilidad de nuestros sueños y aspiraciones, todas estas enfermedades de la psique han culminado ahora en la víctima más aterradora de nuestra época: la muerte del afecto.

Este abandono del sentimiento y la emoción ha preparado el camino a nuestros placeres más tiernos y reales: en las excitaciones provocadas por el sufrimiento y la mutilación; en el sexo como una arena ideal —semejante a un cultivo de pus estéril— para todas las verónicas de nuestras perversiones; en la prosecución de un juego que no nos compromete moralmente: nuestra propia psicopatología; en nuestro poder de conceptualización, en apariencia ilimitado. Nuestros hijos tienen menos que temer de los coches en las autopistas del mañana que del placer con que calculamos sus muertes futuras de acuerdo con los parámetros más elegantes.

Mostrar los dudosos encantos de la existencia en este glauco paraíso se ha convertido cada vez más en una función propia de la ciencia ficción. Creo con firmeza que la CF, considerada a menudo un mero retoño, es al contrario la principal tradición de una respuesta de la imaginación frente a la ciencia y la tecnología y que corre en una línea ininterrumpida de H. G. Wells, Aldous Huxley, y los autores norteamericanos modernos de ciencia ficción, hasta los innovadores de hoy, como William Burroughs.

El «hecho» capital del siglo XX es la aparición del concepto de posibilidad ilimitada. Este predicado de la ciencia y la tecnología implica la noción de una moratoria del pasado —el pasado ya no es pertinente, y tal vez esté muerto— y las ilimitadas alternativas accesibles en el presente. La filosofía social y sexual del asiento eyectable une el primer vuelo de los hermanos Wright con la invención de la píldora.

No parece haber género mejor equipado que la ciencia ficción para explorar este inmenso continente de lo posible. Ninguna otra forma narrativa dispone de un repertorio de imágenes e ideas adecuadas para tratar el presente, y mucho menos el

porvenir. La característica dominante de la novela moderna es su preocupación por el aislamiento del individuo, la atmósfera de introspección y alienación, un estado mental que se presenta siempre como si fuera la marca distintiva de la conciencia del siglo XX.

Nada menos cierto. Al contrario, a mi juicio esta psicología procede totalmente del siglo pasado, e ilustra la reacción contra las presiones de la sociedad burguesa, el carácter monolítico de la era Victoriano y la figura tiránica del pater familias parapetado en su autoridad sexual y económica. Se trata de una óptica resueltamente retrospectiva, obsesionada por la naturaleza subjetiva de la experiencia, y que además tiene como tema la racionalización de la culpa y el enajenamiento. Los elementos de esta literatura son la introspección, el pesimismo y la sofisticación. No obstante, si algo distingue al siglo XX es por cierto el optimismo, la iconografía del producto de masas, la ingenuidad, el gozo libre de culpa de todas las posibilidades de la mente.

La modalidad imaginativa que se manifiesta hoy en la ciencia ficción no es nueva. Homero, Shakespeare y Milton inventaron otros mundos para hablar del nuestro. La acción de la ciencia ficción como un género separado, de reputación algo dudosa, es un fenómeno reciente y que está unido a la casi desaparición de la poesía dramática y filosófica y al lento deterioro de la novela tradicional, cada vez más dedicada a describir exclusivamente distintos matices de las relaciones humanas. Entre los temas que la novela tradicional ha descuidado, los más importantes son sin duda la dinámica de las sociedades humanas (la novela tradicional tiende a presentarlas como estáticas) y el puesto del hombre en el universo. Aun ingenua o crudamente, la ciencia ficción intenta al menos poner un marco filosófico o metafísico a los acontecimientos más importantes de nuestras vidas y nuestras conciencias.

Esta defensa general de la ciencia ficción se debe obviamente a que mi propia carrera de escritor ha estado unida a ella durante unos veinte años. Desde un principio, cuando me volví por vez primera hacia el género, tuve la convicción de que la clave del presente está en el futuro, más que en el pasado. En esa época, sin embargo, no me satisfacía el apego convulsivo de la CF por dos temas principales: el espacio exterior y el futuro remoto. Tanto con propósitos emblemáticos como teóricos y de programa, di el nombre de «espacio interior» al nuevo territorio que yo deseaba explorar: ese dominio psicológico (y que aparece, por ejemplo, en los cuadros surrealistas) donde el mundo exterior de la realidad y el mundo interior de la mente se encuentran y se funden.

Mi intención primera era escribir una obra de ficción sobre el mundo actual. En el contexto de la década del 50, cuando uno podía oír en la radio los primeros mensajes del Sputnik I, como la señal avanzada de un nuevo universo, este propósito requería unas técnicas completamente distintas de las utilizadas por el novelista del siglo XIX.

Yo creía en verdad que si fuera posible borrar del todo la literatura existente, estando obligados a comenzar de nuevo sin ningún conocimiento del pasado, todos los escritores empezarían a producir inevitablemente algo muy semejante a la ciencia ficción.

La ciencia y la tecnología se multiplican a nuestro alrededor. Cada vez más son ellas las que nos dictan el lenguaje en que pensamos y hablamos. Utilizamos ese lenguaje, o enmudecemos.

No obstante, por una paradoja irónica, la ciencia ficción se convirtió en la primera víctima de este mundo cambiante que anticipó y ayudó a crear. El porvenir entrevisto por los autores de las décadas del 40 y el 50 es ya nuestro pasado. Las imágenes entonces predominantes, no sólo los primeros vuelos a la luna y los viajes interplanetarios sino también nuestras cambiantes relaciones sociales y políticas en un mundo gobernado por la tecnología, hoy parecen los enormes fragmentos de un decorado teatral desechado. *2001: Odisea del espacio* comunicaba esta impresión de un modo particularmente conmovedor. Este film anuncia a mi juicio el fin de la época heroica de la ciencia ficción moderna. Los paisajes y el vestuario cuidadosamente concebidos, las maquetas espectaculares, me hicieron pensar en *Lo que el viento se llevó*; la epopeya tecnológica se transformaba en una especie de novela histórica al revés, un mundo cerrado donde nunca se permitía que entrase la luz cruda de la realidad contemporánea.

Nuestros conceptos de pasado, presente y futuro necesitan ser revisados, cada vez más. Así como el pasado mismo —en un plano social y psicológico— fue una víctima de Hiroshima y la era nuclear, así a su vez el futuro está dejando de existir, devorado por un presente insaciable. Hemos anexado el mañana al hoy, lo hemos reducido a una mera alternativa entre otras que nos ofrecen ahora. Las opciones proliferan a nuestro alrededor. Vivimos en un mundo casi infantil donde todo deseo, cualquier posibilidad, trátese de estilos de vida, viajes, identidades sexuales, puede ser satisfecho en seguida.

Añadiré que a mi criterio el equilibrio entre realidad y ficción cambió radicalmente en la década del sesenta, y los papeles se están invirtiendo. Vivimos en un mundo gobernado por ficciones de toda índole: la producción en masa, la publicidad, la política conducida como una rama de la publicidad, la traducción instantánea de la ciencia y la tecnología en imaginería popular, la confusión y confrontación de identidades en el dominio de los bienes de consumo, la anulación anticipada, en la pantalla de TV, de toda reacción personal a alguna experiencia. Vivimos dentro de una enorme novela. Cada vez es menos necesario que el escritor invente un contenido ficticio. La ficción ya está ahí. La tarea del escritor es inventar la realidad.

En el pasado, dábamos siempre por supuesto que el mundo exterior era la

realidad, aunque confusa e incierta, y que el mundo interior de la mente, con sus sueños, esperanzas, ambiciones, constituía el dominio de la fantasía y la imaginación. Al parecer esos roles se han invertido. El método más prudente y eficaz para afrontar el mundo que nos rodea es considerarlo completamente ficticio... y recíprocamente, el pequeño nodo de realidad que nos han dejado está dentro de nuestras cabezas. La distinción clásica de Freud entre el contenido latente y el contenido manifiesto de los sueños, entre lo aparente y lo real, hay que aplicarla hoy al mundo externo de la llamada realidad.

Frente a estas transformadnos, ¿cuál es la tarea del escritor? ¿Puede seguir utilizando las técnicas y perspectivas de la novela del siglo XIX, la narrativa lineal, la medida cronológica, los personajes representativos fastuosamente instalados en un tiempo y un espacio amplios? ¿El tema principal puede seguir siendo las fuentes pretéritas de un carácter o una personalidad, la lenta inspección de las raíces, el examen de los matices más sutiles que puedan encontrarse en el mundo del comportamiento social y las relaciones humanas? ¿Posee aún el escritor autoridad moral suficiente para inventar un universo autónomo y cerrado en sí mismo, manejando a sus personajes como un inquisidor que conoce de antemano todas las preguntas? ¿Tiene derecho a dejar de lado lo que prefiere no entender, incluyendo sus motivos y prejuicios, y su propia psicopatología?

Entiendo que el papel, la autoridad y la libertad misma del escritor han cambiado radicalmente. Estoy convencido de que en cierto sentido el escritor ya no sabe nada. No hay en él una actitud moral. Al lector sólo puede ofrecerle el contenido de su propia mente, una serie de opciones y alternativas imaginarias. El papel del escritor es hoy el del hombre de ciencia, en un safari o en el laboratorio, enfrentado a un terreno o tema absolutamente desconocidos. Todo lo que puede hacer es esbozar varias hipótesis y confrontarlas con los hechos.

Crash es un libro de ese tipo, una metáfora extrema para una situación extrema, un conjunto de medidas desesperadas a las que sólo se recurrirá en caso de emergencia. Si no me equivoco, y si lo que he hecho en estos últimos años es intentar redescubrir el presente, *Crash* es una novela apocalíptica de hoy que continúa la serie iniciada por otros libros míos en los que imaginaba un cataclismo mundial en un futuro cercano o inmediato: El mundo sumergido. La sequía y El mundo de cristal.

Crash por supuesto no trata de una catástrofe imaginaria, por muy próxima que pueda parecer, sino de un cataclismo pandémico institucionalizado en todas las sociedades industriales, y que provoca cada año miles de muertos y millones de heridos. ¿Es lícito ver en los accidentes de automóvil un siniestro presagio de una boda de pesadilla entre la tecnología y el sexo? ¿La tecnología moderna llegará a proporcionarnos unos instrumentos hasta ahora inconcebibles para que exploremos nuestra propia psicopatología? ¿Estas nuevas fijaciones de nuestra perversidad innata

podrán ser de algún modo benéficas? ¿No estamos asistiendo al desarrollo de una tecnología perversa, más poderosa que la razón?

A lo largo de *Crash* he tratado el automóvil no sólo como una metáfora sexual sino también como una metáfora total de la vida del hombre en la sociedad contemporánea. En este sentido la novela tiene una intención política completamente separada del contenido sexual, pero aún así prefiero pensar que *Crash* es la primera novela pornográfica basada en la tecnología. En cierto sentido, la pornografía es la forma narrativa más interesante políticamente, pues muestra cómo nos manipulamos y explotamos los unos a los otros de la manera más compulsiva y despiadada.

Por supuesto, la función última de *Crash* es admonitoria, una advertencia contra ese dominio de fulgores estridentes, erótico y brutal, que nos hace señas llamándonos cada vez con mayor persuasión desde las orillas del paisaje tecnológico.

J. G. B.

Vaughan murió ayer en un último choque. Mientras fuimos amigos había ensayado su propia muerte en numerosos choques, pero éste fue el único accidente verdadero. Lanzado oblicuamente contra la limusina de la actriz, el automóvil saltó sobre la baranda del paso elevado del aeropuerto de Londres y atravesó el techo de un autobús repleto de pasajeros. Los cadáveres triturados de los turistas, como una hemorragia del sol, aún yacían cruzados sobre los asientos de vinilo cuando una hora más tarde me abrí paso entre los técnicos de la policía. Aferrada al brazo de su chófer, la actriz Elizabeth Taylor, con quien Vaughan había soñado morir durante tantos meses, permanecía aparte bajo las luces intermitentes de las ambulancias. Cuando me arrodillé junto al cuerpo de Vaughan, la actriz se llevó al cuello una mano enguantada.

¿Entreveía acaso, en la postura de Vaughan, la clave de la muerte que él había proyectado para ella? En las últimas semanas Vaughan no había pensado sino en la muerte de la actriz, una coronación de heridas que había puesto en escena con la devoción de un jefe de ceremonias. Las paredes de las habitaciones de Vaughan, cerca de los estudios de Shepperton, estaban cubiertas de fotos que él había tomado con el zoom todas las mañanas, cuando la actriz salía del hotel de Londres, desde los puentes de las autopistas que iban al oeste, y desde la azotea del garaje de varias plantas de los estudios. Los detalles amplificadas de las rodillas y las manos, de la cara interior de los muslos y la comisura izquierda de la boca, era yo quien se los había reproducido de mala gana en la máquina de mi oficina, alcanzándole las copias como si fueran las actas de una sentencia de muerte. En casa de Vaughan vi cómo él ensamblaba los detalles del cuerpo de la actriz con fotografías de heridas grotescas sacadas de un texto de cirugía plástica.

En esa visión de un choque de coches con la actriz, las imágenes que obsesionaban a Vaughan eran los impactos y las heridas múltiples, el cromo agonizante y la chapa hundida de dos automóviles que se encontraban de frente en choques repetidos e interminablemente reiterados en películas de cámara lenta, las heridas idénticas en los dos cuerpos, la imagen del vidrio del parabrisas que se escarchaba alrededor de la cara de la actriz mientras ella quebraba la matizada superficie como una Afrodita nacida de la muerte, las fracturas múltiples de los muslos aplastados contra el freno de mano, y ante todo las heridas abiertas en los genitales de ella y de él, el útero de la actriz traspasado por el pico heráldico del emblema del fabricante, el semen de Vaughan derramado en el tablero luminoso que registraba para siempre la última temperatura del motor y el nivel de gasolina en el

tanque.

Sólo en estas ocasiones, mientras me describía el accidente final, Vaughan parecía tranquilo. Hablaba de estas heridas e impactos con la ternura erótica de un amante que no ve desde hace tiempo a la mujer amada. Mientras examinaba las fotografías, se volvía de lado hacia mí, de manera que la robusta ingle me tranquilizaba con el perfil de un pene casi erecto. Él sabía que mientras siguiera provocándome con su propio sexo —que utilizaba con desenfado, como si en cualquier momento pudiera deshacerse de él— yo nunca lo abandonaré.

Hace diez días, cuando robó mi coche del garaje de mi casa, corrió trepando por la rampa de cemento, como una máquina amenazadora que se aparece de pronto, impulsada por un resorte. Ayer su cuerpo yacía al pie del paso elevado, a la luz de los reflectores de la policía, velado por un delicado encaje de sangre. Las posturas truncas de los brazos y las piernas, la geometría sanguinolenta del rostro, parodiaban de algún modo las fotografías de cuerpos aplastados que recubrían las paredes de su casa. Le miré por última vez la ingle maciza y anegada de sangre. A veinte metros, bajo el resplandor de las luces intermitentes, la actriz trastabillaba del brazo del chófer. Vaughan había soñado morir mientras ella alcanzaba el orgasmo.

Hasta ese momento, Vaughan había participado en muchos accidentes. Cuando pienso en él, lo veo abrazado para siempre a superficies plásticas y metálicas deformes, en los coches robados que conducía y destrozaba. Yo lo había encontrado dos meses antes en la calzada inferior del paso elevado del aeropuerto, donde acababa de ensayar por vez primera su propia muerte. Un chófer de taxi ayudaba a dos azafatas aturcidas a bajar de un pequeño coche que Vaughan había embestido saliendo de una oculta carretera de acceso. Mientras corría hacia Vaughan, lo vi a través del parabrisas resquebrajado del convertible blanco que él había robado de la Oceanic Terminal. Un arco iris roto le iluminaba la cara exhausta, los labios lastimados. A duras penas pude abrir la portezuela abollada. Vaughan, tendido en el asiento cubierto de astillas de vidrio, estudiaba su propia postura con una mirada satisfecha. La sangre de las rodillas desgarradas le cubría las manos, que le colgaban con las palmas hacia arriba. Vaughan se examinaba los restos de vómito en las solapas de la chaqueta de cuero, y se inclinaba hacia adelante para tocar los glóbulos de semen adheridos al tablero de mandos. Traté de sacarlo del coche, pero las nalgas angostas parecían empalmadas entre sí, como si se hubiesen contraído con fuerza hasta extraer las últimas gotas de las glándulas seminales. En el asiento de al lado, rotas en pedazos, vi las fotografías de la actriz que esa mañana yo había reproducido en la oficina. Los fragmentos ampliados del labio y las cejas, del ángulo del brazo y el codo, se ordenaban en un mosaico resquebrajado.

En Vaughan la sexualidad y los choques de coches habían consumado un matrimonio último. Lo recuerdo de noche, acompañado por jóvenes crispadas en los

compartimientos traseros de coches aplastados, abandonados como chatarra, y en las fotografías que los retrataban en las diversas posturas de unos incómodos actos sexuales. El flash polaroid iluminaba caras contraídas y muslos tensos que evocaban a los perplejos sobrevivientes de un desastre submarino. Estas prostitutas incipientes, que Vaughan encontraba en los cafés nocturnos y en los supermercados del aeropuerto de Londres, eran primas hermanas de los pacientes que aparecían en los textos quirúrgicos. Cuando premeditadamente cortejaba a mujeres heridas, Vaughan continuaba obsesionado por los bubones de las bacterias infecciosas, las deformaciones faciales y las heridas genitales.

Descubrí a través de Vaughan el auténtico significado de un choque de coches, el golpe seco y breve como un latigazo y los vuelcos, y el éxtasis de los impactos frontales. Visitábamos juntos el centro de pruebas de accidentes, treinta kilómetros al oeste de Londres, y mirábamos cómo los vehículos se estrellaban contra los blancos de cemento. Más tarde Vaughan proyectaba en cámara lenta los simulacros que había filmado. Sentados a oscuras en los almohadones, observábamos los silenciosos impactos que centelleaban sobre la pared por encima de nuestras cabezas. Las repetidas secuencias de choques de coches primero me calmaban y luego me excitaban. A solas en la autopista bajo el resplandor amarillo de las luces de sodio, me veía sentado al volante de esos vehículos destrozados.

En los meses que siguieron, Vaughan y yo pasamos muchas horas recorriendo las autopistas periféricas al norte del aeropuerto. En las serenas noches estivales, estas veloces carreteras se convertían en una zona de colisiones de pesadilla. Escuchábamos los comunicados policiales en la radio de Vaughan, e íbamos de un accidente a otro. A menudo nos demorábamos bajo los faros que iluminaban el escenario de los impactos mayores, mirando cómo los bomberos y los técnicos de la policía trabajaban con palancas y lámparas de acetileno para liberar a esposas inconscientes atrapadas junto con maridos muertos, o esperábamos mientras un médico se afanaba atendiendo a un moribundo aplastado bajo un camión dado vuelta. A veces los otros espectadores empujaban a Vaughan, y él forcejeaba con el personal de las ambulancias que querían quitarle las cámaras. Ante todo, Vaughan se interesaba en los choques frontales contra los pilares que sostenían las partes elevadas de la carretera, la melancólica conjunción de un vehículo destruido abandonado en la hierba y la móvil y serena escultura de cemento.

Una vez fuimos los primeros en llegar al sitio donde una mujer acababa de chocar. De mediana edad, era cajera en el despacho de bebidas del aeropuerto; yacía desencajada en la cabina deshecha, y las astillas del parabrisas le enjoyaban la frente. Cuando se acercó un coche de la policía iluminando el camino con las palpitaciones de la luz de emergencia, Vaughan corrió a tomar la cámara y el flash. Me quité la corbata y busqué en vano las heridas de la mujer. Ella me miró, tendiéndose de

costado sobre el asiento. Observé la sangre que le empapaba la blusa blanca. Cuando Vaughan terminó de sacar las fotos, se arrodilló dentro del coche, le sostuvo la cara con mucho cuidado, y le susurró algo al oído. Luego los dos ayudamos a subirla a la camilla de la ambulancia.

Mientras volvíamos, Vaughan reconoció a una muchacha que esperaba a la entrada de un restaurante, una prostituta del aeropuerto que ocasionalmente trabajaba de acomodadora en un cine y se quejaba una y otra vez de lo mal que funcionaba el audífono de su hijo sordo. Se sentaron en el asiento trasero y ella empezó a criticar mi forma nerviosa de conducir. Vaughan observaba los movimientos de la mujer con una mirada abstraída, casi incitándola a que gesticulara con las rodillas y las manos. Nos detuvimos en la azotea desierta de un garaje de Northolt y esperé junto a la balaustrada. En el asiento trasero del coche, Vaughan acomodó los miembros de la mujer en la postura de la cajera moribunda. El cuerpo vigoroso de Vaughan, encorvado sobre ella bajo el reflejo fugaz de las luces de los coches, se movió en una serie de posiciones estilizadas.

Vaughan me reveló poco a poco todas sus obsesiones, en relación con el misterioso erotismo de las heridas: la lógica perversa de los paneles de instrumentos empapados de sangre, de los cinturones de seguridad sucios de excrementos, los parasoles revestidos de tejido cerebral. Los coches accidentados provocaban siempre en Vaughan una temblorosa excitación: las complejas geometrías de un guardabarros abollado, las imprevistas variaciones de radiadores hundidos, la prominencia grotesca de un tablero de instrumentos inclinado entre las piernas del conductor como en una calibrada fellatio mecánica. El tiempo y el espacio íntimo de un ser humano habían quedado fosilizados para siempre en esta telaraña de cuchillos de cromo y vidrio escarchado.

Una semana después del funeral de la cajera, mientras recorríamos de noche el perímetro occidental del aeropuerto, Vaughan viró hacia la cuneta y atropello a un perro vagabundo. El impacto sordo, como de un martillo acolchado, y la lluvia de vidrio cuando el cuerpo del animal voló sobre el techo, me convencieron de que estábamos a punto de morir estrellados. Vaughan no se detuvo. Vi cómo aceleraba mientras se sacudía coléricamente las astillas de vidrio de las mejillas, inclinando la cara cubierta de cicatrices contra el parabrisas resquebrajado. Los actos de violencia de Vaughan eran ya tan imprevisibles que yo me había convertido en un espectador pasivo. A la mañana siguiente, sin embargo, en la terraza del garaje donde abandonamos el coche, Vaughan me mostró con serenidad las profundas abolladuras en el capó y en el techo. Mientras observaba el despegue de un avión repleto de turistas, la cara lívida se le contrajo en una expresión de terquedad añorada. Las marcas triangulares del coche se habían formado con la muerte de una criatura anónima, de identidad desvanecida, inscrita abstractamente en la geometría del

vehículo. ¿Cuánto más misteriosas podían ser nuestras propias muertes, y las de los afamados y poderosos?

Aun esta primera muerte parecía tímida comparada con aquellas otras en que Vaughan participaba, y con las muertes imaginarias que le poblaban la mente. Vaughan se empeñaba una y otra vez en preparar un catálogo aterrador de desastres automovilísticos imaginarios y heridas insensatas: pulmones de hombres de edad traspasados por la manija de una portezuela, senos de mujeres jóvenes empalados en el eje del volante, mejillas de hermosos adolescentes perforadas por las aletas cromadas de las luces interiores. Para Vaughan estas heridas eran como las claves de una nueva sexualidad, nacida de una tecnología perversa. Las imágenes de estas heridas le colgaban en la galería de la mente como reses expuestas en un matadero.

Ahora, cuando pienso en Vaughan, que estaba ahogándose en su propia sangre a la luz de los reflectores de la policía, recuerdo los innumerables desastres imaginarios que él me describía mientras recorríamos juntos las autopistas del aeropuerto. Soñaba con limusinas de embajadores que embestían camiones cisterna, con taxis repletos de niños alborotados que se incrustaban en los coloridos escaparates de supermercados desiertos. Soñaba con hermanos y hermanas separados cuyas trayectorias se reencontraban por azar en vías de acceso a laboratorios de petroquímica, incestos inconscientes que se manifestaban en metales retorcidos, en hemorragias de tejido cerebral que ahora florecía bajo los compresores y las cámaras de reacción aluminizadas. Vaughan imaginaba que sus enemigos morían chocados desde atrás, en muertes concebidas por el odio y celebradas por el combustible que ardía en las zanjas laterales, por la pintura que hervía bajo el sol opaco de una tarde provinciana. Imaginaba los choques especializados de criminales fugitivos, de recepcionistas de hotel atrapadas entre el volante y el regazo del hombre a quien estaban masturbando. Pensaba en los accidentes de parejas en luna de miel, sentados juntos después de estrellarse contra la cisterna de un camión enloquecido. Pensaba en la más abstracta de las muertes, los choques de los estilistas del automóvil, que agonizaban en los coches acompañados por complacientes compañeras de laboratorio.

Vaughan elaboraba innumerables variantes de estas colisiones, pensando ante todo en reiterados choques frontales. Un pederasta y un médico agotado representaban sus propias muertes: primero chocando de frente, luego volcando; una prostituta retirada embestía un parapeto de cemento: el cuerpo entrado en carnes salía despedido por el parabrisas y el emblema cromado del capó le desgarraba el vientre menopáusico. La sangre se esparcía en el asfalto blanqueado por el crepúsculo, obsesionando para siempre al mecánico de la policía que trasladaba el cuerpo mutilado en una mortaja de plástico amarillo. Luego Vaughan la imaginaba aplastada por un camión que salía de una estación de servicio triturándola contra el flanco del coche en el instante en que ella se agachaba para aflojarse el zapato derecho,

hundiéndole los contornos del cuerpo en el molde sanguinolento de la portezuela. Veía cómo atravesaba el parapeto del paso elevado para morir como más tarde moriría el mismo Vaughan, incrustándose en el techo del autobús de una compañía aérea, cuya carga de complacidos destinos era multiplicada por la muerte de esta mujer madura y miope. Veía cómo salía del coche e iba a vaciar la vejiga a una letrina callejera, para ser atropellada por un taxi que arrojaba el cuerpo a treinta metros en un torbellino de orina y sangre.

Pienso ahora en las otras muertes que imaginábamos, las muertes absurdas de los contusos, los mutilados y los tullidos. Pienso en los accidentes de los psicópatas: colisiones improbables llevadas a cabo con rencor y disgusto, insidiosos choques múltiples entre oficinistas exhaustos en coches robados al atardecer. Pienso en accidentes absurdos, amas de casa neuróticas que vuelven de la clínica de enfermedades venéreas y se estrellan contra coches estacionados en calles suburbanas. Pienso en los accidentes de esquizofrénicos excitados que embisten de frente el camión de un lavadero, descompuesto en una calle de una sola dirección; en maníaco-depresivos aplastados mientras dan inútiles medias vueltas en los accesos a una carretera; en paranoicos infortunados lanzados a toda velocidad contra una pared de ladrillo en el extremo de un conocido callejón sin salida; en institutrices sádicas decapitadas dentro de coches volcados en encrucijadas difíciles; en jefas de supermercado lesbianas que arden en la carrocería destrozada de pequeños vehículos, bajo la mirada estoica de bomberos maduros; en niños autistas chocados por detrás, aplastados, los ojos dulcificados por la muerte; en autobuses repletos de débiles mentales que se ahogan estoicamente en un canal de desechos paralelo a la ruta.

Mucho antes que muriera Vaughan yo había empezado a pensar en mi propia muerte. ¿Con quién moriría yo, y desempeñando qué papel: el de psicópata, el de neurasténico, el de criminal que desaparece? Vaughan no se cansaba de soñar con la muerte de los célebres, y les inventaba accidentes imaginarios. Alrededor de las muertes de James Dean y Albert Camus, de Jayne Mansfield y John Kennedy, había entretejido una red de complejos desvaríos. La imaginación de Vaughan era una galería de tiro al blanco donde desfilaban actrices de cine, políticos, magnates y productores de televisión. Vaughan los seguía a todas partes con la cámara. El zoom los observaba desde la terraza del Oceanic Terminal, en el aeropuerto, desde balcones de hotel y los parques de los estudios. Para cada uno de ellos Vaughan proyectaba una muerte óptima. Onasis y su mujer morirían en una recreación del asesinato de Dealey Plaza. A Reagan lo veía en un choque múltiple, sorprendido por detrás, en una muerte estilizada, mostrando así hasta qué punto lo obsesionaban los órganos genitales de Reagan, quizá tanto como el exquisito tránsito del pubis de la actriz por las fundas de vinilo, en los asientos de las limusinas alquiladas.

Luego de que intentara matar una vez más a mi mujer, supe que Vaughan se había

retirado al fin, y vivía ahora encerrado en su propio cráneo. En ese reino encandilado donde imperaban la violencia y la tecnología, él conducía eternamente a lo largo de una carretera desierta, dejando atrás unos solitarios puestos de gasolina, en los lindes de unas vastas llanuras, atento a la aparición de un único coche. Vaughan llegaba a imaginar un mundo víctima de una catástrofe automovilística simultánea, donde millones de vehículos se estrellaban fundiéndose en una cúpula definitiva, coronada por una eyaculación de esperma y líquido refrigerante.

Recuerdo mi primer y pequeño accidente en el parque desierto de un hotel. Inquietos por la proximidad de un coche de la policía, Catherine y yo nos habíamos afanado en un apresurado acto sexual. Al salir del parque, choqué contra un árbol poco visible. Catherine vomitó en mi asiento. Este charco de vómito, con coágulos de sangre que parecían rubíes líquidos, tan viscoso y discreto como todas las secreciones de Catherine, aún sintetiza para mí la esencia del delirio erótico del choque de coches, más excitante que las mucosidades rectales y vaginales de mi mujer, tan refinado como el excremento de una reina de las hadas, o las gotas minúsculas que se le formaban a Catherine alrededor de las lentes de contacto. En este charco mágico, esta extraña descarga de fluido, brotada de su garganta como de una urna enigmática y remota, vi mi propio reflejo, un espejo de sangre, semen y vómitos destilado por una boca cuyos contornos, pocos minutos atrás, se habían cerrado con firmeza sobre mi pene.

Ahora que Vaughan ha muerto nos iremos con los otros, los que se congregaron alrededor, como multitudes atraídas por un inválido herido, en cuyas posturas deformes creen descubrir las fórmulas secretas de las mentes y las vidas de ellos mismos. Todos los que conocimos a Vaughan aceptamos el erotismo perverso del choque de coches, tan doloroso como la extracción de un órgano entre los labios de una herida quirúrgica. He observado parejas que copulaban surcando las oscuras autopistas nocturnas, hombres y mujeres a punto de alcanzar el orgasmo cuyos coches trazaban una serie de trayectorias incitantes precipitándose hacia los faros que fulguraban en la corriente de tránsito. Un joven solitario, al volante de su primer coche, una ruina destartalada rescatada a la chatarra, se masturba mientras los neumáticos gastados ruedan hacia un destino desconocido. Tras eludir un choque en una encrucijada, mancha de semen el cristal resquebrajado del velocímetro. Más tarde, el cabello lustroso de la primera joven que se tiende en el asiento con la boca sobre el pene, acaricia esas gotas de semen seco. La mano derecha del joven aferra el volante del coche, internándolo en la oscuridad rumbo a un empalme múltiple; y los frenos que chirrían le extraen el semen mientras el coche roza la cola de un camión cargado de televisores. Con la mano izquierda estimula el clítoris de la joven, y los faros del camión lanzan un destello de advertencia por el espejo retrovisor. Luego

observa cómo un amigo lleva a una adolescente al asiento trasero. Grasosas manos de mecánico exponen las nalgas a los cartelones de publicidad que desfilan velozmente. En las carreteras húmedas centellea el fulgor de las luces y rechinan los frenos. El glande reluce encima de la muchacha cuando el hombre eyacula hacia el maltrecho techo plástico del coche, manchando la tela amarilla con líquido seminal.

La última ambulancia había partido. Una hora antes habían llevado a la actriz de cine hasta la limusina. A la luz del crepúsculo, debajo del paso elevado, el cemento pálido parecía una aeropista secreta donde unas máquinas misteriosas se elevaban hacia un cielo metalizado. El avión de cristal de Vaughan volaba sobre las cabezas de los espectadores aburridos que volvían a los coches, mientras los extenuados policías juntaban las maletas y los bolsos aplastados de los turistas. Pensé en el cuerpo de Vaughan, ahora más frío, con una temperatura rectal que disminuía paralelamente a la de las otras víctimas de la colisión. Las ondas de esa temperatura descendían como serpentinatas en el aire nocturno, desde los edificios de oficinas y viviendas de la ciudad, y desde la cálida mucosa de la actriz encerrada en la suite del hotel.

Volví hacia el aeropuerto. Las luces de la Western Avenue resplandecían sobre los veloces automóviles, que avanzaban juntos hacia una celebración de heridas.

2

Empecé a entender los verdaderos motivos del choque de coches después de conocerlo a Vaughan. La figura hirsuta e inquietante de este hombre de ciencia renegado, sustentada por un par de piernas desiguales y cubiertas de cicatrices a causa de reiteradas colisiones, irrumpió en mi vida en una época en que las obsesiones de Vaughan eran por cierto las de un demente.

Yo regresaba de los estudios Shepperton, en una lluviosa tarde de junio, cuando mi coche patinó en la intersección bajo la entrada del paso elevado de la Western Avenue. En unos pocos segundos me vi lanzado a cien kilómetros por hora hacia la mano contraria.

El coche rozó el terraplén central y el neumático delantero reventó, saliéndose de la rueda. Fuera de control, el coche atravesó el terraplén y trepó por la rampa de salida. Se acercaban tres automóviles, vehículos producidos en serie cuyos accesorios externos, modelo y color recuerdo aún con la dolorosa exactitud de una pesadilla inacabable. Eludí a los dos primeros apretando los frenos y pasando a duras penas entre ambos. Al tercero, donde viajaban una joven médica y su marido, lo choqué de frente. El hombre, un ingeniero químico empleado en una compañía norteamericana de productos alimenticios, saltó a través del parabrisas como disparado por un cañón de circo y murió instantáneamente sobre el capó de mi automóvil. La sangre atravesó el parabrisas roto y me cubrió la cara y el pecho. Los bomberos que me sacaron más tarde de la cabina aplastada pensaron que yo tenía una herida en el corazón y estaba desangrándome.

Mis lesiones fueron leves. Como volvía a casa tras despedirme de Renata, mi secretaria, quien trataba de librarse de una embarazosa relación conmigo, todavía llevaba el cinturón de seguridad que me había puesto deliberadamente, para evitarle la incómoda situación de tener que abrazarme. Mi pecho golpeó contra el volante, mis rodillas se aplastaron contra el tablero mientras el cuerpo se me doblaba en otro choque, dentro del coche, pero mi única herida de consideración fue un nervio cercenado en el cuero cabelludo.

El mismo poder misterioso que me salvó de quedar empalado sobre el volante también salvó a la mujer del ingeniero. Excepto una contusión en la mandíbula superior y algunos dientes flojos, salió indemne del choque. Durante mis primeras horas en el hospital de Ashford lo único que flotó en mi mente fue la imagen de nosotros dos atrapados cara a cara en esos coches, y entre ella y yo el cuerpo del

marido agonizante, tendido en el capó de mi coche. Nos mirábamos a través de los parabrisas resquebrajados, incapaces de movernos. A pocos centímetros de mí, la mano del hombre yacía junto al limpiaparabrisas derecho, la palma hacia arriba. Al ser catapultado del asiento, había golpeado algún objeto duro con la mano, y vi cómo allí se le formaba un signo, que la circulación moribunda transformó pronto en una ampolla sanguinolenta: el tritón emblemático de mi radiador.

Sostenida por el cinturón de seguridad, la mujer permanecía sentada detrás del volante, mirándome de un modo curiosamente formal, como si se preguntara sobre el motivo de nuestro encuentro. El hermoso rostro, coronado por una frente ancha e inteligente, tenía la expresión ausente y vaga de una madonna de principios del Renacimiento que se niega a aceptar el milagro, o la pesadilla, que ha dado al mundo. Sólo un instante mostró alguna emoción, cuando pareció verme claramente por primera vez, y un extraño rictus le contrajo el lado derecho de la cara, como si hubiesen tirado del nervio con un cordel. ¿Entendía entonces que las manchas que me cubrían la cara y el pecho eran la sangre de su marido?

Un círculo de espectadores se congregó alrededor de nuestros coches, y los rostros callados nos observaron con seriedad. Tras este breve intervalo, se desencadenó una actividad frenética. Se oyó un chillido de neumáticos, y una media docena de coches dobló la curva y subió por el terraplén central. Un embotellamiento apretado bloqueó la Western Avenue, y las sirenas ulularon mientras las luces de la policía pestañeaban contra los paragolpes traseros de los vehículos atascados que intentaban retroceder. Un hombre mayor, vestido con un impermeable de plástico transparente, tiraba con desconfianza de la portezuela, detrás de mí, como si temiera que el coche pudiera lanzarle una poderosa descarga eléctrica. Una joven que traía una manta de tartán se agachó para mirar por la ventanilla. Me observó de cerca con los labios apretados, como una plañidera que contempla un cadáver tendido en un ataúd.

En ese momento yo no sentía dolor, y tenía la mano derecha apoyada en una varilla del volante. La mujer del muerto, que aún llevaba puesto el cinturón de seguridad, estaba recobrándose. Unas pocas personas —el conductor de un camión, un soldado de uniforme con licencia y una vendedora de helados— introducían las manos por las ventanillas, al parecer tocándole partes del cuerpo. Ella les indicó que se apartaran y se libró del arnés que le ceñía el busto, apretando la traba de cromo con la única mano que aún podía mover. Por un momento sentí que éramos los protagonistas de la escena final en un drama lúgubre, improvisado en un teatro tecnológico, y que incluía estas máquinas destrozadas, el hombre muerto y lacerado por el choque, y los centenares de conductores que aguardaban frente al escenario alumbrándonos con las luces de los faros.

Sacaron a la mujer del coche. Las piernas torpes y los movimientos angulares de

la cabeza parecían parodiar el deformado diseño de los dos automóviles. El capó rectangular de mi coche había sido arrancado bajo el parabrisas, y mi mente exhausta creía ver alrededor la repetición multiplicada de ese ángulo que separaba apenas el capó del guardabarros: las expresiones y posturas de los espectadores, la rampa de acceso al paso elevado, las rutas de vuelo de los aviones que despegaban de las lejanas pistas del aeropuerto. Un hombre de piel olivácea, vestido con el uniforme azul oscuro de una aerolínea árabe, sostuvo cuidadosamente a la mujer mientras la sacaban del coche. Un involuntario hilo de orina goteó entre las piernas de ella y cayó en el pavimento. El piloto le apretó los hombros para confortarla. Los espectadores, de pie junto a los coches, observaron el charco que se formaba en el macadán manchado de aceite. Un borroso arco iris circundó los débiles tobillos de la mujer a la luz del crepúsculo. Ella se volvió y me clavó los ojos contrayendo la cara magullada, en un gesto que era a la vez de preocupación y de hostilidad. Sin embargo, yo no veía otra cosa que el ángulo inusitado de los muslos, abiertos hacia mí en una postura aberrante. Lo que me obsesionaba no era la sexualidad de la figura, sino la estilización del acontecimiento atroz que nos había reunido, los extremos del dolor y la violencia ritualizados en esta posición de las piernas, como la pirueta exagerada de una deficiente mental que yo había visto una vez en la representación de una obra navideña, en una institución. Empuñé el volante con ambas manos, tratando de no moverme.

Un temblor continuo me sacudía el pecho y casi me impedía respirar. Las fuertes manos de un policía me sostuvieron el hombro. Un segundo policía depositó la gorra chata en el capó del coche, junto al cadáver, y empezó a tironear de la portezuela. El impacto frontal había comprimido la parte delantera de la cabina de pasajeros, atascando las cerraduras.

Un enfermero se acercó y me cortó la manga derecha. Un joven de traje oscuro sacó mi mano por la ventanilla. Mientras la aguja hipodérmica me entraba en el brazo, me pregunté si este médico, que parecía un niño demasiado crecido, estaba en edad de tener un diploma.

Una euforia inquieta me transportó al hospital. Vomité junto al volante, envuelto en una nube de desagradables fantasías. Dos bomberos arrancaron la portezuela de los goznes. La echaron al camino y me miraron como los ayudantes de un matador caído en el ruedo. Todos los movimientos de estos hombres, aun los más insignificantes, me parecían demasiado precisos. Me tendían las manos exhibiendo todo un repertorio de ademanes codificados, y si uno de ellos se hubiese desabotonado los toscos pantalones de estameña descubriendo los genitales y apretando el pene contra mi axila ensangrentada, incluso ese acto extravagante me habría parecido aceptable como estilización de la violencia y el rescate. Echado allí, cubierto con la sangre de otro hombre mientras la orina de la joven viuda formaba un

arco iris alrededor de los pies de mi salvador, yo esperaba que alguien me consolara con una muestra de afecto. Según esta lógica de pesadilla, los bomberos que corrían hacia el fuselaje crepitante de un avión estrellado podían trazar inscripciones obscenas o humorísticas en la pista calcinada con chorros de bióxido de carbono, los verdugos vestirían a las víctimas con atuendos grotescos. Las víctimas, a su vez, podían estilizar el ingreso en la muerte con gestos irónicos, besando con solemnidad la culata del arma de los ejecutores, profanando banderas imaginarias. Los cirujanos podían cortarse torpemente los dedos antes de practicar la primera incisión, la esposa murmurar fortuitamente el nombre de un amante en el momento del orgasmo del marido, la prostituta que mascaba el pene del cliente podía arrancarle un pequeño trozo de tejido de la curva superior del glande. Ese mismo mordisco doloroso que una vez recibí de una prostituta exhausta, exasperada por mi erección vacilante, me recuerda los gestos estilizados de los enfermeros de ambulancia y los empleados de las estaciones de servicio, cada uno con un catálogo de movimientos específicos.

Más tarde supe que Vaughan guardaba una colección fotográfica de las expresiones de las enfermeras en la sala de cirugía de emergencia. La tez oscura de estas mujeres mediatizaba la sexualidad escondida que Vaughan despertaba en ellas. Los pacientes morían en el intervalo que separaba una pisada de suela de goma de la pisada siguiente, en los movimientos ondulantes de los muslos que se rozaban a las puertas de la sala de operaciones.

Los policías me levantaron del coche y unas manos firmes me depositaron en la camilla. Ya me sentía lejos de la realidad de este accidente. Traté de incorporarme y sacudirme la manta de las piernas. El joven médico me empujó hacia atrás golpeándome el pecho con la palma de la mano. Sorprendido por la irritación que le brillaba en los ojos, me tendí en la camilla.

El cuerpo embozado del muerto fue alzado del capó de mi automóvil. Sentada entre las puertas de la segunda ambulancia como una madonna enloquecida, la esposa miraba con ojos inexpresivos el tránsito nocturno. La herida de la mejilla derecha le deformaba lentamente el rostro mientras la sangre se agolpaba en los tejidos tumefactos. Yo veía ya que las rejillas entrelazadas de nuestros radiadores eran como el modelo de una unión ineluctable y perversa. Observé el contorno de los muslos de la mujer. La sábana gris se alzaba en un delicado montículo, que ocultaba el tesoro del pubis. Las minuciosas curvas y protuberancias, la intacta sexualidad de esta mujer inteligente, presidían los trágicos acontecimientos del atardecer.

La irritante luz azul de los coches de la policía siguió girando en mi mente durante las tres semanas que pasé en una sala vacía del hospital de emergencia vecino al aeropuerto de Londres. En este callado paisaje de emporios del automóvil usado, depósitos de agua y cementerios de chatarra, circundado por las rutas que desembocaban en el aeropuerto, empecé a recuperarme. Dos pabellones con veinticuatro camas —no se preveían más sobrevivientes— estaban reservadas permanentemente para las posibles víctimas de un desastre aéreo. Uno de ellos estaba ahora ocupado por víctimas de accidentes de automóvil.

No toda la sangre que me cubría era del hombre a quien yo había matado. Los doctores asiáticos de la sala de operaciones descubrieron que el golpe contra el tablero me había fracturado las dos rótulas. Unos profundos agujonazos de dolor me subían desde la cara interior de los muslos hasta el bajo vientre, como si unos catéteres delgados me atravesaran las venas de las piernas.

Tres días después de que me operaran por vez primera las rodillas, contraí una infección menor. Tendido en el pabellón desierto, en una cama que pertenecía por derecho a la víctima de un accidente aéreo, pensé confusamente en las heridas y los dolores de ese hombre. Los lechos vacíos del pabellón albergaban un centenar de historias de aflicciones y desastres, heridas traducidas al lenguaje violento de las catástrofes de aviones y coches. Dos enfermeras se paseaban por el pabellón, limpiando las camas y los auriculares de radio. Estas jóvenes cordiales eran las sacerdotisas de una catedral de heridas invisibles; sexualidades manifiestas que presidían las lesiones faciales y genitales más espantosas.

Mientras me ajustaban los aparejos alrededor de las piernas, escuché el avión que despegaba del aeropuerto de Londres. La geometría de este complejo instrumento de tortura concordaba de algún modo con las prominencias y contornos de los cuerpos de las jóvenes. ¿Quién sería el próximo ocupante de esta cama? ¿Alguna cajera de banco de mediana edad en camino a las Baleares, con la cabeza llena de gin y el pubis húmedo orientado hacia el viudo indiferente sentado junto a ella? Un accidente en la pista del aeropuerto de Londres y el abdomen de la mujer quedaría marcado muchos años por el estigma de la hebilla del cinturón de seguridad. Cada vez que se escabullera al baño del restaurante de provincias y la debilitada vejiga irritara la uretra gastada, en cada acto sexual con el marido prostático, ella pensaría en los pocos segundos previos al accidente. Las lesiones perpetuarían para siempre esta infidelidad imaginaria.

¿Llegó mi mujer a adivinar, cuando visitaba el pabellón todas las noches, la

aventura sexual que me había llevado al paso elevado de la Western Avenue? Mientras se sentaba junto a mí, con ojos taimados que inventariaban las partes vitales del marido todavía disponibles, yo tenía la certeza de que en las cicatrices de mis piernas y mi pecho ella leía la respuesta a todas las posibles preguntas.

Las enfermeras revoloteaban a mi alrededor, cumpliendo sus dolorosas tareas. Cuando reemplazaban los tubos de drenaje de mis rodillas, yo trataba de no vomitar el sedante, que me inmovilizaba pero no atenuaba el dolor. La crudeza de las enfermeras era un tónico más eficaz.

Un doctor joven de cabello rubio y cara impenetrable me examinó las heridas del pecho. La piel estaba lesionada debajo del esternón, donde la había golpeado la varilla de la bocina, proyectada hacia arriba junto con el volante. Una llaga me marcaba el pecho, un arco iris jaspeado que iba de una tetilla a la otra. Durante la próxima semana este arco iris pasó por una secuencia de cambios de tono, como un espectro cromático de pinturas de automóvil. Mirándome, comprendí que si un ingeniero de coches observara mis heridas podría deducir con exactitud el año y el modelo de mi coche. La forma del tablero de instrumentos, como el perfil del volante que yo tenía dibujado en el tórax, estaba inscrita en mis rodillas y en mis tibias. El impacto de la segunda colisión entre mi cuerpo y el compartimiento interior del coche había quedado grabado en mis heridas como los contornos de un cuerpo femenino que continúan recordándose en la presión con que ha respondido nuestra piel, y que sentimos aún horas después de un acto sexual.

El cuarto día, sin razón aparente, me quitaron los anestésicos. Vomité toda la mañana en el recipiente esmaltado que una enfermera sostenía bajo mi cara, mirándome con ojos benévolos pero imperturbables. El borde frío del recipiente me apretaba la mejilla. En la superficie de porcelana había un hilillo de sangre, de algún anónimo usuario anterior.

Yo vomitaba reclinando la cabeza contra el macizo muslo de la enfermera. Junto a mi boca llagada, los dedos ajados contrastaban extrañamente con la piel juvenil. Me descubrí pensando en la entrepierna de la joven. ¿Cuánto hacía que se había lavado por última vez esa húmeda hondonada? Durante mi convalecencia, mientras hablaba con médicos y enfermeras, me obsesionaban preguntas como ésta. ¿Cuándo se habían lavado por última vez los genitales? ¿Tenían aún unos gránulos de materia fecal adheridos a los anos mientras prescribían un antibiótico para una garganta con estreptococos? ¿El olor de actos sexuales ilícitos seguía impregnándoles la ropa interior cuando volvían a sus casas, con las manos sucias de semen y mucosa vaginal que concertarían un matrimonio con una aspersión de lubricante en un accidente imprevisto? Atento a las formas tibias de los muslos de la enfermera, dejé caer unas hebras de bilis verdosa en el recipiente. Un repliegue del delantal de guinga había sido zurcido con unas hebras negras de algodón. Observé las costuras flojas apretadas

contra la redonda superficie de la nalga izquierda. Aquellas curvaturas parecían tan arbitrarias y cargadas de sentido como las heridas que yo tenía en las piernas y en el pecho.

Esta obsesión con las posibilidades sexuales de todo lo que me rodeaba se me había desencadenado luego del choque. Imaginé el pabellón repleto con las víctimas de un desastre aéreo, un burdel de imágenes en todas las mentes. El choque entre nuestros dos automóviles era el paradigma de un contacto sexual extremo y todavía no soñado. Las heridas de esos futuros pacientes se abrían a mí como una inmensa enciclopedia de sueños posibles.

Catherine parecía darse cuenta de estas fantasías. En las primeras visitas, cuando yo seguía bajo los efectos del shock, ella se había familiarizado con las instalaciones y el ambiente del hospital, intercambiando algunas bromas con los médicos. Mientras una enfermera se llevaba mi vómito, Catherine extrajo hábilmente la mesa metálica del pie de la cama y descargó en ella una pila de revistas. Luego se sentó a mi lado, observando con vivacidad mi cara sin afeitar y mis manos crispadas.

Traté de sonreírle. Las puntadas de la herida abierta en mi cuero cabelludo, una segunda raya a dos centímetros de la original, me molestaban bastante, y me costaba cambiar de expresión. En el espejo que las enfermeras me pusieron frente a la cara, yo parecía un contorsionista asustado, sorprendido por las desviaciones de su propia anatomía.

—Lo siento —le tomé la mano—. Te parezco abstraído sin duda. —Estás bien —dijo—. De veras. Eres como la víctima de alguien en el museo de Madame Tussaud. —Trata de venir mañana.

—Claro —Catherine me tocó la frente, examinando la herida con delicadeza—. Traeré algo para arreglarte un poco. Me imagino que aquí los cosméticos sólo se conocen en la morgue.

La miré con más atención. Esta demostración de calidez y preocupación conyugal me sorprendió gratamente. La distancia mental entre mi trabajo en los estudios de propaganda televisiva en Shepperton y la incipiente carrera de Catherine en la sección de viajes transcontinentales de la Pan American nos había separado cada vez más en los últimos años. Ahora Catherine estaba tomando lecciones de piloto y había abierto una pequeña compañía de vuelos charter con uno de sus amantes. Llevaba a cabo todas estas actividades con empecinamiento, haciendo hincapié en su independencia y autonomía, como si reafirmara sus derechos a un terreno cuyo valor se elevaría más tarde. Yo había reaccionado como la mayor parte de los maridos, apresurándome a desarrollar un extenso repertorio de actitudes resignadas. El rugido sordo pero resuelto de la avioneta de Catherine volaba sobre nuestras habitaciones todos los fines de semana, un toque de rebato que repetía la nota de nuestra relación.

El médico rubio atravesó el pabellón y le hizo a Catherine una seña con la cabeza.

Ella se apartó de mí exhibiendo las piernas desnudas y los muslos hasta el pubis carnoso, mientras evaluaba con pericia la potencialidad sexual de este hombre joven. Advertí que la ropa de mi mujer era más apropiada para cenar con el gerente de una aerolínea que para visitar a un marido convaleciente. Más tarde supe que la policía la había interrogado en el aeropuerto con respecto al choque. Sin duda, tanto el accidente como los eventuales cargos de homicidio que pudieran afectarme la habían transformado en una especie de celebridad.

—Esta sala está reservada para víctimas de accidentes aéreos —le dije a Catherine—. Tienen las camas preparadas.

—Si el sábado me estrello, tal vez me tengas por vecina cuando despiertes. — Catherine observó las camas vacías, quizás imaginando distintas lesiones—. Mañana dejas la cama. Quieren que camines. —Me miró solícitamente—. Pobrecito. Al menos habrás sabido comportarte, ¿no?

Preferí no contestar, pero ella añadió: —La mujer del otro hombre es médica... La doctora Helen Remington.

Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo, luchando con un encendedor que no le era familiar. ¿Qué nuevo amante le había regalado ese artefacto feo, indudablemente masculino, de forma de obús, que parecía más bien un arma? Durante años yo había podido descubrir las nuevas relaciones de Catherine casi a las pocas horas de un primer coito. Me bastaba advertir la presencia de un nuevo elemento físico o mental: un repentino interés en un vino o cineasta de quinta categoría, un enfoque distinto de los problemas de la política aeronáutica. A menudo podía adivinar el nombre del último amante de Catherine mucho antes que ella me lo revelara en la culminación de nuestros encuentros sexuales. Los dos necesitábamos de este juego insidioso. Mientras hacíamos el amor solíamos describir una aventura completa, desde las primeras charlas en un cóctel party de la compañía aérea hasta el acto sexual en sí. Todo culminaba con la mención del compañero ilícito, cuyo nombre era retenido hasta último momento y provocaba siempre los orgasmos más exquisitos. A veces llegué a pensar que esas aventuras estaban meramente destinadas a proporcionar la materia prima de nuestros juegos sexuales.

Observando cómo el humo del cigarrillo de Catherine se desvanecía en el pabellón desierto, me pregunté con quién habría pasado los últimos días. Sin duda la idea de que su marido había matado a otro hombre otorgaba una nueva dimensión a esos actos sexuales, presumiblemente consumados en casa, a la vista del teléfono cromado que le había transmitido la primera noticia de mi accidente. Los elementos de la nueva tecnología eslabonaban nuestros afectos.

Irritado por el estruendo de los aviones, me incorporé apoyándome en el codo. Las heridas del torso me dolían y me costaba respirar. Catherine me observó

consternada, obviamente intranquila ante la posibilidad de mi muerte inmediata. Me puso el cigarrillo en la boca. Aspiré débilmente el humo con gusto a geranio. El filtro tibio del cigarrillo, manchado de rouge, tenía el sabor inconfundible del cuerpo de Catherine, un aroma que había olvidado en la atmósfera del hospital, saturada de ácido fénico. Catherine quiso recobrar el cigarrillo, pero yo lo apreté con la obstinación de un niño. La grasa que manchaba el filtro me recordó los pezones de Catherine, que yo solía pintar con lápiz de labios para estrecharlos luego contra mi cara, mis brazos y mi pecho, imaginando en secreto que las marcas eran heridas. Una vez, en una pesadilla, la había imaginado dando a luz a un hijo del demonio, y de los pechos hinchados le había brotado un líquido fecal.

Una enfermera practicante de cabello oscuro entró en el pabellón. Sonriéndole a mi mujer, levantó las sábanas y me sacó el orinal de entre las piernas. Observó el nivel de la orina y volvió a poner las sábanas. En seguida mi pene empezó a gotear; hice un esfuerzo tratando de controlar los esfínteres, pues las prolongadas dosis de anestésicos me habían embotado. Tendido ahí con una vejiga debilitada, me pregunté por qué, después de ese trágico accidente donde había muerto un hombre joven y desconocido —la identidad de la víctima, pese a las preguntas que le formulaba a Catherine, seguía siendo un enigma, como si se tratara de un rival anónimo muerto en un duelo insensato—, todas estas mujeres parecían dedicadas a atender exclusivamente mis zonas más infantiles. Las enfermeras que vaciaban mi orinal y estimulaban mis intestinos con enemas, que me entresacaban el pene por la bragueta de los pantalones cortos del pijama y me insertaban tubos de drenaje en las rodillas, que limpiaban el pus de los vendajes de mi cuero cabelludo y me enjugaban la boca con manos autoritarias, todas estas mujeres estrictas que interpretaban distintos papeles me recordaban a aquellas que me habían cuidado en la niñez, custodias comisionadas de mis orificios.

Una practicante se movía alrededor de mi cama, contoneando los muslos menudos bajo el delantal, la mirada clavada en la seductora figura de Catherine. ¿Estaba calculando cuántos amantes había tenido Catherine desde el accidente, excitada por la extraña postura de su marido en el lecho, o —con más frivolidad— el valor de aquellas costosas ropas y alhajas? Catherine, en cambio, examinaba abiertamente el cuerpo de la joven, evaluando los contornos de los muslos y la cadera, del busto y las axilas, y relacionándolos con las barras cromadas del sostén de mi pierna, una escultura abstracta que acentuaba la silueta delgada de la joven. Había en Catherine una interesante veta de lesbianismo. Cuando hacíamos el amor, me pedía a menudo que la imaginara abrazada a otra mujer, comúnmente su secretaria, Karen, una muchacha inexpresiva de labios pintados de plata que durante todo un brindis navideño en la oficina le había clavado los ojos como un perro de caza al acecho. Catherine me preguntaba a menudo cómo podía lograr que Karen la sedujera.

Al fin se le ocurrió pedirle que la acompañara a una tienda y la ayudara a elegir ropa interior. Yo las esperé entre las filas de camiones que colgaban junto al cubículo. De vez en cuando entreabría la cortina y las veía juntas, estudiando con los dedos y los cuerpos la tecnología blanda de los senos de Catherine y los sostenes que más podían favorecerlos. Karen tocaba a mi mujer con caricias peculiares, rozándola apenas, primero los hombros, siguiendo los surcos rosados trazados por la ropa interior, luego la espalda, donde el broche metálico del sostén había grabado un medallón, y por último las líneas del elástico bajo los pechos de Catherine. Mi mujer permanecía erguida, como en trance, perdida en un murmullo absorto mientras la punta del índice derecho de Karen le acariciaba el pezón.

Recordé la expresión de tedio de la vendedora, una mujer madura con cara de muñeca corrupta, cuando las dos mujeres salieron y cerraron la cortina, como si cayera el telón de un sainete sexual. No sólo parecía saber que yo estaba al tanto de todo lo sucedido y que estas casillas eran utilizadas con frecuencia para esos propósitos, sino también que Catherine y yo exploraríamos la experiencia en beneficio de nuestros sofisticados placeres. Cuando me senté en el coche junto a mi mujer, recorrí el tablero con los dedos, conecté el encendido y la luz de guiño, y puse el cambio en primera. Me di cuenta de que yo tocaba el coche imitando las caricias de Karen en el cuerpo de Catherine. El erotismo glacial de Karen, la elegante distancia que interponía entre la punta de sus dedos y los pezones de mi mujer, eran reproducidos en la distancia que mediaba entre yo y la máquina. En esta persistente atracción erótica, Catherine no parecía tan interesada en hacer el amor con Karen como en los placeres físicos del acto mismo. No obstante, estas obsesiones habían desdibujado cada vez más no sólo nuestra relación sino las que manteníamos con otras personas. Pronto Catherine fue incapaz de llegar al orgasmo sin una elaborada fantasía de un acto sexual lesbiano con Karen, quien le lamía el clítoris y le acariciaba el ano mientras ella se entregaba con los pezones e rectos. Estas descripciones eran como un lenguaje en busca de objetos, o aun, quizá, el principio de una nueva sexualidad divorciada de toda posible expresión física.

Yo presumía que mi mujer se había acostado con Karen al menos una vez, pero habíamos llegado a un punto donde esto no tenía importancia, o al menos sólo parecía implicar unos pocos centímetros cuadrados de mucosa vaginal, uñas, labios hinchados y pezones. Tendido en mi cama de convaleciente, observé cómo Catherine inventariaba las delgadas piernas y las nalgas abultadas de la enfermera, el cinturón azul marino que le marcaba la cintura y las caderas anchas. Yo casi esperaba que Catherine tendiera la mano y tocara el pecho de la joven, o que se la deslizara debajo de la falda corta para meterle el canto de la palma entre las piernas, hasta el pegajoso perineo. Era probable que la enfermera, en lugar de proferir un chillido de alarma, o aun de placer, continuara trabajando sin prestar atención a esta provocación sexual,

no más significativa que el más vulgar de los comentarios.

Catherine extrajo una carpeta parda del bolso. Reconocí el texto de un anuncio de televisión que yo había proyectado. Para esta costosa película, un corto de treinta segundos que anunciaba la nueva línea de coches sport de la Ford, esperábamos contar con varias actrices famosas. En la tarde de mi accidente yo había tenido una entrevista con Aida James, una directora independiente que iba a trabajar para nosotros. Casualmente una de las actrices, Elizabeth Taylor, estaba a punto de rodar un largometraje en Shepperton.

—Aida telefoneó para decir que lo sentía mucho. ¿Puedes releer el proyecto? Hizo algunos cambios.

Aparté la carpeta, mirando el reflejo de mí mismo en el espejo de mano de Catherine. El nervio cercenado de mi cuero cabelludo había provocado un leve descenso de mi ceja derecha, un parche de carne destinado a ocultarme a mí mismo mi nueva personalidad. Todo lo que me rodeaba imitaba esa caída oblicua. Miré mi pálida cara de fantoche, tratando de descifrar los distintos rasgos. La piel tersa parecía pertenecer al protagonista de una película de ciencia ficción que, luego de un prolongado viaje claustrofóbico, sale de la cápsula a la superficie luminosa de un planeta desconocido. Los cielos podían desmoronarse en cualquier momento...

—¿Dónde está el auto? —pregunté impulsivamente.

—Afuera... entre los coches de las visitas.

—¿Qué? —Me apoyé en el codo para mirar por la ventana que había detrás de mi cama—. Mi coche, no el tuyo. —Yo lo había imaginado expuesto a la entrada del hospital como una especie de advertencia.

—Está totalmente destrozado. La policía lo llevó al depósito de chatarra, detrás de la estación.

—¿Lo has visto?

—El sargento me pidió que lo identificara. No podía creer que te hubieses salvado —Catherine aplastó el cigarrillo—. Lo lamento por ese hombre... el marido de la doctora Remington.

Miré con insistencia el reloj de pared, esperando que mi mujer se fuera pronto. Esta conmiseración formal por el muerto me exasperaba; una nueva excusa para hacer un poco de gimnasia moral. La brusquedad de las jóvenes enfermeras era parte de la misma dolorida pantomima. Yo había pensado durante horas en el muerto, imaginando los efectos de esa desaparición en la esposa y la familia. Había pensado en los últimos momentos del hombre, frenéticas milésimas de segundo de dolor y violencia que lo habían arrojado de un grato interludio conyugal a una concertina de muerte metalizada. Estos sentimientos eran parte de mi relación con el muerto, parte de la realidad de mis heridas en el torso y las piernas, del inolvidable choque entre mi propio cuerpo y el interior de mi coche. En comparación, la fingida congoja de

Catherine no era sino la estilización de un gesto: en cualquier momento podía echarse a cantar, tocarse la frente, correr impulsivamente por el pabellón arrancando una de cada dos planillas de temperatura y conectando uno de cada cuatro auriculares de radio.

Al mismo tiempo, yo sabía que mi compasión por la víctima y su esposa ya naufragaba bajo una capa de indefinida hostilidad, de germinales sueños de venganza.

Traté de recobrar el aliento; Catherine me observaba. Le tomé la mano izquierda y la apreté contra mi esternón. Para la mente sofisticada de Catherine yo estaba transformándome en una especie de cassette emocional, ocupando un sitio entre todas esas escenas de dolor y violencia que ilustraban los márgenes de nuestras vidas: noticiarios de televisión que mostraban guerras y manifestaciones estudiantiles, catástrofes naturales y brutalidades policiales que mirábamos distraídamente en el aparato en color de nuestro dormitorio, mientras nos masturbábamos el uno al otro. Esta violencia experimentada a través de interposiciones de imágenes se había convertido en parte íntima de nuestra vida sexual. Las contusiones y quemaduras se fundían en nuestras mentes con los deliciosos temblores de los tejidos eréctiles, la sangre esparcida de los estudiantes con los fluidos genitales que nos mojaban los dedos y la boca. Aun mi propio dolor, mientras yacía en la cama del hospital y Catherine me metía el orinal de vidrio entre las piernas, apretujándome el pene con las uñas pintadas, aun los flujos gástricos que me oprimían el pecho parecían extensiones de ese mundo de violencia real aplacado y domesticado en nuestros programas de televisión en colores y en las páginas de las revistas.

Catherine me dejó descansar, llevándose la mitad de las flores que había traído. El médico asiático de más edad la miraba desde la puerta de entrada, y ella titubeó al pie de mi cama y sonrió con repentina calidez, como si no estuviera segura de volver a verme.

Una enfermera entró en el pabellón con una escudilla en la mano. Era nueva en el servicio de emergencia; una mujer que se acercaba a los cuarenta, de aspecto refinado. Luego de saludarme con amabilidad, echó las sábanas hacia atrás y examinó escrupulosamente mis vendajes, siguiendo los contornos de las heridas con una mirada seria. Logré llamarle la atención una vez, pero ella volvió a esa actitud indiferente y continuó trabajando, frotando la esponja alrededor del vendaje central, que me ceñía la cintura y me pasaba entre las piernas. ¿En qué estaba pensando? ¿En la cena de su marido, en la última infección menor contraída por sus hijos? ¿Alcanzaba a ver los espectros de los accesorios automovilísticos impresos en mi piel y en mis músculos? Tal vez se preguntaba cuál era el modelo de mi coche, tratando de adivinar el peso de la carrocería y la inclinación de la columna del volante.

—¿De qué lado lo quiere?

Bajé la mirada. La mujer sostenía mi pene flácido entre el pulgar y el índice,

esperando a que yo decidiera si lo prefería a la derecha o a la izquierda del vendaje.

Mientras yo rumiaba esta extraña resolución, el breve estremecimiento de una erección, la primera luego del accidente, se movió a lo largo de los conductos cavernosos y se reflejó en la enfermera, que aflojó levemente los dedos manicurados.

Este movimiento súbito, primer signo de una erección completa, me levantó casi literalmente de mi cama de enfermo. Antes de tres días ya cojeaba hasta la sección de fisioterapia, ayudaba a las enfermeras, trataba de charlar con los aburridos doctores. Esta sensación de vida sexual puso término a mi desdichada euforia, a mis confusos sentimientos de culpa por haber matado a un hombre. La semana que siguió al accidente había sido un laberinto de dolor y fantasías extravagantes. Las vulgaridades de la vida cotidiana, con sus dramas ocultos, habían sofocado o atrofiado toda mi resistencia orgánica al sufrimiento físico. El accidente había sido la única experiencia auténtica de los últimos años. Por primera vez me enfrentaba a mi propio cuerpo, inagotable enciclopedia de dolores y excreciones, a la mirada hostil de los otros, y al hombre muerto en el accidente. Después de haber sido bombardeado implacablemente por la propaganda de la seguridad en las carreteras, haber tenido un accidente real era casi un alivio. Como todos los que viven asaltados por cartelones admonitorios y films de televisión con accidentes futuros, yo había tenido la impresión vaga e inquietante de que la espantosa culminación de mi vida se ensayaba desde hacía años, para ser representada en una carretera o intersección que sólo los directores de esos films conocían. A veces llegaba a preguntarme qué tipo de accidente de tránsito provocaría mi muerte.

Me enviaron a la sala de rayos X, donde una simpática joven que discutí conmigo el estado de la industria cinematográfica empezó a fotografiarme las rodillas. Me entretuvo su charla, así como el contraste entre aquella visión idealizada de los largometrajes comerciales y el aire profesional con que manipulaba el sofisticado equipo. En el cuerpo rechoncho de la mujer, enfundado en el delantal blanco, había un rasgo clínicamente sexual, como en todas las asistentes del laboratorio. Los brazos vigorosos me guiaban, disponiendo mis piernas como si yo fuera una enorme muñeca articulada, uno de esos complejos maniqués humanoides provistos de todos los orificios y reacciones de dolor concebibles.

Me recliné mientras ella se concentraba enfocando el aparato. El pecho izquierdo se le alzó dentro de la blusa blanca. En alguna parte, en el busto hinchado, bajo esos nylons y algodones almidonados, reposaba un pezón grueso e inerte, una punta rosa comprimida bajo las telas perfumadas. Mientras ella me acomodaba los brazos, le miré la boca a no más de veinte centímetros de la mía. Sin advertir mi curiosidad la joven fue hacia el tablero del aparato.

¿Había algún modo de despertarla? ¿Tal vez insertándole uno de esos macizos enchufes de acero en la base de la columna vertebral? Quizá eso la animara a

comentarme la última retrospectiva de Hitchcock, a agredirme con una apología de los derechos de la mujer, a adelantar provocativamente una cadera, a desnudar un pezón.

En cambio, nos enfrentábamos en ese laberinto de mecanismos electrónicos como si no tuviésemos cerebro. Entre estos complejos equipos se escondían las cifras de un erotismo todavía invisible, de actos sexuales desconocidos. Esa misma sexualidad oculta parecía flotar sobre las colas de pasajeros que se movían en los aeropuertos, en la relación de unos genitales apenas simulados y las carlingas abultadas de las aeronaves, en la boca fruncida de las azafatas. Dos meses antes del choque, durante un viaje a París, la conjunción de la falda de gabardina de una azafata que me precedía en la escalera y los distantes fuselajes de los aviones, inclinados hacia el bajo vientre de la joven como falos plateados, me había excitado tanto que involuntariamente le había tocado la nalga izquierda. Posé la palma en una depresión de la tela ligeramente raída, y la muchacha, que para mí no tenía rostro, cambió de posición, apoyándose sobre el muslo derecho. Al cabo de un rato me miró dándose por enterada. Alcé mi maleta y chapurreé algo en francés, interpretando una pantomima tan elaborada de una caída en la escalera que casi pierdo el equilibrio. Durante el vuelo a Orly tuve que soportar la mirada escéptica de dos pasajeros que habían presenciado el episodio, un hombre de negocios holandés y su mujer. Durante ese corto vuelo me sentí muy excitado, observando el extraño paisaje geométrico y táctil de los edificios del aeropuerto, las franjas de aluminio opaco y los paneles imitación madera. Hasta mi relación con un joven camarero había sido animada por las luces curvas que le enmarcaban la calva incipiente, el traje de fantasía, y los mosaicos del bar. Pensé en mis últimos y forzados orgasmos con Catherine, en el semen perezosamente impulsado con flexiones desganadas. Ahora, las metalizadas excitaciones de nuestro compartido sueño tecnológico le reanimaban los contornos del cuerpo. Los elegantes respiraderos aluminizados de la sala de radiología me invitaban a entrar como el más cálido de los orificios orgánicos.

—Muy bien, ya está.

La mujer me tomó por la espalda y me ayudó a sentarme. Nuestros cuerpos se acercaron como en un acto sexual. Mantuve el brazo de ella por encima del codo, apretándole el pecho con mi muñeca. Detrás se alzaba el aparato de rayos X. En el suelo serpeaban unos cables pesados. Regresé por el corredor, sintiendo aún la presión de las manos fuertes de la joven en distintas zonas de mi cuerpo.

Cansado de las muletas, me detuve cerca de la entrada del pabellón de mujeres y me apoyé contra la pared. Había un altercado entre la monja y una joven enfermera de color. Escuchándolas sin entusiasmo, las pacientes yacían en sus camas. Dos de ellas estaban suspendidas de las piernas, como si fueran parte de las fantasías de un gimnasta demente. Uno de mis primeros trabajos había consistido en recoger las

muestras de orina de una anciana de este pabellón, que había sido atropellada por un niño motociclista. Le habían amputado la pierna derecha y ahora se pasaba las horas plegando una bufanda de seda alrededor del muñón, atando y desatando los extremos como si preparara un interminable envoltorio. Durante el día esta criatura senil era el orgullo de las enfermeras, pero de noche, cuando no había visitas, las dos monjas que tejían en la sala la humillaban con la bacinilla, y la ignoraban cruelmente.

La religiosa interrumpió la reprimenda dando media vuelta. Una mujer joven vestida con una bata y un médico de delantal blanco salieron de un pabellón privado reservado a los «amigos» del hospital: miembros del equipo de enfermeras, médicos y familiares. Yo había visto con frecuencia a ese hombre, que siempre exhibía el pecho desnudo debajo del delantal, y cumplía tareas no mucho más importantes que las mías. Supuse que se trataría de un estudiante recién egresado que venía al hospital del aeropuerto para especializarse en cirugía de urgencia. Las fuertes manos del médico llevaban una cartera repleta de fotografías. Mirando esas mandíbulas picadas de viruela que mascaban un chicle, tuve la súbita impresión de que recorría los pabellones buscando fotos obscenas, radiografías pornográficas y análisis de orina puestos en la lista negra. Un medallón de bronce sujeto a un cordel de seda se le balanceaba sobre el pecho desnudo, pero lo que más me llamaba la atención era la cicatriz que le cruzaba la frente y la boca, residuo de algún terrible acto de violencia. Presumí que se trataba de uno de esos jóvenes ambiciosos cada vez más frecuentes en la profesión, oportunistas que adoptan una máscara de rebeldía muy a la moda y tratan a los pacientes con franca hostilidad. Mi breve estadía en el hospital me había convencido de que la profesión médica era una puerta abierta a todos los resentidos.

El hombre me observó de arriba abajo, examinando mis lesiones con evidente y minuciosa curiosidad, pero yo estaba más interesado en la mujer que se acercaba apoyándose en un bastón. Esta ayuda era sin duda una afectación que le permitía apretar la cara contra el hombro levantado y ocultar la herida del pómulo derecho. Yo la había visto por última vez sentada en la ambulancia junto al cadáver de su marido, mirándome con serena aversión.

—¿Doctora Remington? —pregunté irreflexivamente.

La mujer se acercó a mí empuñando el bastón de otra manera, como si se dispusiera a golpearme la cara, y volvió la cabeza con un movimiento peculiar del cuello, mostrándome la herida.

Cuando llegó a la puerta se detuvo y esperó a que yo me quitara del paso. Le miré la cicatriz de la cara, la marca de un invisible cierre de cremallera de ocho centímetros de largo, y que iba del rabillo del ojo derecho hasta la comisura de la boca. Este nuevo rasgo, y los pliegues de los labios y la nariz se entrecruzaban como las líneas de una mano sensible y escurridiza. Leí, inscrita en la piel, una biografía imaginaria, y vi en la mujer una atractiva estudiante de medicina agobiada por el

trabajo, que luego de obtener el título salía de una prolongada adolescencia embarcándose en una serie de inciertas aventuras sexuales. Todo culminaba felizmente en una profunda unión emocional y genital con el marido ingeniero; cada uno de ellos saqueaba el cuerpo del otro como un Crusoe que se lleva del barco todo lo que puede servir. Debajo del labio inferior, la piel se le contraía en una arruga de nódulos que descubrían la aritmética de la viudez, el desesperado cálculo de que jamás encontraría otro amante. Adiviné un cuerpo robusto debajo de la bata color malva. Tenía el torso parcialmente enfundado en una vaina de yeso que le bajaba de un hombro hasta la axila opuesta, como un vestido de baile de Hollywood.

Decidida a ignorarme, la doctora Remington caminó rígidamente por el corredor, exhibiendo su cólera y su herida.

Durante mis últimos días en el hospital no volví a ver a la doctora Helen Remington, pero acostado en el pabellón desierto no dejaba de pensar en el accidente que nos había unido. Una poderosa corriente erótica había pasado entre esta mujer joven y acongojada y yo, casi como si inconscientemente yo deseara dar nueva vida al marido en el vientre de ella. Penetrándola entre los gabinetes metálicos y los cables blancos de la sala de radiología, yo resucitaría de algún modo al marido, mediante la conjunción de la axila izquierda de la mujer con la cámara de cromo, mediante las bodas de nuestros genitales y la elegante funda de la máquina.

Yo escuchaba a las enfermeras que discutían en la sala. Catherine venía a visitarme, y enjabonaba la mano en la pastilla húmeda que había en mi armario. Luego ella me masturbaba mientras miraba con ojos claros a través de las flores del ventanal, y sostenía en la mano izquierda un cigarrillo de marca desconocida. Sin que yo sacara el tema, me hablaba del choque y de los interrogatorios policiales. Describía los daños del coche con la insistencia de un voyeur, casi irritándome con una entusiasta descripción del radiador hundido y de la sangre esparcida en el capó.

—Tenías que haber ido a los funerales —le dije una vez.

—Ojalá hubiera ido —me respondió en seguida—. Entierran tan pronto a los muertos... Tendrían que dejarlos expuestos durante meses. No estaba preparada.

—Remington estaba preparado.

—Supongo que sí.

—¿Y su mujer? —pregunté—. La médica. ¿Fuiste a visitarla?

—No, no fui capaz. La siento demasiado cerca.

Catherine ya me veía bajo una nueva luz. ¿Acaso me respetaba, e incluso me envidiaba, por haber causado una muerte casi del único modo en que legalmente podemos quitar la vida a alguien? En un accidente de automóvil la muerte estaba determinada por vectores de velocidad, violencia y agresión, ahora captados en los oscuros magullones de mi cuerpo y la marca del volante como en una placa

fotográfica o la imagen congelada de una película. ¿A eso obedecía la reacción de Catherine? Las cicatrices de mi rodilla izquierda, por encima de la rótula fracturada, reproducían con fidelidad los trazos prominentes de las perillas del limpiaparabrisas y las luces. Yo me acercaba al orgasmo y Catherine se enjabonaba la mano cada diez segundos, olvidando el cigarrillo, concentrando toda su atención en este orificio de mi cuerpo, como las enfermeras que me habían atendido inmediatamente después del choque. Cuando mi semen saltaba en la palma de Catherine, ella me apretaba el pene, como si estos primeros orgasmos después del accidente celebraran un acontecimiento único. Tenía entonces una expresión de éxtasis que me recordaba a la institutriz italiana empleada por un gerente milanos con quien habíamos pasado un verano en Sestri Levante. Esta solterona engolada había dedicado su vida al órgano sexual del niño de dos años que ella atendía, y no se cansaba de besarle el pequeño pene, de succionarlo para que aumentara de tamaño, y de exhibirlo con orgullo.

Apoyándole una mano en el muslo, debajo de la falda, le di las gracias a Catherine con una inclinación de cabeza. La mente de Catherine, desenfadadamente promiscua, nutrida durante años con una dieta de catástrofes aeronáuticas y noticiarios bélicos, de violencia proyectada en cines a oscuras, estableció una relación inmediata entre mi accidente y todas las fatalidades de pesadilla del mundo, percibidas como parte de sus juegos sexuales. A través de un desgarrón en la media, le toqué el tibio interior del muslo; luego deslicé el índice por la mata de pelo rubio que se rizaba como una llama en la cima de la vulva, y que parecía la obra de un peluquero excéntrico.

Esperando aplacar la sobreexcitación que mi accidente había provocado en Catherine —ahora más cruel y espectacular, agigantado por la memoria— empecé a acariciarle el clítoris. Perturbada, ella no tardó en despedirse besándome firmemente en la boca, como si no tuviera muchas esperanzas de volver a verme con vida. No se cansaba de hablar y hablar; quizá pensaba que mi accidente aún no había ocurrido.

—¿Vas a conducir? Pero tus piernas, James, ¡apenas puedes caminar! Mientras corríamos a más de cien kilómetros a lo largo de la Western Avenue, advertí en la voz de Catherine una nota reconfortante de esposa desesperada. Reclinado en el mullido asiento del coche sport, observé con felicidad cómo ella movía las manos delgadas, pasando de la funda de piel de leopardo del pequeño volante a los cabellos rubios que le caían sobre los ojos. Catherine conducía todavía peor que antes de mi accidente, como si ahora confiara en que las invisibles potestades del cosmos protegerían su errático paso por estas autopistas de cemento.

Señalé a último momento un camión que apareció de pronto frente a nosotros, arrastrando un vagón frigorífico que se balanceaba peligrosamente sobre unos neumáticos demasiado inflados. El menudo pie de Catherine apretó el freno y eludimos el camión cambiando de carril. Guardé el folleto de la compañía de alquiler de automóviles y miré a través de la cerca de alambre las desiertas pistas de aterrizaje. Una paz inmensa parecía reinar sobre el cemento estropeado y el césped reseco. Las torres de vidrio del aeropuerto y los garajes de varias plantas que había detrás eran parte de un dominio encantado.

—¿Vas a alquilar un coche...? ¿Por cuánto tiempo?

—Una semana. Estaré cerca del aeropuerto. Podrás vigilarme desde la oficina. — Eso es lo que haré.

—Catherine, tengo que salir un poco. —Golpeé el parabrisas con los puños—. No puedo pasarme el tiempo sentado en el balcón... Empiezo a sentirme como una planta de maceta.

—Te entiendo.

—No me entiendes.

La semana anterior, luego que un taxi me llevara a casa desde el hospital, me la había pasado tendido en el balcón en una silla reclinable, mirando a través de la barandilla anodizada la vecindad poco familiar diez plantas más abajo. La primera tarde, apenas había reconocido el ilimitado paisaje de cemento y acero que se extendía desde las autopistas al sur del aeropuerto hasta los nuevos edificios construidos a lo largo de la Western Avenue.

Nuestro apartamento en Drayton Park estaba a un kilómetro y medio del aeropuerto, en un agradable islote de viviendas modernas, con estaciones de servicio y supermercados. Un ramal de acceso a la autopista periférica norte se deslizaba frente a nosotros sobre elegantes pilares de hormigón, y nos ocultaba la mole distante de Londres. Yo contemplaba esta inmensa escultura móvil, cuya calzada parecía

elevarse por encima de la barandilla en la que yo estaba apoyado. Esa presencia reconfortante, esas familiares perspectivas de velocidad y dirección calculadas me permitieron reorientarme de nuevo. Las casas de nuestros amigos, la tienda en que yo compraba las bebidas, el pequeño cine donde Catherine y yo veíamos películas norteamericanas de vanguardia y films alemanes de educación sexual, todo volvió a alinearse por sí mismo al borde de la autopista. Comprendí que los habitantes humanos de este paisaje tecnológico ya no servían ni como puntos de referencia ni como indicadores de distintas zonas de identidad. Los morosos paseos de Frances Waring, la aburrída mujer de mi socio, por los pasadizos del supermercado, las riñas domésticas de nuestros pudientes vecinos, todas las esperanzas y desvaríos de este plácido distrito suburbano plagado de infidelidades, perdían importancia ante la sólida realidad de las autopistas de geometría constante e inflexible y los precisos contornos de los parques de automóviles.

Al volver del hospital en compañía de Catherine me sorprendió advertir hasta qué punto la imagen del automóvil había cambiado para mí, casi como si el accidente me hubiera expuesto la verdadera naturaleza de esa imagen. Reclinado contra la ventanilla trasera del taxi, me sentí intimidado y excitado por la corriente de tránsito que atestaba los empalmes de la Western Avenue. Los punzantes destellos de la luz de la tarde, reflejada en los bordes cromados de la ventanilla, me irritaban la piel. El áspero zumbido del radiador, el movimiento de los coches que avanzaban hacia el aeropuerto de Londres por las calzadas inundadas de luz, el panorama urbano, los letreros indicadores, todo tenía un aspecto amenazador y supraterrrenal, excitante, como si la carretera fuese una siniestra galería de diversiones y yo avanzara entre acelerados billares eléctricos.

Catherine, advirtiéndome mi estado se apresuró a llevarme al ascensor. El paisaje había cambiado alrededor de la casa. Apartando a Catherine, me asomé al balcón. Los coches se apretaban en las calles suburbanas, colmaban los parques de los supermercados, trepaban a las pistas. En la Western Avenue dos accidentes menores habían interrumpido el tránsito, y los coches esperaban en filas en el túnel de entrada al aeropuerto. Mientras Catherine me observaba desde la sala apoyando una mano en el teléfono que tenía detrás, contemplé por primera vez nerviosamente esa inmensa membrana de bruñida celulosa que se extendía desde el horizonte sur hasta las carreteras del norte. Tuve una vaga impresión de peligro extremo, como si estuviera a punto de producirse un accidente que implicaría a todos estos coches. Los pasajeros de los aviones que despegaban del aeropuerto se alejaban corriendo del área de emergencia, escapando del autogedón inminente. Estas premoniciones de desastre no me abandonaron en casa. Los primeros días los pasé en el balcón, observando el tránsito que corría por la autopista, decidido a descubrir las primeras señales de ese fin del mundo desencadenado por el automóvil, y del que mi accidente había sido

sólo un ensayo privado.

Llamé a Catherine y le señalé una colisión menor en el acceso sur de la autopista. La camioneta blanca de una lavandería acababa de embestir por detrás a un sedán donde viajaban los invitados a una boda.

—Son ensayos, sin duda. Cuando todos hayamos aprendido nuestro papel, empezará la verdadera función. —Un jet bajó desde Londres rumbo al aeropuerto y desplegó el tren de aterrizaje por encima de los techos estremecidos—. Otro cargamento de víctimas impacientes... Casi esperas ver a Breughel y a Hieronymus Bosch recorriendo las pistas en coches alquilados.

Catherine se arrodilló junto a mí, apoyando el codo en el brazo cromado de la silla, donde la luz centelleaba como en el tablero de mi coche cuando sentado detrás del volante roto yo había esperado a que la policía fuera a rescatarme. Mi mujer exploró con cierto interés el nuevo contorno de mi rótula. Había en ella una natural y saludable curiosidad por todas las formas de lo perverso.

—James, tengo que ir a la oficina... ¿Te quedarás tranquilo? —Ella sabía muy bien hasta qué punto yo era capaz de ocultarle la verdad.

—Por supuesto. ¿Está más pesado el tránsito? Parece que hubiera tres veces más coches que antes del accidente.

—En realidad, no he puesto atención. ¿No pedirás prestado el coche del portero? La preocupación de Catherine era conmovedora. Desde el accidente parecía sentirse cómoda conmigo por primera vez en muchos años. Mi choque era una experiencia inusitada que la vida y su propia sexualidad le habían enseñado a entender. Mi cuerpo, que al cabo de un año de matrimonio ella había inmovilizado en una perspectiva sexual muy precisa, ahora la excitaba de nuevo. Las heridas de mi pecho la fascinaban, y las tocaba con los labios húmedos de saliva. Yo también sentía estos cambios felices. Hubo una época en que el cuerpo de Catherine tendido junto a mí me había parecido tan inerte e inexpresivo como una muñeca neumática con vagina de neopreno. Humillándose por sus propios y perversos motivos, Catherine iba tarde a la oficina, y rondaba por la casa exponiéndome partes del cuerpo, sabiendo muy bien que ese rubio orificio que ella tenía entre las piernas era lo que menos me interesaba.

—Bajaré contigo —le dije tomándole el brazo—. No seas tan quisquillosa. Desde el jardín la vi partir rumbo al aeropuerto en el coche sport, exhibiendo una breve señal de semáforo blanco entre los muslos móviles. La variable geometría de ese pubis entretenía a los conductores aburridos que observaban la rotación de los números en las bombas de gasolina.

Cuando Catherine desapareció, bajé a la cochera, donde había una docena de coches, casi todos de las mujeres de los abogados y jefes cinematográficos que vivían en el edificio. El espacio reservado para mi automóvil estaba desocupado aún, y el dibujo familiar de las manchas de aceite marcaba el cemento. Bajo esa luz opaca

miré los costosos tableros de los coches. Una bufanda de seda yacía en una butaca trasera. Recordé cómo Catherine había descrito nuestros propios bienes personales dispersos en el suelo y los asientos de mi coche después del choque: un mapa de caminos, un frasco vacío de esmalte para uñas, una revista. El aislamiento de estos fragmentos de nuestras vidas, como si una cuadrilla de demolición hubiese arrastrado y expuesto en la calle recuerdos e intimidades intactas, era parte de la misma reformulación de ese lugar común que yo había enunciado trágicamente con la muerte de Remington. Las espiguillas grises de la manga de la chaqueta de Remington, la blancura del cuello de la camisa, perdurarían como fragmentos de la imagen del choque.

Las bocinas de los vehículos atrapados en la autopista se elevaron en un coro desesperado. Miré las manchas de aceite de la cochera y pensé en el hombre muerto. Estas marcas indelebles parecían preservar la totalidad del accidente: la policía, los espectadores y los enfermeros de las ambulancias congelados en distintas posturas mientras yo seguía encerrado en el coche destruido.

Oí una radio de transistores a mis espaldas. El portero, un joven con el cabello casi hasta la cintura, había vuelto a la oficina junto a la entrada del ascensor. Sentado al escritorio metálico, abrazaba a su añorada amiguita. Ignorando las respetuosas miradas de la pareja, regresé al jardín. La avenida arbolada que llevaba al centro comercial estaba desierta, y los coches se apretaban a la sombra de los plátanos. Feliz de poder caminar sin el riesgo de ser atropellado por una agresiva ama de casa, recorrí la avenida. De vez en cuando me detenía a descansar apoyándome en un bruñido guardabarros. Eran las dos menos un minuto, y en el centro comercial no había nadie. Los coches se alineaban en doble fila en las calzadas laterales, mientras los dueños descansaban a la sombra. Atravesé la galería embaldosada, en el centro del complejo comercial, y subí las escaleras del garaje en la terraza del supermercado. Las cien cocheras estaban ocupadas, y los parabrisas reflejaban el sol como un testudo de vidrio.

Al inclinarme sobre el parapeto de cemento advertí que un silencio inmenso se cernía sobre el paisaje. Por alguna extraña circunstancia, ningún avión estaba a punto de aterrizar o despegar en las pistas del aeropuerto. El tránsito se alejaba rumbo al sur por la carretera en una fila ininterrumpida. A lo largo de la Western Avenue, tanto los coches particulares como los autobuses de las compañías aéreas esperaban que cambiaran las luces. El embotellamiento que se prolongaba hacia el sur de la carretera había inmovilizado tres líneas de vehículos en la rampa del paso elevado.

Durante mis semanas en el hospital, los ingenieros habían prolongado la autopista casi un kilómetro más al sur. Examinando con atención este reino silencioso, que era el paisaje de mi vida, advertí que estaba ahora delimitado por un horizonte invariablemente artificial, parapetos elevados, terraplenes, rampas de acceso,

empalmes de autopistas. Los vehículos estaban allí encerrados como entre las paredes de un cráter de varios kilómetros de circunferencia.

El silencio continuaba. Aquí y allá un conductor se acomodaba en el asiento expuesto al sol. Tuve la súbita impresión de que el mundo se había detenido. Las lesiones de mi rodilla y mi pecho eran balizas conectadas a una serie de transmisores cuyas señales, para mí desconocidas, desgarrarían de pronto esta quietud inmensa y lanzarían a los conductores a la verdadera meta de estos vehículos, los paraísos de una carretera eléctrica.

El recuerdo de este silencio extraordinario aún seguía en mí mientras Catherine me llevaba a la oficina de Shepperton. A lo largo de la Western Avenue el tránsito aceleraba y pasaba de un carril a otro. En lo alto, las turbinas de las aeronaves que despegaban del aeropuerto de Londres fatigaban el cielo. Mi visión de un mundo inmóvil, de millares de conductores pasivamente sentados al volante a lo largo del horizonte, concentraba en una imagen excepcional todo este paisaje motorizado, invitándonos a que exploráramos los viaductos de nuestras mentes.

Ante todo yo tenía que salir de la convalecencia y alquilar un coche. Cuando llegamos a los estudios de televisión, Catherine empezó a dar vueltas por el parque, pues no se decidía a dejarme salir. De pie junto al vehículo, el joven empleado de la compañía de alquiler nos observaba mientras nos movíamos alrededor.

—¿Renata irá contigo? —preguntó Catherine.

Me asombró la sagacidad de esta inesperada pregunta.

—Pensé que podría acompañarme... Conducir otra vez puede ser más cansador de lo que imagino. —Me sorprende que se anime a subir contigo a un coche.

—¿No estarás celosa?

—Un poco, quizá.

Evitando toda discusión que pudiera conducir a un entendimiento entre las dos mujeres, me despedí de Catherine. Pasé la hora siguiente en las oficinas de producción, estudiando con Paul Waring las dificultades contractuales en el film comercial de la Ford, para el que esperábamos contar con Elizabeth Taylor. En todo ese tiempo, sin embargo, yo tenía la cabeza en otra parte, el coche alquilado que me esperaba al pie del edificio. Todo lo demás —la irritación de Waring, las estrechas perspectivas de las oficinas, el alboroto de los empleados— era una borrosa penumbra, una toma insatisfactoria que sería eliminada en el montaje.

Apenas presté atención a Renata cuando nos reunimos en el automóvil. —¿Te encuentras bien? ¿Adónde vamos?

Clavé la mirada en el volante, en el tablero acolchado, atiborrado de esferas y adminículos. —¿Adónde, si no?

La agresiva estilización de esta cabina producida en serie, las exageradas

molduras de los instrumentos, acentuaron mi impresión de que entre mi propio cuerpo y el automóvil había una relación nueva, una intimidad mucho más incitante que las anchas caderas y las torneadas piernas de Renata, ahora ocultas bajo un impermeable de plástico rojo. Me incliné apoyando las heridas del pecho en el borde del volante, y apreté las rodillas contra el encendido y el freno de mano.

Media hora más tarde llegamos al pie de la carretera elevada. El tránsito vespertino avanzaba por la Western Avenue y se dividía en el empalme. Pasé junto al escenario de mi accidente, llegué al desvío que había ochocientos metros al norte, di la vuelta y desanduve el camino de los minutos previos al impacto. Por casualidad, la ruta estaba desierta. A cuatrocientos metros, un camión subía por la rampa. Un sedán negro apareció en un acceso lateral, pero aceleré dejándolo atrás. En pocos segundos estuvimos en la escena del choque. Aminoré la velocidad y me detuve en el borde de cemento.

—¿Podemos parar aquí?

—No.

—Muy bien... La policía hará una excepción contigo.

Desabotoné el impermeable de Renata y le apoyé la mano en el muslo. Se dejó besar el cuello aterrándome el hombro con la afectuosa firmeza de una institutriz cariñosa.

—Estuvimos juntos poco antes del accidente —le dije—. ¿Te acuerdas? Hicimos el amor. —¿Todavía me mezclas a esa historia?

Le deslicé la mano por el muslo; la vulva era una flor húmeda. El autobús de una compañía aérea pasó junto a nosotros, y los pasajeros, con destino a Stuttgart o Milán, se volvieron a mirarnos. Renata se abotonó el impermeable y sacó un ejemplar de *Paris-Match* del estante del tablero. Volvió las páginas, mirando las fotografías de las víctimas del hambre en las Filipinas. Esta inmersión en un tema paralelo de violencia era una estrategia protectora. Los graves ojos de estudiante apenas se demoraron ante la foto de un cadáver hinchado que abarcaba toda una página. Los dedos se le movían con precisión sobre esta secuencia de mutilación y muerte, mientras yo seguía mirando el empalme donde a cincuenta metros había matado a otro hombre. El anonimato de este empalme me recordaba el cuerpo de Renata, el cortés repertorio de fisuras y salientes que un día serían tan extrañas y significativas para algún marido suburbano como ahora lo eran para mí estos parapetos y líneas divisorias.

Un convertible blanco se acercó guiñando los faros cuando yo descendí del coche. La rodilla se me dobló fatigada por el esfuerzo y casi perdí el equilibrio. A mis pies había un tendal de hojas muertas, envoltorios de cigarrillos y vidrios rotos. Estos fragmentos de ventanillas rotas, barridos a un costado por generaciones de enfermeros de ambulancia, se apilaban como en un pequeño túmulo. Observé esta

franja polvorienta, restos de un millar de accidentes de automóvil. Dentro de cincuenta años, a medida que los coches siguieran chocando, los fragmentos de vidrio se amontonarían en una barranca; en treinta años más habría allí una playa de cristales afilados. Tal vez apareciera entonces una nueva raza de vagabundos que hurgaría en estos cúmulos de parabrisas fracturados buscando colillas de cigarrillo, preservativos usados y monedas perdidas. Sepultada bajo esta nueva capa geológica de la era del accidente de automóvil, estaría mi propia y minúscula muerte, tan anónima como una cicatriz vitrificada en un árbol fósil.

Un coche americano se había detenido a cien metros al borde del camino. El conductor me observaba a través del parabrisas salpicado de barro, los hombros anchos apoyados contra el marco de la portezuela. Mientras yo cruzaba la pista, tomó una cámara provista de un zoom y me siguió con el ojo pegado al visor.

Renata lo miró por encima del hombro, no menos asombrada que yo por esa ostentosa agresividad. Me abrió la portezuela.

—¿Puedes conducir? ¿Quién es ése? ¿Un detective privado?

Mientras nos internábamos en la Western Avenue, la silueta alta del hombre, enfundada en una chaqueta de cuero, caminó carretera abajo. Quise verle la cara, y doblé en el desvío.

Pasamos a tres metros. El hombre seguía las huellas de los neumáticos con pasos lentos y distraídos, como si estuviese reconstruyendo mentalmente una trayectoria invisible. La luz del sol le marcaba las cicatrices de la frente y la boca. Cuando alzó los ojos, reconocí al joven médico que había salido de la sala con Helen Remington, en el hospital de emergencia de Ashford.

En los días que siguieron alquilé varios coches en la compañía de los estudios, escogiendo todas las variantes posibles del automóvil, desde un pesado convertible norteamericano hasta un suntuoso coche sport y una miniatura italiana. Lo que empezó como un gesto irónico destinado a provocar a Catherine y Renata —ninguna de las dos quería que yo volviese a conducir— pronto tuvo un significado diferente. Mi primera y breve visita al escenario del choque había vuelto a resucitar el espectro del hombre muerto, y lo que era más importante, la noción de mi propia muerte. En cada uno de estos coches yo corría por la ruta del choque, imaginando la posibilidad de otras muertes y otras víctimas, un perfil diferente de heridas.

Aunque limpiaban continuamente estos coches, había residuos de los usuarios previos en todas partes: marcas de zapatos en los felpudos de goma de los pedales; un filtro de cigarrillo reseco, manchado con un anticuado color de lápiz de labios, pegado a la tapa del cenicero con un pedazo de goma de mascar; una profusión de insólitos rasguños, como la coreografía de una lucha frenética, en un asiento vinílico donde parecía que dos criaturas deformes se hubieran violado recíprocamente. Rozando los pedales con los pies, yo sentía la presencia de todos estos conductores, el volumen ocupado por los cuerpos, los propósitos, las escapatorias, y los tedios de todos ellos, anteponiéndose a mis reacciones. Advirtiendo esa prioridad, conducía con cuidado, mientras ofrecía las posibilidades de mi propio cuerpo a las columnas de dirección y las viseras del parabrisas.

Al principio anduve por los circuitos periféricos del sur del aeropuerto, pasando entre los depósitos de agua de Stanwell mientras me familiarizaba con el coche desconocido. Desde allí bordeaba el flanco oriental del aeropuerto rumbo a los empalmes de Harlington, donde el pesado tránsito que salía de Londres en las horas críticas me empujaba en una rápida marejada metálica hacia los atestados carriles de la Western Avenue. A la hora de mi accidente me encontraba una vez más al pie del paso elevado. A veces cruzaba de largo el escenario de la colisión, impulsado por el tránsito que se precipitaba hacia los próximos semáforos, o quedaba apresado en un embotellamiento a tres desesperantes metros del sitio del choque.

Cuando alquilé el convertible americano, el empleado de la compañía me señaló: —Nos costó trabajo limpiarlo, señor Ballard. Lo estuvo usando una compañía de televisión...

Pusieron grampas para las cámaras en el techo, el capó y las puertas. Mientras me alejaba del garaje de Shepperton, se me ocurrió la idea de que el coche era parte aún de un acontecimiento imaginario. Como los que había alquilado antes, el coche

estaba cubierto de rasguños y marcas de zapatos y quemaduras de cigarrillo, impresas esta vez en una elegante estructura diseñada en Detroit. En el asiento de vinílico rosado había un profundo desgarrón, donde uno hubiera podido hincar un mástil o — ¿por qué no?— un pene. Presumiblemente estas marcas habían aparecido en el contexto de unos dramas imaginarios ideados por las diversas compañías que habían utilizado el coche, los actores que interpretaban el papel de policías o de criminales de poca monta, de agentes secretos o de herederas buscadas por la justicia. Las molduras del volante desgastado conservaban aún la grasitud de los centenares de manos que se habían apoyado allí cumpliendo los requerimientos del director y el camarógrafo.

Al avanzar por la Western Avenue en medio del tránsito de última hora, pensé en la posibilidad de morir envuelto en esta vasta acumulación de tramas ficticias, descubriendo en mi cuerpo los estigmas de un centenar de series policiales de televisión, las firmas de melodramas olvidados que años después de ser archivados a causa de un cambio en los programas dejarían inscritos en mi piel las últimas líneas de la nómina.

Estas divagaciones me confundieron y cuando llegué al empalme de la autopista entré en un carril equivocado. El automóvil pesado, de motor poderoso y frenos supersensibles, me hizo notar que yo era muy ambicioso si pretendía ajustar mis heridas y mi experiencia a sus perfiles de mastodonte. Resuelto a alquilar un coche del mismo modelo que el mío, doblé por la ruta de acceso al aeropuerto.

Un monstruoso embotellamiento bloqueaba el ingreso en el túnel, y entrando rápidamente en un camino de acceso salí al parque del aeropuerto, una vasta extensión de hoteles de tránsito y supermercados nocturnos. Cuando dejaba atrás el puesto de gasolina más próximo al acceso del túnel, reconocí un trío de prostitutas del aeropuerto. Recorrían una pequeña isla para peatones de una punta a la otra.

Al ver mi coche, la mayor de las tres se me acercó, pensando tal vez que yo era un turista norteamericano o alemán. Esas mujeres que a la caída de la tarde se paseaban entre el tránsito miraban los veloces automóviles como tratando de conseguir viajeros que quisiesen cruzar la laguna Estigia. Las tres —una parlanchina morena de Liverpool que había estado en todas partes y había hecho de todo; una rubia tímida y obtusa, sin duda presente en las fantasías de Catherine, quien a menudo me la señalaba; una mujer madura de cara exhausta y busto opulento que alguna vez había trabajado en una estación de gasolina de la Western Avenue parecían constituir una unidad sexual básica, capaz de satisfacer de un modo u otro a todos los clientes.

Me detuve junto al refugio. La mujer madura se adelantó cuando le hice una seña con la cabeza. Se inclinó contra la portezuela apoyando el musculoso brazo derecho en el marco cromado de la ventanilla. Al entrar en el coche saludó con las manos a

sus compañeras, cuyos ojos batían como limpiaparabrisas espiando las ventanillas que reflejaban los impactos de la luz.

Me interné en la corriente que atravesaba el túnel del aeropuerto. La presión del vigoroso cuerpo de la mujer en el coche alquilado, anónimo protagonista de tantos melodramas de segundo orden, me recordó el dolor en las rodillas y los muslos. A pesar de los frenos automáticos y la dirección hidráulica, conducir ese coche americano me había agotado.

—¿Hacia dónde vamos? —me preguntó la mujer en cuanto salí del túnel y enfilé hacia los edificios del aeropuerto.

—A un parque de estacionamiento... Las azoteas están desiertas al anochecer. Una indefinida jerarquía de prostitutas rondaba el aeropuerto y sus suburbios. Algunas frecuentaban esas salas de baile de los hoteles en las que nunca se tocaba música, convenientemente instaladas cerca de los dormitorios y destinadas a esos miles de viajeros de paso que nunca llegaban a salir del aeropuerto; una segunda categoría trabajaba en las salas de espera y los restaurantes con vista panorámica; por último, había un ejército de muchachas independientes que alquilaban cuartos por día en los edificios de la autopista.

Llegamos al garaje que se alzaba detrás de las oficinas de flete aéreo. Subí por las rampas de cemento de este edificio oblicuo y ambiguo y me detuve en un espacio libre de la azotea inclinada. La mujer, después de guardar los billetes en su bolso plateado, inclinó un rostro preocupado y bajó el cierre de mi bragueta con una mano experta. Tendiendo los brazos y apoyándolos sobre mis rodillas, empezó a excitarme sistemáticamente el pene con la mano y la boca. La dureza de sus codos me sobresaltó.

—¿Qué pasa con tus piernas...? ¿Tuviste un accidente?

El tono de la pregunta era casi sexualmente ofensivo.

Mientras ella daba vida a mi pene me dediqué a mirarle las amplias espaldas, la conjunción entre los contornos de los hombros, marcados por los breteles del sostén, y el sofisticado tablero de este coche americano; entre la carnosa cadera que yo aferraba con la mano izquierda y las esferas color pastel del reloj y el velocímetro. Estimulado por este decorado, le deslicé el anular izquierdo entre las nalgas.

Abajo reverberaba el estruendo de las bocinas. Un reflector centelleó por encima de mi hombro y alumbró la cara perpleja de esta fatigada prostituta que tenía mi pene en la boca y derramaba sobre las varillas cromadas del volante una cabellera reseca. Haciéndola a un lado, me asomé a la balaustrada. El autobús de una línea aérea había embestido la parte trasera de un taxi en la terminal de pasajeros del continente. Dos chóferes de taxi y un hombre que aferraba un maletín de plástico sacaban del coche al conductor herido. Un macizo embotellamiento de autobuses y taxis impedía el paso. Precedido por el resplandor de los faros, un coche de policía trepó a la acera y avanzó

entre los pasajeros y mozos de cordel, volteando con el guardabarros una maleta.

Un fugaz destello en el borde cromado del parabrisas distrajo mi atención. Miré a la derecha, y a seis metros, más allá de los espacios libres del garaje, vi un hombre con una cámara sentado en el capó de un coche, junto al parapeto de cemento. Reconocí al hombre alto de la cicatriz en la frente: era el que me había estado observando al pie del paso elevado, el médico vestido de blanco del hospital. Sacó la lámpara opaca del flash y de un puntapié la tiró abajo, entre los coches. Mientras quitaba la película de la cámara polaroid, me miró sin interés, como si estuviese habituado a ver en este lugar a prostitutas acompañadas de sus clientes.

—Puedes dejar. Está bien.

La mujer hurgaba ahora entre mis ingles en busca de un pene errático. Le dije que se incorporara. En cuanto se arregló la melena frente al espejo del coche, salió sin mirarme y se alejó hacia la puerta del ascensor.

El hombre de la cámara se incorporó en el capó, pasó por encima del techo y bajó de un salto. Miré a través de la ventanilla trasera del coche. En el asiento del acompañante había todo un equipo fotográfico: cámaras, trípode, un saco de lámparas de flash. Una cámara de cine había sido adosada al tablero.

El hombre regresó al coche, empuñando la cámara como si fuera una pistola. Cuando llegó a la balaustrada, los faros de la policía le iluminaron el rostro. Recordé que ya había visto varias veces esa cara picada de viruela, proyectada por muchos y olvidados programas de televisión y reproducida en las revistas. Vaughan, el doctor Robert Vaughan, en una época especializado en computadoras. Vaughan, uno de los primeros científicos de nuevo estilo de la televisión, había combinado una alta dosis de encanto personal —cabellos negros y tupidos sobre una cara cruzada de cicatrices, chaqueta de combate norteamericana— con los modales de un conferenciante agresivo y convencido que propugnaba la aplicación de técnicas automatizadas en el control de todos los sistemas de tránsito internacional. En las primeras emisiones del programa, tres años atrás, Vaughan había proyectado una imagen vigorosa de científico rebelde que iba del laboratorio al canal de televisión montado en una poderosa motocicleta. Culto, ambicioso y ávido de publicidad, no era un mero arribista con título universitario gracias a una cierta veta de idealismo excéntrico, a una extraña visión del automóvil y de la auténtica función de esa máquina.

De pie junto a la balaustrada, Vaughan observaba el choque. Los reflectores le alumbraban los bordes duros del tejido cicatrizal que le enarcaba las cejas y la boca, el tabique de la nariz roto y recompuesto. Recordé entonces por qué la carrera de Vaughan había tenido un final abrupto: cuando el programa de televisión estaba en la mitad del ciclo, Vaughan se había estrellado con la motocicleta. Se había herido gravemente, y era obvio que aún llevaba en la cara y la personalidad la memoria de ese impacto: una espantosa colisión en una carretera de l norte, donde un camión le

había quebrado las piernas con las ruedas traseras. Las facciones de Vaughan parecían haber sido desplazadas lateralmente, como si después del choque las hubieran recompuesto guiándose por un álbum de fotos desteñidas. Las cicatrices de la boca y de la frente, el cabello desaliñado y la falta de dos incisivos superiores le daban un aspecto descuidado y hostil. Los nódulos huesudos de las muñecas asomaban como pulseras de hierro en los puños raídos de la chaqueta.

Vaughan entró en el coche. Era un Lincoln Continental de hacía diez años, un vehículo similar a la limusina abierta donde habían baleado al presidente Kennedy. Recordé que el asesinato de Kennedy había sido una de las obsesiones de Vaughan.

Pasó de largo y el guardabarros izquierdo del Lincoln me rozó la rodilla. Crucé la azotea mientras él descendía por la rampa. Este primer encuentro con Vaughan no se me borró de la memoria. Sabía que si él tenía algún motivo para seguirme, no se trataba de una venganza o un chantaje.

Después de ese encuentro en la azotea del garaje del aeropuerto, la presencia de Vaughan ya no me abandonó. No me seguía, pero parecía estar siempre presente en los márgenes de mi vida, como un custodio celoso de mis pensamientos más ocultos. A lo largo de los carriles de alta velocidad de la Western Avenue, yo lo buscaba en el espejo retrovisor, escrutando los parapetos de los pasos elevados y las azoteas de los garajes.

En cierto modo ya había incluido a Vaughan en mi confusa cacería. A veces, atrapado por el tumultuoso tránsito del paso elevado, las paredes de aluminio de los autobuses me ocultaban el cielo, y observando las compactas autopistas de cemento desde el balcón, mientras Catherine preparaba el primer trago de la noche, yo tenía la convicción de que la clave de este inmenso paisaje metalizado se encontraba de algún modo en la figura constante e inmutable de las corrientes de tránsito.

Por fortuna, mi socio Paul Waring no tardó en advertir mis obsesiones mesiánicas. Habló con Catherine para limitar mis visitas a las oficinas del estudio a una hora por día. Me cansaba e irritaba con facilidad, y tuve una riña absurda con la secretaria de Waring. Pero todo esto parecía insignificante e irreal. Mucho más importante era que los distribuidores locales me entregaran mi nuevo coche.

Catherine desconfiaba profundamente de mi elección: el mismo modelo y la misma marca del coche del accidente. Hasta había elegido un espejo lateral y guardabarros idénticos. Ella y Karen me miraban críticamente desde la entrada de las oficinas de flete aéreo. Karen estaba de pie junto a Catherine, casi tocándole el hombro con el codo, como una madama joven y ambiciosa que protege y vigila un último hallazgo.

—¿Para qué nos llamaste? —dijo Catherine—. No creo que ninguna de nosotras tenga interés en volver a mirar un coche.

—En todo caso no éste, señora Ballard.

—¿Vaughan te está siguiendo? —le pregunté a Catherine—. Hablaste con él en el hospital. —Dijo que era fotógrafo de la policía. ¿Qué busca?

Los ojos de Karen se detuvieron en la cicatriz de mi cuero cabelludo. —Cuesta creer que alguna vez estuvo en televisión.

No sin esfuerzo, logré que Karen desviara los ojos. Me observaba como un animal predatorio, detrás de las barras plateadas de la boca.

—¿Alguien lo vio en el accidente?

—No tengo idea. ¿Proyectas otro choque para él?

Catherine daba vueltas alrededor del coche. Se instaló en el asiento delantero,

aspirando el aroma acre del tapizado de vinilo.

—No estoy pensando en el choque, en absoluto.

—Te fascina ese hombre, Vaughan... Te pasas el tiempo hablando de él. — Catherine miró a través del immaculado parabrisas, abriendo los muslos en una postura formalizada.

Yo estaba pensando, en verdad, en el contraste entre esta pose generosa, los muros de vidrio de los edificios del aeropuerto, y el cromado resplandeciente del coche nuevo. Sentado aquí, en una réplica exacta del vehículo donde casi había encontrado la muerte, evoqué los guardabarros y el radiador aplastados, la precisa deformación del capó, el desplazamiento angular de los bordes del parabrisas. El triángulo del pubis de Catherine me recordó que el primer acto sexual dentro del coche aún no se había consumado.

En el depósito de Northolt le mostré mi autorización al policía, custodio de este museo de chatarra. Titubeé un instante, como un marido que retira a su mujer del depósito en un sueño extraño y perverso. Unos veinte vehículos destruidos yacían al sol contra los fondos de un cine abandonado. En el extremo de ese patio de asfalto había un camión con la cabina achatada, como si el espacio se hubiese contraído de pronto alrededor del cuerpo del chófer.

Perturbado por estas deformaciones, pasé de un coche a otro. El primer vehículo, un taxi azul, había sido embestido a la altura del faro izquierdo; un costado estaba intacto, el otro tenía la rueda delantera incrustada en el asiento del acompañante. Al lado había un sedán blanco; un vehículo enorme le había pasado por encima. Las huellas de unos neumáticos gigantesos corrían por el techo aplastado, que ahora tocaba el árbol de transmisión entre los asientos.

Reconocí mi coche. En el paragolpes delantero colgaban restos del cable de remolque, y en la carrocería había manchas de aceite y barro. Pasé la mano por las ventanillas sucias, espí el interior, y casi sin darme cuenta me arrodillé delante del coche y me quedé mirando el radiador y los guardabarros abollados.

Observé durante un rato este automóvil destrozado, reconstruyendo su identidad. Hechos aterradores rodaban en mi memoria sobre esas ruedas achatadas. Lo que más me sorprendía era la magnitud de los daños. Durante el accidente el capó se había contraído sobre el motor, ocultándome las verdaderas dimensiones del choque. Las ruedas y el motor se habían hundido en la cabina, curvando el suelo. En la capota había aún manchas de sangre, y unas corrientes de encaje negro se perdían en la base del parabrisas. Unas pecas minúsculas salpicaban el asiento y el volante. Pensé en el hombre muerto tendido en el capó. La sangre derramada en la celulosa era un fluido más potente que el semen que se le enfriaba en los testículos.

Dos policías atravesaron el depósito acompañados por un ovejero alemán negro.

Observaban mis movimientos como si de algún modo les disgustara que yo tocara mi coche. En cuanto se fueron tiré de la puerta del conductor y no sin esfuerzo conseguí abrirla.

Me acomodé en el polvoriento asiento vinílico, que la curvatura del suelo inclinaba ahora hacia atrás. La columna de dirección se había levantado unos quince centímetros. Metí las piernas crispadas en el coche y apoyé los pies en la goma de los pedales, que ahora sobresalían apretándome las rodillas contra el pecho. Frente a mí, el tablero de instrumentos se había curvado hacia dentro, partiendo las esferas del reloj y el velocímetro. Sentado en esta cabina deforme, que olía a polvo y tapizados húmedos, traté de recordarme a mí mismo en el instante de la colisión, esa falla que quebró la relación técnica entre mi propio cuerpo, las certidumbres inmediatas de mi piel, y la estructura mecánica que lo albergaba. Recordé la visita que habíamos hecho al museo de la Guerra Imperial en compañía de un amigo, y la patética y fragmentada cabina de un caza japonés de la segunda guerra mundial, un Zero. Los haces de conexiones eléctricas y los jirones de lona desgarrada expresaban toda la soledad de la guerra. Esa tapa de plexiglass empañado encerraba aún un pequeño retazo del cielo del Pacífico, el rugido de un aeroplano que treinta años atrás correteaba por la cubierta de un portaviones.

Miré a los dos policías que ejercitaban al perro en el depósito. Abrí la caja del tablero, empujando hacia abajo el anaquel. Dentro, cubiertos de suciedad y trozos de plástico, encontré unos objetos que Catherine no había podido reclamar: una colección de mapas de ruta, una novela vagamente pornográfica que Renata me había prestado en broma, una foto polaroid que yo le había tomado sentada en el coche cerca de los depósitos de agua, con el pecho izquierdo desnudo.

Tiré el cenicero hacia atrás. La bandeja metálica cayó en mi regazo, desparramando un a docena de colillas de cigarrillo manchadas de rouge. Cada uno de estos cigarrillos, fumados por Renata mientras íbamos de la oficina a su casa, me recordaba uno de nuestros coitos. Contemplando este reducido museo de provocaciones y posibilidades, comprendí que la cabina aplastada de mi coche, que parecía un vehículo estrambótico adaptado para una criatura extremadamente deforme, era el paradigma perfecto de los acelerados futuros de mi existencia.

Alguien pasó frente al coche. Un policía gritó desde la garita. Miré por el parabrisas y vi una mujer de impermeable blanco que se paseaba entre las hileras de coches destrozados. La aparición de una mujer atractiva que recorría este depósito de hierros retorcidos como quien visita una galería de arte me sacó bruscamente de los ensueños de esos veinte cigarrillos. La mujer se acercó al coche más próximo, un convertible aplastado en un choque múltiple, y se detuvo a mirar lo que había sido el asiento del acompañante. Tenía una cara inteligente, de médica con demasiad o trabajo, y un mechón de cabellos le disimulaba la frente ancha.

Sin pensarlo, empecé a salir del coche y al fin me quedé sentado en silencio junto al volante. Helen Remington apartó los ojos del convertible destrozado, y echó una mirada al capó de mi coche. Obviamente no reconocía el vehículo que había matado a Remington. Cuando alzó la cabeza me vio enmarcado por el parabrisas, sentado junto al volante, entre las manchas de sangre seca en los asientos. Apenas desvió la mirada enérgica, pero se llevó involuntariamente una mano a la mejilla. Examinó con atención los daños de mi coche, pasando del radiador hundido al volante levantado entre mis manos. Luego me inspeccionó un momento, con la expresión indulgente de un médico enfrentado a un paciente difícil e hipocondríaco.

Al fin se volvió y fue hacia el camión de la cabina aplastada. Me sorprendió otra vez la inusitada posición de sus piernas. La cara interior de los muslos, plantados en una pelvis ancha, parecía vuelta hacia afuera, como expuesta a los vehículos accidentados. ¿Había estado esperando a que yo visitara el depósito? Yo sabía que una confrontación entre nosotros era al fin y al cabo inevitable, pero en mi mente se superponían ya otros sentimientos: piedad, erotismo, e incluso unos extraños celos del hombre muerto, pues ella lo había conocido y yo no.

Cuando volvió, yo la esperaba frente a mi coche, en el asfalto manchado de aceite. Helen Remington señaló los vehículos destrozados.

—Después de todo esto, no entiendo cómo la gente se atreve a mirar un coche, y menos a conducirlo. —No respondí, y ella añadió inexpresivamente—: Estoy buscando el coche de Charles.

—No está aquí. Quizá lo tiene aún la policía. Los forenses...

—Parece que estaba aquí. Me lo dijeron esta mañana. —Observó mi coche con ojos críticos, como si esa geometría distorsionada la dejara perpleja, lo mismo que mi actitud—. ¿Éste es el coche de usted?

Extendió la mano enguantada y tocó el radiador. Acarició una varilla de cromo retorcida como si buscara en la pintura salpicada de sangre algún rastro de la presencia del marido. Yo nunca le había hablado a esta mujer exhausta, y me pareció que tenía que pedirle disculpas por la muerte de su marido y el espantoso acto de violencia que habíamos protagonizado. Al mismo tiempo, esa mano enguantada que acariciaba el cromo estropeado despertó en mí una apremiante excitación sexual.

—Se va arruinar los guantes. —Le aparté la mano del radiador—. Me parece que no tendríamos que venir aquí... Me sorprende que la policía no ponga más obstáculos.

La vigorosa muñeca de la mujer forcejeó con mis dedos en una suerte de vaga exasperación, como si estuviera ensayando un acto físico de venganza. Los ojos se le demoraron en los confeti negros esparcidos sobre el capó y en los asientos.

—¿Sufrió usted heridas graves? —preguntó—. Creo que nos vimos en el hospital. Miré cómo se obstinaba en cubrirse la mejilla con el cabello, de un modo casi

obsesivo, y no pude contestarle. Ese cuerpo robusto, de una nerviosa sexualidad, parecía unirse en una conjunción poderosa con el coche abollado y sucio de barro.

—No quiero el coche —afirmó—. En realidad, me asombró enterarme de que tengo que pagar para que lo conviertan en chatarra.

Sin apartarse del automóvil, Helen Remington me miraba con una mezcla de hostilidad e interés, como si admitiera que los motivos que la habían traído a este lugar eran tan ambiguos como los míos. Sentí que la doctora Remington, de un modo refinado y exento de afectación, ya estaba balanceando las posibilidades que yo le presentaba, mientras examinaba este instrumento de una tecnología perversa que había matado a su marido y había cerrado en la vida de ella la avenida principal.

Me ofrecí para llevarla a la clínica.

—Gracias. —Ella caminó adelante—. Al aeropuerto, si es posible. —¿Al aeropuerto? —Me sentí extrañamente desconcertado—. ¿Por qué? ¿Se va de aquí? —Todavía no... Aunque parece que ya me retrasé demasiado, por lo que me han dicho algunos. —Se quitó los anteojos de sol y me enfrentó con una sonrisa inquietante—. Una muerte en la familia del médico aumenta la intranquilidad de los pacientes.

—Quiero creer que usted no se viste de blanco para tranquilizarlos. —Si se me antojara, llevaría un condenado kimono.

Nos instalamos en mi coche. Me dijo que trabajaba en el servicio de inmigración del aeropuerto de Londres. Cuidando de mantenerse bien apartada de mí, se reclinó contra el marco de la portezuela y examinó críticamente el interior del coche, la resurrección aparente del tapizado terso y el vidrio bruñido. Siguió los movimientos de mis manos mientras yo conducía. La presión de sus muslos contra el plástico caliente era como un módulo de intensa excitación, y no dejé de advertir que ella lo sabía. Aunque pareciera paradójico y aterrador, Helen Remington se vengaría mediante un acto sexual entre nosotros.

Un tránsito pesado se adelantaba lentamente por la carretera entre Ashford y el aeropuerto. El sol caía a plomo en la chapa recalentada. Alrededor de nosotros veíamos a los conductores fatigados que se reclinaban contra las ventanillas abiertas y escuchaban interminables programas de radio. Enclaustrados en los autobuses, los aspirantes a pasajeros observaban los jets que se elevaban en las pistas distantes. Al norte de los edificios, la calzada del paso elevado bordeaba el túnel de acceso. Parecía que los vehículos atascados iban a representar una dramatización en cámara lenta de nuestro accidente.

Helen Remington sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del impermeable. Mientras buscaba el encendedor en el tablero, movió la mano derecha sobre mis

rodillas como un pájaro nervioso.

—¿Quiere un cigarrillo? —Los dedos firmes desgarraron la funda de celofán—. Empecé a fumar en Ashford... es más bien estúpido de mi parte.

—Mire este tránsito... Yo necesito todos los sedantes a que pueda echar mano. — Ahora es peor... Usted lo notó, ¿no es cierto? El día que salí del hospital tuve la extraordinaria impresión de que todos estos coches se estaban juntando con algún propósito determinado que yo no entendía. El tránsito parecía diez veces mayor.

—¿Será nuestra imaginación?

Ella señaló el interior del coche con la punta del cigarrillo.

—Compró exactamente el mismo coche. El modelo y el color son iguales. Volvió la cara y me miró, esta vez sin tratar de ocultar la cicatriz de la mejilla. Sentí claramente una corriente oculta de hostilidad que se movía hacia mí. La columna de tránsito llegó a la intersección de Stanwell. Mientras seguía la fila de vehículos, yo me preguntaba cómo se comportaría ella en una relación sexual. Traté de imaginar esos abultados labios alrededor del pene del marido, mientras los dedos afilados le hurgaban las nalgas buscando la próstata. La mujer tocó la carrocería amarilla de un transporte de combustibles que marchaba a nuestro lado, las enormes ruedas traseras a sólo quince centímetros de su codo. Mientras ella leía las instrucciones para casos de incendio inscritas en el tanque, le estudié los muslos y las pantorrillas firmes. ¿Sospechaba Helen Remington con qué hombre, o qué mujer, se acostaría la próxima vez? Cuando cambiaron las luces, sentí el principio de una erección. Me moví hacia el carril de circulación lenta, poniéndome delante del camión cisterna.

El arco del paso elevado se recortaba contra el cielo, y el rectángulo blanco de una fábrica de plásticos ocultaba la rampa norte. Los volúmenes immaculados y rectilíneos de este edificio se fundieron en mi mente con las pantorrillas y los muslos apretados contra el asiento de vinilo. Helen Remington, quien obviamente no advertía que íbamos hacia el lugar donde nos habíamos conocido, cruzaba y separaba las piernas, desplazando estos blancos volúmenes mientras dejábamos atrás la alta fachada de la fábrica de plásticos.

La calzada desapareció bruscamente debajo de nosotros. Corríamos ahora hacia el empalme del ramal de Drayton Park. Ella se apoyó en el marco cromado de la ventanilla, casi dejando caer el cigarrillo sobre la falda. Tratando de controlar el coche, froté la cabeza del pene contra el borde inferior del volante. El coche se desvió hacia el primer punto de impacto con el terraplén central. Las líneas blancas zigzaguearon, y una bocina roncó vagamente detrás de nosotros. Fragmentos de vidrio de parabrisas destellaron al sol como señales telegráficas.

En ese momento eyaculé. Perdí el control del coche y la rueda delantera golpeó el borde del terraplén central arrojando un torbellino de polvo y paquetes de cigarrillos sobre el parabrisas. El coche se salió del carril y se precipitó hacia un autobús que

doblaba por la rotonda. Con el pene húmedo de esperma, logré colocarme detrás del autobús, mientras se desvanecía el último temblor de este débil orgasmo.

Sentí en mi brazo la mano de Helen Remington. Se había corrido hacia el centro del coche, apoyando su hombro contra el mío mientras me apretaba la mano que yo tenía en el volante. Observó los coches que pasaban a ambos lados, aturdiéndonos con las bocinas.

—Doble aquí... podrá conducir tranquilo un rato.

Tomé un camino lateral que se internaba en el asfalto desierto de un barrio de casas de fin de semana. Durante una hora recorrimos las calles vacías. A la entrada de los bungalows se veían bicicletas y carros pintados. Helen Remington me aferraba el hombro, la cara oculta detrás de las gafas. Me habló de su trabajo en el servicio de inmigración del aeropuerto, y de ciertas dificultades legales a propósito del testamento de su marido. ¿Se daba ella cuenta de lo que había ocurrido en mi coche, de que yo había ensayado esa ruta muchas veces y en muchos vehículos diferentes, de que había celebrado en la muerte de su marido la unidad de nuestras heridas y mi orgasmo?

El tránsito se multiplicaba, y las calzadas de cemento se movían lateralmente en el paisaje. Catherine y yo volvíamos de ser interrogados por el forense, y las autopistas se superponían como en una cópula de gigantes de inmensas piernas entrelazadas. Sin mostrar mucho interés y sin ninguna ceremonia, la policía se había atenido al veredicto de muerte accidental, y no me acusaba de homicidio ni de negligencia. Después del interrogatorio dejé que Catherine me llevara al aeropuerto. Me quedé una hora sentado frente a la ventana de su oficina, mirando los centenares de coches alineados en el parque. Los techos eran como un lago de metal. La secretaria de Catherine no se separaba de ella, esperando a que yo me fuese. Cuando le alcanzó las gafas a Catherine vi que se había pintado los labios de blanco. Irónica concesión, sin duda, a este día de duelo.

Catherine me acompañó hasta el vestíbulo.

—James, tienes que ir a la oficina... Créeme, amor, trato de ayudarte. Me tocó el hombro derecho con una mano curiosa, quizá buscando una nueva herida que acababa de florecer. Durante el interrogatorio me había tomado el brazo de un modo raro, como si temiera que yo me arrojara por la ventana en cualquier momento.

Como no tenía ganas de regatear con chóferes de taxi huraños y arrogantes, que sólo querían ir a Londres, crucé el parque de automóviles frente a las oficinas de flete aéreo. Arriba, un jet aulló en el aire metalizado. Cuando pasó el avión, alcé los ojos y vi a la doctora Helen Remington que se movía entre los coches, cien metros a mi derecha.

Durante el interrogatorio yo no había podido desviar los ojos de la cicatriz de su cara. La vi caminar con paso tranquilo hacia la entrada del servicio de inmigración. Apretaba las fuertes mandíbulas en un gesto altivo, y apartaba el rostro como si se empeñara en obliterar todo trazo de mi existencia. Al mismo tiempo tuve la firme impresión de que se sentía completamente perdida.

Una semana después del interrogatorio, ella esperaba a la salida de la oficina de Catherine, junto a la fila de taxis de la Oceanic Terminal. La llamé y me detuve detrás de un autobús, señalándole el asiento libre de mi coche. Ella se acercó empuñando firmemente el bolso de mano, y me reconoció con una mueca.

Mientras íbamos hacia la Western Avenue ella observaba el tránsito con franco interés. Se había echado el pelo hacia atrás, exhibiendo abiertamente la borrosa cicatriz.

—¿Adónde la llevo?

—¿Podemos pasear un poco? —preguntó—. Hay tanto tránsito... Me gusta mirar. ¿Trataba de provocarme? Presumí que ya estaba evaluando las posibilidades prácticas que yo le había revelado. Desde el cemento de los parques de automóviles y las azoteas de los garajes, Helen Remington inspeccionaba ahora con una mirada lúcida y fría los productos tecnológicos que habían provocado la muerte de su marido.

Empezó a charlar con una animación forzada.

—Ayer tomé un taxi para un paseo de una hora. «A cualquier parte», le dije. Un embotellamiento nos detuvo cerca del túnel. Creo que no avanzamos más de cincuenta metros. El chófer ni siquiera se inmutó.

Nos internamos en la Western Avenue, y las oficinas del aeropuerto y la cerca de alambre quedaron a nuestra izquierda. Mantuve el coche en el carril de circulación lenta. La calzada del paso elevado retrocedía en mi espejo retrovisor. Helen habló de la nueva vida que ya proyectaba para sí misma.

—El Laboratorio de Accidentes de Tránsito necesita un asesor médico. El sueldo es mejor; algo que ahora he de tener en cuenta. Para ser materialista se requiere una cierta fuerza moral.

—El Laboratorio de Accidentes de Tránsito... —repetí. En televisión solían proyectar películas de simulacros de accidentes; estas máquinas mutiladas me parecían extrañamente patéticas—. ¿Eso no tendrá relación...?

—Precisamente. Además, ahora puedo dar algo que antes no conocía ni de lejos. No es una cuestión de deber, sino de compromiso.

Quince minutos más tarde, cuando estábamos llegando al paso elevado, Helen se me acercó, sin dejar de mirarme las manos mientras entrábamos una vez más en la trayectoria del choque.

Esa misma mirada, serena pero curiosa, como si Helen Remington aún no hubiese decidido cómo utilizarme, aún seguía clavada en mí poco después mientras yo detenía el coche en un paraje solitario entre los depósitos de agua al oeste del aeropuerto. Cuando la tomé por los hombros ella sonrió apenas, contrayendo el labio superior en un rictus que descubrió la punta de oro del incisivo derecho. La besé en la boca, aplastando el cerúleo caparazón de rouge, viendo cómo ella estiraba la mano hacia el borde de la ventanilla. Apreté los labios contra la dentina inmaculada de sus dientes superiores, fascinado por el movimiento de los dedos en el cromo terso del marco. En el borde anterior del marco había una mancha de pintura azul dejada allí por un obrero descuidado. La uña del índice de Helen raspó la mancha, que se elevaba desde el marco de la ventanilla en una diagonal del mismo ángulo que el borde de cemento de la fosa de irrigación a tres metros de mi coche. A mis ojos este paralaje se fundió con la imagen de un coche abandonado entre las hierbas

manchadas de herrumbre, en el terraplén del depósito de agua. La fugaz avalancha de talco en disolución que cruzó los ojos de Helen cuando mis labios le rozaron los párpados, contenía de algún modo toda la melancolía de ese vehículo ruinoso, que perdía aceite y líquido refrigerante.

Detrás de nosotros, a seiscientos metros, aguardaba el tránsito de la carretera elevada, y el sol de la tarde reverberaba en las ventanillas de los coches y autobuses. Mi mano recorrió la curvatura externa de los muslos de Helen, rozando el cierre abierto del vestido. La cremallera, que parecía una navaja, me lastimó en los nudillos, y sentí que ella me clavaba los dientes en la oreja. Estos dolores punzantes me recordaron la mordedura del vidrio del parabrisas durante el accidente. Helen abrió las piernas y le acaricié el tejido de nylon que le cubría el pubis, débil protección para la entrepierna de esta médica respetable. Mirándole la cara, la boca trémula que jadeaba como si quisiera devorarse a sí misma, le moví la mano alrededor de los pechos. Ahora ella se hablaba a sí misma, desvariando como la víctima de un accidente. Sacó un pecho del sostén y apretó mis dedos contra el pezón tibio. Mi boca pasó de un pecho a otro, mordisqueando los pezones erectos.

En este recinto de vidrio, metal y vinilo, el cuerpo de Helen se apoderó de mí, y ella metió la mano bajo mi camisa. Le tomé los dedos y los puse alrededor de mi pene. Por el espejo retrovisor vi que se acercaba un camión cisterna. Pasó de largo con un rugido de polvo y humo que tamborileó contra las puertas del coche. Esta primera excitación trajo el primer semen a mi pene. Diez minutos más tarde, cuando el camión volvió a pasar, la vibración de las ventanillas aceleró mi orgasmo. Helen se arrodilló sobre mí, acodándose contra el respaldo del asiento, a cada lado de mi cabeza. Yo me recliné, aspirando el olor del vinilo recalentado. Levantándole la falda a la altura de la cintura, pude verle el contorno de las caderas. La moví lentamente contra mí frotándole el miembro contra el clítoris. La cabina del coche le enmarcaba distintas partes del cuerpo, las rótulas cuadradas debajo de mis codos, el pecho derecho desnudo, la marca de una pequeña úlcera en el arco inferior del pezón. Mientras apretaba el glande contra el cuello del útero, y sentía el contacto de una máquina muerta, el diafragma, observé el interior del coche. El pequeño habitáculo estaba atestado de superficies angulares y de fragmentarias redondeces anatómicas, entrelazadas en insólitas conjunciones, como un primer coito homosexual a bordo de una cápsula Apolo. Los volúmenes de los muslos de Helen apretados contra mis caderas, el puño izquierdo hundido en mi hombro, la boca aferrada a la mía, la forma y humedad del ano que yo acariciaba con el dedo anular, todo parecía superponerse al inventario de una tecnología complaciente: las curvas moldeadas y acolchadas del panel de instrumentos, la funda de la columna de dirección, la extravagante culata de pistola del freno de mano. Toqué el tapizado caliente del asiento, y luego el surco húmedo del perineo de Helen. Ella me apretó el testículo derecho. Los laminados

plásticos de alrededor tenían un color de antracita mojada, como ese vellón partido en la entrada de la vulva. Parecíamos encerrados en una máquina que utilizaba nuestro acto sexual para engendrar un homúnculo de sangre, espermatozoides y líquido refrigerante. Moví el dedo en el recto de Helen, y sentí mi pene dentro de su vagina. Estas delgadas membranas, como el tabique mucoso de la nariz que yo le tocaba con la lengua, se reflejaban en las esferas del tablero, en la curva nítida del parabrisas.

Helen me mordió el hombro izquierdo, y la sangre dibujó en mi camisa la marca de una boca. Sin pensarlo, le golpeé un lado de la cabeza con la palma de la mano.

—¡Lo siento! —jadeó ella en mi cara—. Por favor, no te muevas. —Introdujo de nuevo el miembro en su vagina, Aterrándole las nalgas con ambas manos, me apresuré hacia el orgasmo. Helen Remington, a horcajadas sobre mí, me observaba con seriedad, como si estuviera reanimando a un paciente. El anillo húmedo que le perlaba la boca parecía el rocío del amanecer sobre un parabrisas. Sacudí apresuradamente las caderas, frotándome con el hueso del pubis, echándose luego hacia atrás en el tablero mientras un Land-Rover pasaba a los tumbos por el camino, arrojando una nube de polvo contra las ventanillas.

Cuando el Land-Rover desapareció, Helen se levantó dejando que el semen se derramara entre mis piernas. Se acomodó detrás del volante, y tomó en la mano el glande húmedo. Paseó la mirada por la cabina, como si buscara nuevas aplicaciones a nuestra unión sexual. Iluminada por el sol de la tarde, la borrosa cicatriz de su mejilla delimitaba estos proyectos ocultos como la frontera secreta de un territorio anexado. Pensando que podía tranquilizarla de algún modo, le saqué el pecho izquierdo del sostén y se lo acaricié. Felizmente estimulado por esa geometría familiar, contemplé la gruta enjovada del tablero de instrumentos, la funda de la columna de dirección, las protuberancias cromadas de las perillas de control.

Un coche de la policía apareció en el camino detrás de nosotros rodando pesadamente entre los baches y los surcos. Helen se incorporó y se apresuró a cubrirse el pecho. Se vistió con rapidez, y se maquilló mirándose en el espejo de la polvera. Había dejado atrás su voraz sexualidad, tan abruptamente como habíamos empezado.

Sin embargo, estos actos irregulares, estos abrazos sexuales en la estrecha cabina de mi coche detenido en un camino desierto, en un callejón o en un parque de coches a medianoche, no parecían incomodar a Helen Remington. En las semanas siguientes, cuando yo pasaba a buscarla por la casa que ella había alquilado en Northolt, o cuando la esperaba en el vestíbulo de las oficinas de inmigración del aeropuerto, me parecía increíble que yo tuviera alguna clase de relación sexual con esta respetable médica de delantal blanco que escuchaba pacientemente las vanas explicaciones de algún pakistaní tuberculoso.

Curiosamente, nuestros actos sexuales sólo ocurrían dentro de mi automóvil. En

el amplio dormitorio de su casa alquilada yo no era capaz de tener ni siquiera una erección, y la misma Helen se volvía remota y locuaz y no se cansaba de comentar los aspectos más tediosos de su trabajo en el aeropuerto. Una vez juntos en el coche, entre las apretadas hileras de tránsito que eran como un público ciego y a la vez invisible, no tardábamos en excitarnos. Helen se mostraba cada vez más tierna conmigo y con mi cuerpo, y hasta trataba de que no me preocupase demasiado por ella. En cada nueva unión sexual recapitulábamos la muerte del marido, reimplantando en la vagina la imagen del cuerpo de él, como múltiples perspectivas de nuestras bocas y nuestros muslos, nuestros pechos y nuestras lenguas en el marco metálico y vinílico del interior de mi coche.

Yo esperaba que Catherine descubriera mis frecuentes citas con esta mujer solitaria, pero asombrosamente no parecía muy interesada en Helen Remington. Catherine había vuelto a dedicarse a su matrimonio. Antes de mi accidente, nuestro vínculo sexual era abstracto casi en su totalidad, alimentado por una serie de juegos y de perversidades imaginarias. Cuando se levantaba a la mañana, exhibía la eficiencia de un mecánico: se duchaba con rapidez; expulsaba la orina acumulada durante la noche; se sacaba el diafragma, volvía a lubricarlo y a insertárselo (¿cómo y dónde hacía el amor durante la hora del almuerzo, y con cuál de los pilotos y jefes de la compañía?); escuchaba las noticias mientras preparaba el café...

Ahora todo esto había sido reemplazado por un pequeño aunque creciente repertorio de cuidados y atenciones. Mientras ella yacía despreocupadamente junto a mí, sabiendo que llegaría tarde a la oficina, nada me costaba alcanzar el orgasmo. Me bastaba pensar en el coche donde la doctora Helen Remington y yo llevábamos a cabo nuestros actos sexuales.

La reaparición de Vaughan, ángel de pesadilla de las carreteras, puso fin a este plácido idilio doméstico de deliciosas promiscuidades.

Catherine estaría fuera tres días, pues tenía que asistir a una conferencia aeronáutica en París, y por curiosidad decidí llevar a Helen a un espectáculo de acrobacia automovilística en el estadio de Northolt. Algunos de los pilotos que trabajaban en la película de Elizabeth Taylor en los estudios de Shepperton harían una exhibición, y tanto en los estudios como en nuestras oficinas circulaban los pases gratuitos. Renata, aunque no veía con buenos ojos mi relación con la viuda del hombre que yo había matado, me dio un par de billetes, como desafío irónico quizá.

Helen y yo nos sentamos en la tribuna casi desierta y esperamos mientras una hilera de coches a los que habían quitado las carrocerías desfilaba por la pista cenicienta. Una multitud aburrida miraba desde el perímetro del estadio de fútbol reformado. La voz del anunciador retumbó en el aire. Al final de cada demostración, las mujeres de los conductores aplaudían sin demasiado entusiasmo.

Helen se sentó pegada a mí, pasándome el brazo por la cintura y apoyando la cara en mi hombro, aturdida por el rugido continuo de los silenciadores defectuosos.

—Es raro... pensé que esto atraería a más gente.

—El hecho auténtico se puede ver gratis todos los días. —Señalé el programa amarillo—. Esto promete ser más interesante: «Reconstrucción de un choque espectacular».

Despejaron la pista e instalaron unos mojones blancos que representaban la intersección de dos carreteras. Frente a la platea, vimos a un hombre corpulento y sucio de aceite, vestido con una chaqueta tachonada de plata; estaban atándolo al asiento de un coche sin puertas. Los cabellos teñidos de rubio, sujetos atrás con una cinta escarlata, le caían hasta los hombros. La cara rígida era pálida y famélica, como de peón de circo sin trabajo. Reconocí a uno de los pilotos de los estudios, un tal Seagrave, que en una época había sido corredor profesional.

Cinco coches participarían ahora en la representación del accidente, un choque múltiple ocurrido el verano anterior en el circuito periférico norte y donde habían muerto siete personas. Mientras ocupaban sus puestos en el campo, el anunciador trató de despertar el interés del público. Los fragmentos amplificadas de sus comentarios reverberaban en las tribunas vacías como si se entrechocaran queriendo escapar.

Señalé un camarógrafo alto con chaqueta de combate que revoloteaba alrededor del coche de Seagrave, y le gritaba instrucciones a través del parabrisas sin vidrio,

por encima del rugido del motor.

—Vaughan otra vez. Habló contigo en la clínica.

—¿Es fotógrafo?

—Un fotógrafo muy peculiar.

—Pensé que estaba haciendo una especie de investigación. Quería conocer todos los detalles del accidente.

En el estadio, Vaughan parecía representar otro papel: director de cine. Como si Seagrave fuera la estrella, el desconocido que lo llevaría a la fama, Vaughan se apoyaba contra el borde del parabrisas, mostrando con ademanes agresivos alguna nueva coreografía de colisión y violencia. Seagrave se echó hacia atrás, dando una última chupada al cigarrillo de hachis mal liado que le alcanzaba Vaughan. Se ajustó las correas y se acomodó frente al volante. El cabello rubio teñido era como el centro de atención del estadio. El anunciador informó que un camión fuera de control golpearía el coche de Seagrave arrojándolo como un proyectil hacia la trayectoria de otros cuatro automóviles.

Por último Vaughan desapareció un instante en la cabina del locutor, detrás de nosotros. Siguió un breve silencio, y luego anunciaron con cierta exaltación que Seagrave había pedido a su mejor amigo que condujera el camión. Este añadido melodramático no logró conmover a la multitud, pero Vaughan pareció satisfecho. Cuando bajaba por la pasarela, la boca dura y marcada de cicatrices se le abría en una extraña sonrisa. Al vernos juntos, nos saludó como si Helen Remington y yo fuéramos viejos aficionados a este circo de espectáculos mórbidos.

Veinte minutos más tarde, sentado en mi coche detrás del Lincoln de Vaughan, vi cómo trasladaban al maltrecho Seagrave. La reconstrucción había sido un fiasco. Golpeado por el camión, el coche de Seagrave se había enganchado en el paragolpes como un matador miope que se arroja directamente sobre los cuernos del toro. El camión lo arrastró cincuenta metros antes de aplastarlo contra uno de los coches que se aproximaban corriendo. Esa colisión franca y brutal había puesto de pie a toda la multitud, incluidos Helen y yo.

Sólo Vaughan permaneció imperturbable. Mientras los confundidos pilotos bajaban de las máquinas y sacaban a Seagrave del asiento, Vaughan atravesó rápidamente la pista y le hizo una seña perentoria a Helen Remington. La seguí por el estadio pero Vaughan me ignoró y llevó a Helen entre la multitud de mecánicos y curiosos.

Seagrave se restregaba las manos grasientas en el pantalón plateado y tanteaba el aire como si estuviera ciego. Aunque el piloto podía caminar, Vaughan convenció a Helen de que lo acompañara al hospital de Northolt. En el camino, me costo bastante seguir el coche de Vaughan, el Lincoln polvoriento con un reflector montado en una

aleta trasera. Seagrave iba tumbado en el asiento de atrás junto a Helen, y Vaughan conducía velozmente a través del aire de la noche, apoyando un codo en la ventanilla abierta y tamborileando en el techo con la mano. Presumí que era un modo desenfadado de ponerme a prueba, como desafiándome a que yo lo siguiese. Cuando nos deteníamos frente a un semáforo, él me observaba por el espejo retrovisor mientras yo frenaba detrás. En cuanto se encendía la luz amarilla, el Lincoln salía disparado. En el paso elevado de Northolt, Vaughan excedió el límite de velocidad y cometió la imprudencia de pasar a un coche de la policía por la derecha. El conductor guiñó las luces, titubeando cuando vio la cinta empapada de sangre que sujetaba el cabello de Seagrave, y el apremiante destello de mis faros.

Dejamos el paso elevado y nos internamos por una ruta asfaltada que atravesaba West Northolt, un barrio de las cercanías del aeropuerto donde abundaban las casas de una planta con jardín, separadas por cercas de alambre. La zona estaba habitada por personal subalterno de las compañías aéreas, empleados de los garajes, camareras y ex-azafatas. Muchos de ellos trabajaban en turnos y tenían que dormir durante el día, y mientras recorríamos las calles desiertas vimos varias ventanas cerradas.

Llegamos al fin al hospital. Vaughan ignoró el parque de coches a la entrada, dejó atrás la sala de emergencia, y se detuvo en el sitio reservado a los médicos. Saltó fuera del coche y le indicó a Helen que lo siguiera. Seagrave salió de mala gana del compartimiento trasero, alisándose los cabellos rubios. Aún no se tenía muy bien de pie, y descansó apoyándose en el marco del parabrisas. Mirándole los ojos desencajados y la cabeza magullada, tuve la seguridad de que éste era sólo el último de una larga serie de traumatismos. Mientras Vaughan le sostenía la cabeza, Seagrave se escupió las manos sucias de aceite. Luego se apoyó en el brazo de Vaughan y siguiendo a Helen con paso inseguro entró en la sala de guardia.

Esperamos a que regresaran. Vaughan se sentó en el capó del Lincoln; uno de sus muslos cortaba el haz de luz del faro derecho. Inquieto, se incorporó y se puso a dar vueltas alrededor del coche, alzando la cabeza por encima de las miradas de los visitantes nocturnos que se encaminaban hacia los distintos pabellones. Observándolo desde mi coche, estacionado junto al suyo, advertí que Vaughan continuaba representando un papel dramático, en beneficio de esos transeúntes anónimos, pues se erguía frente a la luz como si esperase que unas invisibles cámaras de televisión lo encuadraran de repente. El actor frustrado se manifestaba en todos esos movimientos impulsivos, que falseaban de un modo irritante mis propias reacciones. Brincando en sus zapatillas blancas de tenis, fue hacia la parte trasera del coche y abrió el baúl.

El reflejo de los faros de Vaughan en las puertas de vidrio del pabellón de fisioterapia me molestaba los ojos, y salí del coche observando cómo Vaughan hurgaba entre las cámaras y los flashes del baúl. Escogió una filmadora que se

empuñaba como un revólver, cerró el baúl y se instaló detrás del volante, apoyando una pierna en el asfalto negro en una pose histriónica.

Abrió la otra portezuela.

—Pase, Ballard... tardarán más de lo que cree la Remington.

Me senté junto a él en el asiento delantero del Lincoln. Pegando el ojo al visor de la cámara, examinó la entrada de la sala de urgencia. En el suelo sucio había unas fotografías de vehículos destrozados. Lo que más me perturbaba en Vaughan era ver cómo adelantaba los muslos y la cadera, en una rara postura, casi como si estuviera a punto de hundir sus genitales en el tablero de instrumentos. Observé cómo contraía los muslos y apretaba firmemente las nalgas mientras miraba con la cámara. Tuve la súbita e irreflexiva tentación de estirar la mano, y meter la cabeza del pene en las esferas luminiscentes. Imaginé la vigorosa pierna de Vaughan apretando el acelerador. Las gotas de esperma empañarían las marcas estilizadas del velocímetro, mientras nos deslizábamos a toda velocidad por las curvas de cemento. Mi relación con Vaughan se inició esa noche y se prolongó durante un año, hasta el día de su muerte, pero todo ese tiempo quedó ya definido en unos pocos minutos, mientras aguardábamos a Seagrave y a Helen Remington frente al hospital. Sentado junto a él, advertí que mi hostilidad se convertía en vaga deferencia, o en subordinación tal vez. El modo de conducir de Vaughan era un buen ejemplo de toda su conducta: agresiva, distraída, irascible, torpe, absorta, y brutal. La segunda velocidad de la caja automática del Lincoln se había estropeado durante una carrera con Seagrave en una autopista, según me explicó Vaughan más tarde. A veces, a lo largo de la Western Avenue, entorpecíamos el tránsito del carril de circulación rápida, avanzando a quince kilómetros por hora mientras esperábamos a que la transmisión defectuosa nos permitiera acelerar. Vaughan solía comportarse como un parapléjico, pues por momentos forcejeaba torpemente con el volante como si se tratara de un coche para tullidos, y los pies le colgaban inútiles mientras nos precipitábamos hacia un taxi frente a un semáforo. A último momento frenaba abruptamente, parodiando su propio modo de conducir.

Las relaciones de Vaughan con las mujeres estaban gobernadas por los mismos juegos obsesivos. A Helen Remington le hablaba en un tono impertinente e irónico, pero en algunas ocasiones era cortés y amable. A veces me hacía confidencias en las letrinas de los hoteles del aeropuerto, y siempre me preguntaba si ella podría tratar a la mujer de Seagrave y a su hijito, o tal vez al mismo Seagrave. Luego, atraído por alguna otra cosa, desdeñaba tanto el trabajo de Helen como sus aptitudes médicas. Aún después de la relación que hubo entre ellos, Vaughan solía pasar de la ternura al aburrimiento más pronunciado. Mientras Helen caminaba hacia nosotros desde las oficinas de inmigración, Vaughan se quedaba sentado al volante mirándole con ojos fríos las eventuales zonas de nuevas heridas.

Vaughan apoyó la filmadora en el borde del volante. Se recostó, apartó las piernas y se acomodó los testículos con una mano. La blancura de los brazos y el pecho y las cicatrices que le marcaban la piel como a mí, eran como un lustre mórbido y metálico que recordaba el tapizado raído del Lincoln. Esas incisiones insignificantes, que parecían trazadas con un cincel, señalaban el abrazo brutal de una cabina hundida, las cuñas abiertas en la carne por la palanca de cambios quebrada y los indicadores de luces pulverizados. Juntos constituían un lenguaje exacto de dolor y sensaciones, de erotismo y deseo. El reflejo de los faros del Lincoln iluminó un semicírculo de cinco cicatrices alrededor de la tetilla derecha de Vaughan, un molde para la mano que le acariciara el pecho.

De pie junto a Vaughan frente a los mingitorios de la sala de guardia, le miré el pene preguntándome si también allí tendría cicatrices. En el glande, que sostenía entre el pulgar y el índice, había una ranura nítida, como un canal destinado a un exceso de esperma o a una secreción venérea. ¿Qué parte de un coche lo había marcado de ese modo? ¿En qué bodas con un cabezal cromado? Mientras seguía a Vaughan hasta el coche, abriéndome paso entre las visitas que dejaban el hospital, no podía dejar de pensar en las terribles excitaciones que habrían acompañado a esta herida. La cicatriz que se desviaba a un lado, como la curva del parabrisas del Lincoln, expresaba cabalmente toda la oblicua y obsesiva trayectoria de Vaughan por los espacios abiertos de mi mente.

Encima de nosotros, a lo largo de la autopista los faros de los coches detenidos iluminaban el cielo del atardecer como linternas suspendidas en el horizonte. A cuatrocientos metros a la izquierda despegó un jet, impulsado por unos motores nerviosos hacia el aire oscuro. Más allá de la cerca de alambre se veían largas hileras de postes metálicos que se alzaban en el césped descuidado. Las balizas que bordeaban las pistas se ordenaban en campos eléctricos como fragmentos de una metrópolis demasiado iluminada. Yo seguía el coche de Vaughan por una carretera desierta. Avanzábamos a través de una parte del perímetro sur del aeropuerto que ahora se estaba urbanizando. Era un paraje sin luz, con casas de tres plantas para el personal de las compañías aéreas, hoteles a medio construir y estaciones de servicio. Pasamos cerca de un supermercado vacío que se levantaba en un mar de lodo. En el borde de la carretera, los faros de Vaughan alumbraron unas dunas blancas de material de construcción.

Una línea de luces apareció a la distancia, indicando el límite de este barrio de tránsito y ocio. Pasando esa frontera, en los suburbios occidentales de Stanwell, había una zona de cementerios de automóviles y depósitos de chatarra, pequeños talleres de reparaciones de chapa y pintura. Vimos al pasar un remolque alto atiborrado de coches rotos. Seagrave se incorporó en el asiento trasero del coche de Vaughan, como si un estímulo familiar le hubiera reanimado el cerebro exhausto. Durante la vuelta del hospital apoyó casi todo el tiempo la cabeza en la ventanilla, y los cabellos teñidos le brillaban como un vellocino de nylon a la luz de mis faros. Helen Remington, que viajaba junto a él, se volvía de vez en cuando a mirarme. Había insistido en que acompañáramos a Seagrave a su casa, al parecer desconfiando de los propósitos de Vaughan.

Entramos en el garaje y salón de ventas. Seagrave, que había conocido sin duda días mejores durante su breve fama como corredor deportivo, vendía ahora coches rectificadas y modificados. Detrás del escaparate sucio del salón se veía una réplica en fibra de vidrio de un Brooklands de competición modelo 1930, con el asiento revestido de estameña gastada.

Esperando el momento de irnos, observé cómo Helen Remington y Vaughan guiaban a Seagrave hasta el vestíbulo. El piloto acróbata miró con ojos empañados los muebles de imitación cuero; le costaba reconocer su propia casa. Se tendió en el sofá mientras su mujer discutía con Helen, como si ella, la médica, fuera responsable de los síntomas del paciente. Por alguna razón. Vera Seagrave absolvía a Vaughan de toda responsabilidad, pese a que era obvio que Vaughan —yo lo comprendí más

tarde, pero ella ya tenía que saberlo— estaba utilizando a Seagrave como conejillo de Indias. Era una mujer de unos treinta años, nerviosa y atractiva, y llevaba el cabello remedando un peinado afro. De entre sus piernas asomaba un niño, que nos observaba apoyando los dedos torpes en dos largas cicatrices que cruzaban los muslos de la madre y que la minifalda dejaba al descubierto.

Vaughan abrazó fugazmente la cintura de Vera Seagrave mientras la mujer interrogaba a Helen Remington, y se acercó al trío que ocupaba el sofá de enfrente. El hombre, un productor de televisión que había patrocinado los primeros programas de Vaughan, asentía con entusiasmo mientras Vaughan describía el accidente de Seagrave, pero parecía demasiado aturdido por el hachis que acababa de fumar —el humo pesado y dulzón flotaba oblicuamente en el cuarto— como para concentrarse en las posibilidades de un programa. Sentada junto a él estaba una mujer joven de cara angulosa, liando otro porro. Mientras ella envolvía un poco de resina en una hoja de papel plateado, Vaughan extrajo un encendedor de bronce del bolsillo de la cadera. La joven calentó la resina y echó el polvo en el cigarrillo abierto que tenía sobre la falda en la máquina de enrollar. Asistente social en Stanwell, especializada en problemas infantiles, era amiga de Vera Seagrave desde hacía mucho tiempo.

La mujer tenía unas marcas en las piernas, unas débiles depresiones circulares en las rodillas, producidas quizá por bacterias infecciosas. Advirtió que yo le miraba las cicatrices, pero no trató de cubrirse las piernas. Junto a ella, en el sofá, había un bastón de metal cromado. Cuando cambió de posición, vi en el empeine de cada pie la pinza de acero de un aparato ortopédico. Estaba sentada muy rígida, y pensé que usaba también una especie de corselete. Enrolló el porro en la máquina, y me miró con una suspicacia evidente. Esta hostilidad no me sorprendió. Ella creía sin duda que yo no había tenido ningún accidente de automóvil, al contrario de Vaughan, ella y los Seagrave.

Helen Remington me rozó el brazo.

—Seagrave... —Helen me señaló al piloto de cabellos rubios, que parecía reanimado y se revolcaba jugando con su hijito—. Dicen que mañana se filmarán pruebas acrobáticas en los estudios. ¿Puedes impedir que él vaya?

—Díselo a su mujer. O a Vaughan. Parece que es él quien lleva la batuta. —No creo que corresponda.

—Seagrave está doblando a todas las actrices —dijo el productor de televisión—. Claro, con esa hermosa melena rubia. ¿Qué haces con las morenas, Seagrave?

Seagrave sacudió el pene minúsculo de su hijo.

—Metérsela en el culo. Primero hago un supositorio de hachis, pequeño y compacto. Después lo empujo bien hasta el fondo. Dos viajes por el precio de uno. —Se miró reflexivamente las manos sucias—. Me gustaría meterlas a todas juntas en esos coches que tenemos que conducir. ¿Qué te parece, Vaughan?

—Eso es lo que haremos, un día —Vaughan miraba a Seagrave, y le hablaba con una voz asombrosamente respetuosa—. Eso es lo que haremos.

—Y con esas correas de porquería que ponen. —Seagrave chupó el cigarrillo mal liado que le alcanzaba Vaughan. Retuvo el humo en los pulmones mientras observaba el túmulo de coches destrozados en el fondo del jardín—. ¿Te las imaginas, Vaughan, en uno de esos encontronazos múltiples, a toda velocidad? Un vuelco estupendo. O un golpe así, bien de frente. Sueño con eso. ¿No piensas lo mismo, Vaughan?

Vaughan accedió con una sonrisa, un rictus metálico.

—Tienes razón, por supuesto. ¿Con quién empezamos?

Seagrave sonrió a través del humo. Ignoró a su mujer, que trataba de calmarlo, y clavó los ojos en Vaughan.

—Yo sé con quién empezaría...

—Quizá.

—Ya veo esas grandes tetas cortadas sobre el tablero.

Vaughan se volvió bruscamente como si temiera que Seagrave lo aventajara de algún modo. Las cicatrices de la boca y la frente le daban una expresión que no parecía tener ninguna relación con los sentimientos comunes. Miró hacia el otro sofá, donde el productor de televisión y Gabrielle, la lisiada, se pasaban un cigarrillo.

Me volví para irme, resuelto a esperar a Helen en el coche. Vaughan me siguió a través de la puerta y me aferró firmemente el brazo.

—No te vayas aún, Ballard. Necesito tu ayuda.

Vi cómo Vaughan examinaba la escena, y tuve la impresión de que ese hombre nos estaba controlando a todos, dando a cada uno lo que más necesitaba y lo que más temía.

Lo seguí por el corredor hasta un laboratorio fotográfico. Me indicó que me instalara en el centro de la habitación y cerró la puerta.

—Este es el nuevo proyecto, Ballard. —Señaló confiadamente la habitación—. Estoy preparando una serie especial de televisión como parte del lanzamiento.

—¿Dejaste el N.C.L.?

—Por supuesto... el proyecto es demasiado importante. —Sacudió la cabeza como para librarse de semejante asociación—. Un laboratorio del gobierno no está equipado para conducir algo como esto, ni psicológicamente ni de ninguna otra manera.

Había centenares de fotos sujetas a las paredes y puestas en los bancos entre los recipientes esmaltados. Alrededor de la ampliadora, el suelo estaba sembrado de placas pequeñas descartadas. Mientras Vaughan buscaba en la mesa central, volviendo las páginas de un álbum encuadernado en cuero, miré las placas que tenía a mis pies. La mayor parte eran instantáneas groseras tomadas de frente, con coches y

vehículos pesados que habían chocado en la carretera, rodeados de curiosos y policías, o primeros planos de radiadores y parabrisas fracturados. Muchas habían sido tomadas desde un coche por una mano vacilante, y mostraban los borrosos perfiles de un policía o un enfermero colérico que reñía con el camarógrafo.

A primera vista, estas fotos no incluían figuras humanas reconocibles, pero junto a la ventana, encima de la piletta de metal, había una pared con las imágenes ampliadas de seis mujeres maduras. Me asombró el parecido que tenían con Vera Seagrave, como si fueran ella veinte años más tarde. Había distintos tipos: desde una que parecía la mujer bien conservada de un gerente de éxito, con una piel de zorro alrededor de los hombros, hasta la cajera menopáusica de un supermercado y la acomodadora muy entrada en carnes con uniforme de gabardina y galones. Al contrario del resto de las fotografías, estas seis habían sido tomadas con sumo cuidado, con un zoom enfocado a través de un parabrisas o una puerta giratoria.

Vaughan abrió el álbum al azar y me lo alcanzó. Apoyándose contra la puerta, me observó mientras yo ajustaba la lámpara del escritorio.

Las primeras treinta páginas eran la crónica del accidente, y la hospitalización y la recuperación (matizada por alguna aventura amorosa) de Gabrielle, la asistente social que en ese momento estaba en la sala de Seagrave preparando los cigarrillos. Por rara coincidencia, el pequeño coche sport de esta mujer se había estrellado contra el autobús de una compañía aérea a la entrada del túnel del aeropuerto, a poca distancia del escenario de mi propio choque. Gabrielle apoyaba la cara angulosa contra el asiento manchado de aceite, y la piel empezaba a aflojarse como el primer deslizamiento de una avalancha. Alrededor del coche aplastado había un grupo de policías, enfermeros y curiosos. En el primer plano de otras fotos un bombero cortaba el marco derecho del parabrisas. Las heridas de la mujer no eran todavía visibles. La cara inexpresiva miraba al bombero que trabajaba con la lámpara casi como si esperara un asalto sexual extravagante. En las últimas fotos ya aparecían los moretones que iban a enmascararle el rostro como los trazos de una segunda personalidad, manifestaciones anticipadas de unas ocultas facetas psíquicas que de otro modo no se habrían revelado sino a lo largo de los años. Me asombró la línea nítida que estos magullones le dibujaban alrededor de los labios carnosos, y que eran como depresiones mórbidas en la cara de una solterona egocéntrica con un historial de infortunados amoríos. Luego aparecían nuevos moretones en los brazos y los hombros, marcas de la columna de dirección y el tablero, como si esos amantes, dominados por un frenesí cada vez más abstracto, la hubiesen azotado con instrumentos grotescos.

A mis espaldas, Vaughan seguía reclinado contra la puerta. Por primera vez yo lo veía totalmente distendido, como si mi inmersión en el álbum hubiese aplacado aquellos movimientos maniáticos. Volví las páginas. Vaughan había compilado un

minucioso dossier fotográfico de esta mujer. Supuse que habría llegado al sitio del accidente pocos minutos después de que ella patinara contra el autobús de una aerolínea. Las caras alarmadas de varios pasajeros de Varig contemplaban desde la ventanilla trasera el coche destrozado que esta mujer herida había metido como un cuadro escultórico en el espacio libre bajo los asientos del autobús.

Las fotos siguientes mostraban cómo la sacaban del coche. Tenía la falda blanca cubierta de sangre, y reclinaba la cara inexpresiva contra el brazo de un bombero que la extraía de la cuenca sanguinolenta del asiento como esos sectarios sudamericanos que bautizan a los hijos en una pila de sangre de cordero. Un policía sin gorra empuñaba la manija de la camilla, y el muslo izquierdo de la víctima le obligaba a ladear la mandíbula cuadrada. Entre los muslos se ensombrecía el triángulo del pubis.

Seguían varias páginas que mostraban el destrozado coche sport en un cementerio de automóviles, con primeros planos de las manchas de sangre seca en los asientos. En una de estas fotos aparecía el mismo Vaughan mirando el coche con afectación byroniana, el pesado miembro visible en los pantalones ceñidos.

La última tanda de fotografías mostraba a la joven mujer en una silla de ruedas cromada. Un amigo la llevaba por el parque de rododendros de una clínica; ella misma impulsaba el lustroso vehículo hacia un campo donde tiraban al arco, y por último se la veía tomando sus primeras lecciones al volante de un coche para tullidos. Mirando cómo examinaba los complicados frenos manuales y la caja de cambios, comprendí hasta qué punto esta mujer se había transformado al recobrase de las trágicas heridas del accidente. Las primeras fotos, donde aparecía en el interior del coche destrozado, mostraban una mujer joven y convencional de cara simétrica y piel tersa que revelaban la total economía de una vida pasiva y confortable, de amoríos sin consecuencias en los asientos traseros de coches baratos, y que ella había disfrutado desconociendo por completo las verdaderas posibilidades de su propio cuerpo. La imaginé sentada en el coche de un funcionario maduro, ignorando la conjunción de los genitales de ambos y el tablero estilizado, una geometría erótica y fantástica que se revelaría por primera vez en el momento del accidente, cuando un feroz abrazo nupcial le horadara las carnes de las rodillas y el pubis. Esta joven simpática, de plácidos sueños sexuales, había renacido en los desgarrados contornos del coche sport aplastado. Tres meses más tarde, sentada junto al instructor que le enseñaba a conducir el coche para inválidos, aferraba los mandos cromados entre los dedos vigorosos como si fueran extensiones de su propio clítoris. Sabía muy bien, obviamente, que este joven musculoso no le quitaba los ojos de encima, y que le escudriñaba la ciénaga húmeda del pubis mientras ella movía la palanca de cambios. El cuerpo mutilado del coche sport la había convertido en una criatura de sexualidad irrefrenada y perversa; los tabiques retorcidos y el chorro de líquido refrigerante habían desatado las desviaciones latentes. Los muslos atrofiados y los músculos

débiles de la pantorrilla eran como un modelo de perversiones fascinantes. Los ojos clavados en la cámara de Vaughan mostraban claramente que no ignoraba los propósitos del fotógrafo. La posición de las manos en el volante y el acelerador, los dedos enfermizos que se volvían apuntando a los pechos, eran elementos de un rito masturbatorio estilizado. La cara enérgica de ángulos desencajados parecía parodiar los tableros deformados del coche, casi como si supiera que estos instrumentos retorcidos apuntaban a una accesible antología de depravaciones, claves de una vertiginosa sexualidad. Miré las fotos a la luz áspera. Me descubrí imaginando las fotos que yo podría tomarle: en diversos actos sexuales, las piernas sostenidas por secciones de máquinas sofisticadas, poleas y caballetes; junto con el joven instructor de educación física investigando nuevos parámetros corporales, desarrollando así una pericia sexual que constituiría el parangón exacto de las otras habilidades creadas por las múltiples tecnologías del siglo veinte. Mientras pensaba en los músculos extensores de su columna vertebral durante el orgasmo, en el vello erecto de los muslos consumidos, clavé los ojos en la estilizada marca de fábrica visible en las fotos, los gráciles flancos de las ventanillas.

Vaughan permanecía en silencio contra la puerta, y yo seguí volviendo las páginas. El resto del álbum, como era previsible, ilustraba el proceso de mi accidente y mi convalecencia. Mirando la primera fotografía, donde me trasladaban al hospital de Ashford, supe que Vaughan había estado allí desde el principio. Más tarde me enteré de que sintonizaba las transmisiones de las ambulancias en la radio del coche.

Esta secuencia de imágenes era como una representación de Vaughan antes que de mí mismo. El mundo y las preocupaciones del fotógrafo importaban más que el tema de las fotografías. Excepto las fotos del hospital —tomadas con un zoom a través de la ventana abierta, cuando yo yacía en cama más envuelto en vendas de lo que había pensado—, todas tenían el mismo decorado, el automóvil, ya en las carreteras periféricas del aeropuerto, ya en los embotellamientos de tránsito del paso elevado, en callejones sin salida, o en paseos frecuentados por parejas. Vaughan me había seguido desde el depósito de la policía hasta las oficinas del aeropuerto, desde el parque de automóviles hasta la casa de Helen Remington. De acuerdo con estas instantáneas yo me pasaba la vida dentro del coche o muy cerca de él. Evidentemente, el interés que yo despertaba en Vaughan era muy específico; no le interesaba la conducta de un hombre de cuarenta años que producía cortos comerciales de televisión, sino la interacción entre un individuo anónimo y un coche, los desplazamientos del cuerpo en la celulosa bruñida y los asientos vinílicos, la cara enmarcada por los mandos del tablero.

El leitmotiv de este informe fotográfico afluía cuando yo me recobraba del accidente: mis relaciones con mi mujer, Renata y la doctora Remington, mediatizadas por el automóvil y el paisaje tecnológico. En estas fotos descarnadas, Vaughan había

inmovilizado mis abrazos inseguros, mientras yo empujaba mi cuerpo maltrecho a un primer encuentro sexual luego del accidente. Vaughan había registrado mi mano estirada sobre el árbol de transmisión del coche sport de mi mujer, mi lastimada muñeca que le apretaba el contorno blanco del muslo, y el cromo de la palanca de cambios que me mordía el antebrazo; mi boca todavía torpe sobre el pezón izquierdo de Renata, mientras le sacaba el pecho de la blusa y mis cabellos caían sobre el marco de la ventanilla; Helen Remington sentada oblicuamente en el asiento de su sedán negro, con la falda recogida hasta la cintura, apretando las rodillas cubiertas de cicatrices en el tapizado, mientras mi pene entraba en ella y el ángulo inclinado del tablero se elevaba en una serie de borrosas elipses, como globos que ascendían desde nuestros vientres.

Vaughan estaba detrás de mí, como un maestro de escuela dispuesto a ayudar a un discípulo promisorio. Mientras yo observaba una fotografía de mí mismo sobre el pecho de Renata, Vaughan se inclinó de través para mostrarme otra cosa. La uña rota del pulgar, con el borde embadurnado de aceite, me señaló el marco cromado de la ventanilla y su conjunción con el bretel excesivamente estirado del sostén de mi secretaria. Por algún capricho fotográfico, parecían formar una sola banda de nylon y metal donde sobresalía el pezón distorsionado que yo tenía en la boca.

La cara de Vaughan era inexpresiva. Unas erupciones infantiles le habían dejado un archipiélago de marcas en la nuca. Los pantalones blancos tenían un aroma rancio pero no desagradable; una mezcla de líquido refrigerante y semen. Pasó las fotografías, torciendo el álbum de vez en cuando para subrayar alguna perspectiva inusitada.

Miré cómo Vaughan cerraba el álbum, y me pregunté por qué yo no era capaz de reaccionar, y ni siquiera me mostraba indignado, ni le reprochaba esta intrusión en mi vida. La ausencia de emoción o de compromiso personal por parte de Vaughan ya había tenido algún efecto. Quizá estas fotografías de violencia y sexualidad habían traído un elemento homoerótico latente a la superficie de mi conciencia. El cuerpo deforme de la joven inválida, como los cuerpos deformes de los coches destrozados, mostraba las posibilidades de una sexualidad totalmente nueva. Vaughan había articulado mi necesidad de una respuesta positiva al accidente.

Miré los largos muslos y las nalgas duras de Vaughan. Aunque un eventual acto de sodomía con este hombre pudiera parecer muy carnal, la dimensión erótica estaba ausente. Y era esta ausencia, sin embargo, lo que hacía posible sin duda un acto sexual con Vaughan. Ponerle mi pene en el recto tendidos sobre el asiento trasero del coche hubiera sido un acontecimiento tan estilizado y abstracto como los registrados en las fotos.

El productor de televisión entró con paso vacilante; un cigarrillo húmedo se le deshacía entre los dedos.

—¿Vaughan, puedes arreglarlo? Seagrave lo rompió. —Señaló con cara ausente una fisura en el cigarrillo, haciéndome una seña con la cabeza—. ¿El centro nervioso, eh? Vaughan hace que todo parezca un crimen.

Vaughan dejó el trípode que estaba aceitando y metió diestramente el tabaco en el cigarrillo, poniendo de vuelta los granos de hachis que le habían caído en la palma. Lamió el papel con una lengua afilada de reptil. Respiró el humo que flotaba en el aire.

Debajo de la ventana había una mesa con las placas recién reveladas. Mostraban el conocido rostro de la actriz, fotografiada mientras salía de la limusina a las puertas de un hotel londinense.

—Elizabeth Taylor... ¿La estás siguiendo?

—Todavía no. Tengo que conocerla, Ballard.

—¿Es parte de ese proyecto? Dudo que ella pueda ayudarte.

Vaughan se paseó cojeando por el cuarto.

—Está filmando en Shepperton ahora. ¿No vas a utilizarla en un comercial de la Ford?

Vaughan esperó mi respuesta. Supe que una evasiva sería inútil. Pensé en la siniestra conclusión/fantasia de Seagrave —las actrices obligadas a destrozarse sus propios autos— y preferí no contestar. Vaughan leyó todo esto en mi cara, y se volvió hacia la puerta.

—Llamaré a la doctora Remington... Ya hablaremos otra vez, Ballard. —Me alcanzó, quizá con un propósito conciliatorio, una pila de ajadas revistas pornográficas dinamarquesas—. Échales una mirada... Son más profesionales. Quizá tú y la doctora Remington podáis disfrutarlas juntos.

Gabrielle, Vera Seagrave y Helen estaban en el jardín, las voces sofocadas por el estruendo de los aviones que despegaban del aeropuerto. Gabrielle caminaba entre las otras dos mujeres, moviendo las piernas engrilladas como en una parodia de desfile escolar. La piel pálida reflejaba las luces amarillentas de la calle. Helen, tomándola del codo izquierdo, la conducía con dulzura entre las hierbas que les llegaban a las rodillas. De pronto advertí que desde el comienzo de mis relaciones con Helen Remington nunca habíamos mencionado al marido muerto.

Miré las fotos en color de las revistas; de algún modo, el protagonista era en todas el automóvil; seductoras imágenes de parejas jóvenes que copulaban en grupos alrededor de un convertible americano detenido en un prado apacible; un gerente maduro y su secretaria, desnudos en el asiento trasero de un Mercedes; homosexuales que se desvestían unos a otros en un picnic junto a la carretera; adolescentes en una orgía de sexo mecánico dentro y fuera de los automóviles apilados en un camión de transporte; y en todas las páginas, el fulgor de los paneles de instrumentos y de las ventanillas, el brillo de un lustroso tapizado vinílico que reflejaba un vientre blando o

un muslo, las florestas de vello pubiano que crecían en todos los rincones de estos compartimientos motorizados.

Vaughan me observaba desde el sillón amarillo mientras el dueño de casa jugaba con su hijito. Recuerdo la expresión de Seagrave, desapegada pero seria, mientras se desabotonaba la camisa, apretaba contra el pecho la boca del niño, y se exprimía la piel dura en una parodia de amamantamiento.

Mi encuentro con Vaughan y el álbum de fotografías que documentaban mi accidente habían dado nueva vida a mis recuerdos de ese trauma onírico. Una semana más tarde, saliendo del garaje subterráneo, no fui capaz de llevar el coche hacia los estudios Shepperton, como si de noche hubieran transformado el vehículo en uno de esos juguetes japoneses que marchan en una sola dirección, o como si me hubiesen puesto en la cabeza un poderoso giróscopo que sólo apuntaba hacia el paso elevado.

Esperando a que Catherine saliera para ir a la clase de vuelo, conduje el coche hacia la autopista, y a los pocos minutos me encontré encerrado en una marea de tránsito. Las hileras de vehículos detenidos llegaban al horizonte, donde se unían a los atestados carriles de las rutas del oeste y el sur de Londres. Avanzando poco a poco alcancé a ver mi balcón. Por encima de las barandillas Catherine llevaba a cabo alguna complicada tarea, haciendo dos o tres llamadas telefónicas y garabateando algo en un cuaderno. De algún modo ella parecía estar interpretando mi propio papel, y era obvio que en cuanto ella saliera yo regresaría a mi postura de convaleciente en el balcón. Por primera vez comprendí que sentado allí, en el centro de la fachada desnuda del edificio, había estado expuesto a las miradas de decenas de miles de automovilistas expectantes, y que muchos debían de haber especulado acerca de la identidad de esa figura vendada. A los ojos de ellos yo tenía que parecer una especie de tótem de pesadilla, un idiota doméstico que había sufrido una lesión encefálica irreparable en un accidente de tránsito, y que ahora ponían todas las mañanas en el balcón para que contemplara el escenario de su propia muerte cerebral.

El tránsito se movió con lentitud hacia el empalme de la Western Avenue. Perdí de vista a Catherine cuando las paredes de vidrio de los rascacielos se interpusieron entre nosotros. A mi alrededor el tránsito matinal se extendía a la luz del sol, infestada de moscas. Curiosamente, yo no sentía ninguna inquietud. Esa profunda y ominosa impresión que había presidido como un semáforo mis anteriores excursiones por las autopistas, se había disipado ahora. La presencia de Vaughan, al acecho en algún punto de estas carreteras abarrotadas, me convencía de que era posible descubrir alguna clave que explicara el autogedón inminente. Esas fotografías de actos sexuales, de secciones de unos radiadores o tableros de instrumentos, de la conjunción de un codo y una ventanilla cromada, de una vulva y una palanca de cambios, resumían las posibilidades de una lógica nueva creada por estos artefactos proliferantes, los códigos de un nuevo matrimonio entre la sensación y lo posible.

Vaughan me había intimidado. La dureza con que trataba a Seagrave, jugando con las fantasías de violencia de ese piloto embrutecido por los choques, me advertía que

quizá estaba dispuesto a todo si había que aprovechar alguna circunstancia inmediata.

Aceleré cuando el tránsito llegó al empalme de la Western Avenue, y en cuanto pude doblé a la derecha y fui hacia Drayton Park. Como un erguido ataúd de cristal, el edificio subía al cielo por encima de mi cabeza mientras yo volvía al garaje subterráneo.

Ya en casa, anduve intranquilo de un lado a otro, buscando la libreta donde Catherine anotaba las llamadas telefónicas. Yo quería interceptar cualquier mensaje de los amantes de Catherine, no porque estuviera sexualmente celoso, sino porque estos amoríos irrelevantes podían obstaculizar el plan que Vaughan preparaba para todos nosotros.

Catherine no se cansaba de brindarse a mí con generosidad y cariño. Continuaba incitándome a que yo viera a Helen Remington, tanto que sospeché al fin que quería obtener una consulta gratis, de características pronunciadamente lesbianas, acerca de algún oscuro malestar ginecológico; los pilotos intercontinentales con quienes fraternizaba transportaban quizá más enfermedades que los aterrados rebaños de inmigrantes que colmaban las oficinas de Helen Remington.

Pasé la mañana buscando a Vaughan en las rutas de acceso al aeropuerto y observé el tránsito desde los puestos de gasolina de la Western Avenue. Me paseé por el mirador de la Oceanic Terminal, esperando ver a Vaughan detrás del rastro de algún político o una estrella pop.

A lo lejos el tránsito se arrastraba a lo largo del paso elevado. Por alguna razón recordé una frase de Catherine: nunca estaría satisfecha hasta que se hubiesen llevado a cabo en el mundo todas las cópulas concebibles. En algún punto de este nexo de hormigón y acero, de este elaborado paisaje de señales de tránsito y caminos de acceso, de bienes de consumo y prosperidad, Vaughan iba de un lado a otro en su coche como un heraldo, apoyando las cicatrices del codo en la ventanilla cromada, recorriendo las autopistas en un sueño de violencia y sexualidad detrás de un parabrisas sucio.

Renunciando a encontrar a Vaughan me encaminé a los estudios de Shepperton. Un camión enorme bloqueaba la entrada. El conductor asomado a la ventanilla insultaba a los dos ordenanzas. Detrás del camión había un Citroën Pallas, el largo capó aplastado en un choque frontal.

—Esa máquina horrible. —Renata se acercó a la luz del sol mientras yo detenía el coche—. ¿La ordenaste tú, James?

—La necesitan para el film de la Taylor... esta tarde ruedan un accidente. —No me digas que ella va a conducir ese coche...

—Ella conducirá otro. Ese es para las secuencias posteriores al choque.

Luego, esa tarde, pensé en el cuerpo estropeado de Gabrielle mientras yo miraba por encima del hombro de la maquilladora la figura mucho más cuidada y atractiva de la actriz sentada al volante en el Citroën aplastado. Los técnicos de sonido e iluminación observaban desde cierta distancia, como espectadores de un auténtico accidente. La maquilladora, una muchacha elegante con un animoso sentido del humor, y que parecía la contrapartida de las enfermeras del hospital, había trabajado más de una hora pintando las heridas.

La actriz no se movió del coche mientras las últimas pinceladas completaban el complicado encaje de sangre que le caía de la frente como una mantilla roja. Las estrías azules de los falsos moretones le ensombrecían los brazos y las manos pequeñas. Estaba echada ya en el asiento como la víctima de un accidente, rozando levemente con los dedos las líneas de resina carmesí de las rodillas, y abriendo delicadamente los muslos sobre el tapizado plástico, como si evitara el contacto de una membrana áspera y viscosa. Observé cómo acariciaba el volante, reconociéndolo apenas.

En el compartimiento de debajo del tablero había un guante femenino de gamuza. ¿Acaso la actriz sentada en el coche, enmascarada como una muerta, estaba pensando en la mujer que había tenido un accidente en ese mismo coche, alguna ama de casa suburbana y francófila o una azafata de la Air France? ¿Imitaba instintivamente las posturas de esta mujer, dando nuevo sentido en la magnificencia de su propio cuerpo a las heridas de un accidente común, las manchas de sangre y las suturas pronto olvidadas? La actriz ocupaba este coche destartado como la estatua de una diosa en un altar bañado en la sangre de un devoto menor. Aunque yo estaba a unos seis metros, de pie junto a un ingeniero de sonido, los contornos únicos del cuerpo y la personalidad de la actriz parecían transformar el vehículo arruinado. Apoyaba en el suelo la pierna izquierda, y el marco de la portezuela y la estructura del tablero se habían desplazado para no tocarle la rodilla, como si todo el coche se hubiera deformado alrededor de la figura de la mujer en un gesto de homenaje.

El ingeniero de sonido se volvió sobre los talones golpeándome el codo con la barra del micrófono. Mientras se disculpaba, un ordenanza uniformado se abrió paso a empujones. En la esquina opuesta del cruce de caminos construido en el estudio, el joven asistente de producción norteamericano discutía con un hombre de cabello oscuro y chaqueta de cuero, tratando de arrebatarse la cámara. Cuando el sol dejó de centellear en el teleobjetivo, reconocí a Vaughan. Apoyado contra el techo de otro Citroën, clavaba los ojos en el asistente y de vez en cuando lo apartaba con la mano cubierta de cicatrices. Junto a él, Seagrave estaba sentado en el capó del coche. Tenía el cabello rubio sujeto sobre la coronilla con un lazo, y encima de los jeans llevaba un abrigo femenino de gamuza. Debajo del jersey de cuello volcado, un sostén relleno imitaba los contornos de dos pechos voluminosos.

Habían maquillado la cara de Seagrave para que se pareciese a la actriz, y el polvo y las cremas le oscurecían la piel pálida. Esta máscara inmaculada de una cara de mujer era como una parodia grotesca de la actriz, mucho más siniestra que las heridas cosméticas que le aplicaban en ese momento. Supuse que Seagrave, vestido como ella y con una peluca sobre el cabello rubio, estrellaría este Citroën intacto contra el otro vehículo, que transportaba un maniquí del amante.

Ya, mientras miraba a Vaughan desde detrás de la máscara, parecía como si Seagrave hubiera sido herido oscuramente en este mismo choque. La boca de mujer, los ojos demasiado pintados, y el mechón de cabellos rubios teñidos que le coronaba la cabeza, le daban un aspecto de travesti avejentado, sorprendido borracho delante del tocador. Miraba alrededor con cierto resentimiento, como si Vaughan lo hubiese obligado a disfrazarse todos los días para parodiar a la actriz.

Vaughan había tranquilizado al ordenanza y al asistente, sin tener que entregar la cámara. Le hizo a Seagrave una seña misteriosa y la boca marcada de cicatrices se le abrió en una sonrisa. Echó a andar hacia las oficinas de producción. Cuando me acerqué, me indicó que lo acompañara, incorporándome así al ambiente imaginario que él acababa de crear.

Seagrave, ahora olvidado por Vaughan, quedó solo en el Citroën como una bruja desconcertada. —¿Seagrave está bien? Tenías que haberlo fotografiado.

—Lo fotografié... por supuesto.

Vaughan apoyó la cámara en la cadera derecha. Llevaba una chaqueta de cuero blanco, y parecía más un galán de cine que un hombre de ciencia renegado.

—¿Todavía puede conducir?

—Mientras le parezca que la máquina va en línea recta.

—Vaughan, consíguele un médico.

—Eso arruinaría todo. Además, no puedo perder tiempo. Helen Remington ya lo ha examinado. —Vaughan dio la espalda al set—. Helen se incorporará al Laboratorio de Accidentes de Tránsito. Dentro de una semana habrá una función pública. Iremos juntos.

—Puedo prescindir de esas diversiones.

—No, Ballard... te reconfortará. Es un episodio importante en la serie de televisión. Se alejó a grandes pasos hacia el parque de estacionamiento.

Estas desconcertantes fusiones de ficción y realidad, resumidas en la figura patética aunque siniestra de Seagrave disfrazado de Elizabeth Taylor, me acosaron toda la tarde, y aun llegaron a dictar mis respuestas cuando Catherine vino a recogerme. Catherine charló amablemente con Renata, pero pronto la distrajerón las fotografías en color de las paredes, secciones de prototipos de coches de carrera y sedanes de lujo que aparecían en un corto comercial que estábamos filmando. Estos

retratos emblemáticos de una aleta trasera o de un radiador, de un tablero o del marco de un parabrisas de vivos colores acrílicos, la fascinaban de algún modo. Me sorprendió la cortés benevolencia con que trataba a Renata. La llevé a la sala de montaje, donde dos técnicos jóvenes trabajaban en los primeros cortes. Presumiblemente Catherine estaba convencida de que en este contexto visual, un contacto erótico entre Renata y yo era inevitable, y de que si a ella misma la hubiesen dejado en esta oficina, trabajando entre fotografías y muestras de aletas metálicas, habría tenido sin duda alguna aventura sexual, no sólo con los dos técnicos, sino también con Renata.

Catherine había pasado el día en Londres. En el coche, ya fuera del estudio, sus muñecas eran como teclados de perfumes. Antes que ninguna otra cosa, me había llamado la atención en ella esa inmaculada pulcritud, como si se hubiese limpiado individualmente cada centímetro cuadrado del cuerpo esbelto, ventilando separadamente todos los poros. A veces el aspecto de porcelana del rostro, un elaborado maquillaje, como en la imagen publicitaria de un hermoso rostro de mujer, me había llevado a sospechar que toda la personalidad de Catherine no era sino una charada. Traté de imaginar la infancia que había creado a esta mujer joven y hermosa, perfecta imitación de un Ingres.

Esta pasividad, esta aceptación total de cualquier situación, me habían fascinado desde un principio. Durante nuestros primeros encuentros sexuales, en los dormitorios anónimos de los hoteles del aeropuerto, yo le inspeccionaba deliberadamente todos los orificios que podía encontrar. Le pasaba los dedos por las encías buscando alguna fibra minúscula de carne asada, le metía la lengua en la oreja buscando vestigios de cera, le examinaba la nariz y el ombligo, y finalmente la vulva y el ano. Tenía que introducir todo el dedo antes de extraer un débil olor de materia fecal, una delgada línea parda que me manchaba la uña.

Volvimos a casa, cada uno en su coche. Frente a los semáforos de la ruta de acceso, observé cómo Catherine apoyaba las manos en el volante. Con el índice derecho raspaba una vieja etiqueta pegada al parabrisas. Detenido junto a ella, le miré los muslos, que se le rozaban cuando pisaba el pedal del freno.

Mientras recorríamos la Western Avenue, imaginé el cuerpo de Catherine abrazado al compartimiento del coche. Hubiera querido apretarle la vulva húmeda contra las protuberancias de los tableros y los mandos, aplastarle dulcemente los pechos contra los marcos de las puertas, moverle el ano en una lenta espiral sobre las fundas vinílicas, ponerle las manos menudas en el tablero de instrumentos y el borde de las ventanillas. La conjunción de esas membranas mucosas y el vehículo, mi propio cuerpo metálico, era celebrada por los coches que pasaban velozmente. Las complejidades de un acto inmensamente perverso la esperaban suspendidas sobre ella como una coronación.

Prácticamente mesmerizado por estas fantasías, vi de pronto el guardabarros abollado del Lincoln de Vaughan a unos pocos metros del coche sport de Catherine. Vaughan se metió entre Catherine y yo, acosándola como si esperase a que ella se equivocara. Catherine, sorprendida, se refugió delante del autobús de una línea aérea, en el carril vecino. Vaughan avanzó al lado del autobús y recurriendo a la bocina y los faros obligó al conductor a retrasarse, poniéndose otra vez detrás de Catherine. Yo aceleré a lo largo del carril central, gritándole a Vaughan cuando pasé junto a él. Pero Vaughan no dejaba de hostigar a Catherine con la luz de los faros. Inesperadamente, Catherine dobló hacia un puesto de gasolina obligando a Vaughan a una arriesgada media vuelta. Los neumáticos chillaron, y Vaughan bordeó el macizo ornamental de plantas en macetas barnizadas, pero le cerré el paso con mi coche.

La excitada Catherine, sentada entre las bombas rojas de gasolina, clavaba en Vaughan una mirada colérica. Me había costado mucho seguirlos, y ahora me dolían las heridas de las piernas y el pecho. Bajé del coche y caminé hacia Vaughan. Él me miró como si nunca me hubiera visto antes, masticando un trozo de goma de mascar y observando a los aviones que despegaban en el aeropuerto.

—Vaughan, esto no es el escenario de una película, qué diablos. Vaughan esbozó un ademán conciliatorio. Puso la palanca de cambios en marcha atrás. —A ella le gustó, Ballard. Es una especie de cumplido. Pregúntaselo. Retrocedió en un amplio círculo, casi embistiendo a un empleado de la estación, y se perdió en el tránsito de las primeras horas de la tarde.

Vaughan estaba en lo cierto. Pronto empezó a aparecer en las fantasías sexuales de Catherine, cada vez más. De noche, acostados en el dormitorio, nos acercábamos a Vaughan a través del panteón de nuestros compañeros familiares, así como Vaughan nos seguía el rastro a través de las galerías del aeropuerto.

—Tenemos que conseguir un poco más de hachis. —Catherine miraba las luces del tránsito que barrían las ventanas—. ¿Por qué a Seagrave lo obsesionan tanto estas actrices? ¿Dices que quiere chocarlas?

—Vaughan le metió esa idea en la cabeza. Está utilizando a Seagrave en una especie de experimento.

—¿Y la mujer?

—Vaughan hace con ella lo que quiere.

—¿Y contigo?

Catherine yacía de espaldas a mí, las nalgas apretadas contra mis testículos. Al mover el pene bajé los ojos de mi ombligo cicatrizado a sus nalgas, inmaculadas como las de una muñeca. Le tomé los pechos, y su torso me apretó el reloj pulsera contra el antebrazo. La pasividad de Catherine era engañosa; una larga práctica me había enseñado que esto era el preludio a una fantasía erótica, la inspección lenta y en círculos de una nueva presa sexual.

—¿Si hace conmigo lo que quiere? No. Pero es difícil conocerlo a fondo. —¿No le guardas rencor por tomarte esas fotografías? Parece que te estuviera usando. Me puse a jugar con el pezón derecho de Catherine. Ella, que aún no estaba preparada, me tomó la mano y la aplastó contra el pecho.

—Vaughan anexa gente. Tiene todavía un estilo de personalidad de TV. —Pobre hombre. Esas muchachas que lleva en el coche... algunas son casi niñas. —Insistes en ellas. Lo que le interesa a Vaughan no es el sexo, sino la tecnología. Catherine hundió la cabeza en la almohada, como siempre que quería concentrarse. —¿Te gusta Vaughan?

Le pasé otra vez los dedos por el pezón hasta endurecerlo. Y ella acurrucó las nalgas contra mi pene. Hablaba con una voz grave y profunda.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Te fascina, ¿no es cierto?

—Hay algo en él, en esas obsesiones.

—Ese coche llamativo, el modo de conducir, la soledad. Todas las mujeres que ha tenido ahí. El coche olerá a semen...

—Así es.

—¿Te parece atractivo, Vaughan?

Le saqué el pene de la vagina y le apreté la cabeza contra el ano, pero ella la metió de vuelta en la vulva.

—Es muy pálido, cubierto de cicatrices.

—¿Pero te gustaría metérselo? ¿En ese auto?

Hice una pausa, tratando de contener el orgasmo que parecía subir como una marejada. —No. Pero hay algo en él sobre todo mientras conduce.

—Sexo... sexo, y ese coche. ¿Le has visto el pene?

Mientras describía a Vaughan, escuché cómo mi voz se alzaba apenas sobre los sonidos de nuestros cuerpos. Enumeré los elementos que eran para mí la imagen de Vaughan: las nalgas duras ceñidas por los raídos jeans cuando él se corría de costado para salir del coche; la piel pálida del abdomen, que casi exponía el triángulo del pubis cuando se instalaba detrás del volante; el bulto del pene semierecto en la entrepierna húmeda apretado contra el borde inferior del volante; las bolitas de moco que se sacaba de la afilada nariz y refregaba contra el tapizado de la puerta; la llaga del índice izquierdo, cuando me alcanzaba el encendedor; el pecho visible a través de la mal trecha camisa azul, apretado contra la bocina; la uña rota del pulgar empuñada en raspar las manchas de espermatozoides del asiento.

—¿Está circuncidado? —preguntó Catherine—. ¿Puedes imaginar el ano? Cuéntame. Continué con mi descripción de Vaughan, más para beneficio de Catherine que para el mío. Ella hundió la cabeza en la almohada, moviendo frenéticamente mis dedos sobre su pezón. Aunque excitado por la idea de una relación con Vaughan, me parecía estar describiendo un acto sexual en el que no participaba yo, sino algún otro. Vaughan despertaba en mí una cierta homosexualidad latente sólo cuando nos encontrábamos en la cabina del coche o recorríamos juntos la autopista. La atracción que él ejercía se debía menos a una serie de circunstancias anatómicas —la curva de un seno expuesto, el almohadón blando de una nalga, el arco velludo de un perineo húmedo— que al equilibrio estilizado de líneas y movimientos entre Vaughan y el automóvil. Separado de su máquina, y en especial de ese coche americano cubierto de emblemas, Vaughan dejaba de interesarme.

—¿Te gustaría sodomizarlo? ¿Te gustaría metérselo hasta el fondo del ano? Dime qué le harías. ¿Cómo lo besarías en ese coche? Cuéntame cómo le abrirías la bragueta, y cómo le sacarías el pene. ¿Se lo besarías o se lo chuparías en seguida? ¿Con qué mano se lo sostendrías? ¿Chupaste un pene alguna vez?

La fantasía se había apoderado de Catherine. ¿A quién imaginaba junto a Vaughan, a ella o a mí?

—¿...sabes qué gusto tiene el semen? ¿Lo probaste? Algunos son más salados que otros. El semen de Vaughan tiene que ser muy salado...

Le miré el cabello rubio que le ocultaba la cara, las caderas que se le sacudían a

medida que se acercaba al orgasmo. Era una de las primeras veces que ella me imaginaba en un encuentro homosexual, y la violencia de esa fantasía me asombró. El orgasmo la sacudió realmente, y el cuerpo se tendió en la rigidez del placer. Antes que yo pudiera abrazarla, se dio vuelta y se inclinó para expulsar mi esperma de la vagina; luego dejó la cama de un salto y corrió al baño.

Durante la próxima semana, Catherine vagabundó por las salas de espera del aeropuerto como una reina en celo. La mirada abyecta de Vaughan no la abandonaba un momento. Observándola desde el coche, yo sentía un calor en las entrañas y apretaba el pene contra el volante.

–¿Gozaste?

Helen Remington me acariciaba el hombro con una mano trémula, como si yo fuera un paciente a quien no conseguía reanimar. Me quedé tendido en el asiento trasero del coche, y ella se vistió con movimientos bruscos, acomodándose la falda como una empleada de tienda que está vistiendo al maniquí del escaparate.

Mientras íbamos al Laboratorio de Investigación de Accidentes de Tránsito yo había sugerido que nos detuviéramos entre los depósitos de agua al oeste del aeropuerto. Desde la semana anterior, Helen se había alejado de mí, como si el accidente y yo perteneciéramos a una vida pretérita cuya realidad ya no reconocía. Me daba cuenta de que Helen estaba a punto de entrar en ese período de irreflexiva promiscuidad en que cae la mayoría después de una desgracia. La colisión de nuestros coches y la muerte del marido se habían transformado en las claves de una nueva sexualidad. En los primeros meses después del accidente, Helen tuvo una serie de amoríos fugaces, como si al recibir en las manos y la vagina los genitales de esos hombres, ella devolviera de algún modo la vida a su marido, como si esos espermias mezclados dentro de su vientre pudieran reanimar la imagen evanescente del muerto.

Al día siguiente de su primer coito conmigo, había tomado otro amante, el patólogo más joven del hospital de Ashford. Luego siguieron otros hombres: el marido de una colega, un radiólogo, el gerente de su garaje. Yo no dejaba de advertir que en esas aventuras, descritas por Helen en un tono desenfadado, la imagen del automóvil estaba siempre presente. Todo ocurría dentro de un coche, en la azotea del garaje del aeropuerto, mientras le engrasaban el coche, o en las cercanías de la autopista periférica norte, como si sólo el coche pudiera provocar el elemento que daba sentido al acto sexual. De algún modo, presumí, el coche recreaba en las nuevas posibilidades del cuerpo de Helen el papel que ya había desempeñado en la muerte del marido. Sólo en un coche llegaba ella al orgasmo. No obstante, una noche, mientras nos abrazábamos en la azotea del garaje de Northolt, sentí que el cuerpo se le endurecía en un espasmo de hostilidad y frustración. Le apoyé la mano en el oscuro triángulo del pubis humedecido, que relucía como plata en la penumbra. Ella apartó los brazos y clavó los ojos en la cabina del coche, como si estuviera a punto de desgarrarse los pechos desnudos en esta trampa de cuchillos de vidrio y metal.

Los depósitos solitarios se extendían alrededor de nosotros a la luz del sol: un invisible mundo submarino. Helen cerró la ventanilla, apagando el estruendo de una

aeronave que subía en el cielo.

—No quiero volver aquí... Tendrás que buscar otro sitio.

Mi excitación había decaído también. Lejos de Vaughan, que no estaba allí registrando posturas y áreas de piel, el orgasmo me había parecido vacío y estéril, la eliminación brusca de un desecho orgánico.

El coche de Helen, de duros metales cromados y fundas vinílicas, reanimado ahora por mi esperma, se había transformado en una pérgola de flores exóticas, con enredaderas que se entrelazaban en la luz del techo y un césped húmedo que relucía en el suelo y los asientos.

Mirando de soslayo a Helen, mientras ella aceleraba por la calzada de la autopista, me pregunté de pronto cómo podía lastimarla. Pensé en llevarla otra vez al escenario de la muerte del marido. Reavivada la hostilidad erótica que ella pudiera haber sentido conmigo y el hombre muerto, quizá volviera a reclamarme sexualmente.

Mientras nos guiaban por la entrada del Laboratorio, Helen se echó sobre el volante y lo aferró con una firmeza insólita. El cuerpo de ella, el marco del parabrisas y el ángulo de la columna de dirección se ordenaron en una inquietante figura geométrica. Era como si Helen imitara conscientemente las posturas de Gabrielle, la joven lisiada.

Caminamos por el parque atestado de coches hacia las pistas de prueba. Helen y el investigador que nos había recibido comentaban la legislación ministerial sobre medidas de seguridad en los coches. Dos hileras de coches chocados yacían en el cemento. En el interior de las abolladas cabinas había maniqués de plástico, la cara y el pecho resquebrajados por las colisiones. Unas placas de color adheridas al cráneo y el abdomen indicaban las zonas afectadas. Helen miraba esas figuras inertes a través de los parabrisas, como si fueran pacientes a los que deseaba tratar. Mientras caminábamos entre los trajes elegantes y los sombreros floreados de la creciente multitud, ella metía la mano por las ventanillas resquebrajadas y acariciaba los brazos y las cabezas de plástico.

Esta lógica de sueño estuvo presente toda la tarde. Bajo el resplandor del sol, los grupos de visitantes parecían maniqués, y no más reales que las figuras de plástico que reemplazarían al conductor y los pasajeros en la colisión de un sedán y una motocicleta.

Esta sensación de incorporeidad, de que mis músculos y mis huesos eran irreales, se acrecentó con la llegada de Vaughan. Frente a mí, los técnicos instalaban la motocicleta en una especie de surco con rieles de acero, por donde sería impulsada contra el sedán a setenta metros de distancia. Largas serpentinas de cable conectaban ambos vehículos con los aparatos registradores, alineados sobre caballetes de madera.

Había dos cámaras cinematográficas; una montada a lo largo de los rieles, con la lente apuntando al lugar del impacto; la otra vuelta hacia abajo, suspendida de una grúa transversal. Un aparato de video-tape reproducía en una pequeña pantalla la imagen de los técnicos que ajustaban los medidores al motor del coche. En el vehículo viajaba una familia de cuatro maniqués —el marido, la mujer y dos hijos— con la cabeza, las piernas y el pecho erizados de cables. Ya les habían pintado en el cuerpo las heridas previstas, y unas complejas formas geométricas carmesíes y violáceas les cruzaban la cara y el torso. Un técnico corrigió la posición del conductor, acomodándole las manos. El animador, un científico con un importante puesto jerárquico, nos dio la bienvenida por los altoparlantes, presentándonos jocosamente a los ocupantes del coche: —Charlie y Greta. Saldrán a dar un paseo con los chicos. Sean y Brigitte...

En el otro extremo de la pista, un grupo más pequeño de técnicos preparaba la motocicleta, ajustando la cámara que correría sobre los rieles. Los visitantes —funcionarios ministeriales, técnicos en seguridad vial, especialistas en tránsito y sus mujeres— se habían congregado alrededor del punto de impacto, como una multitud en una pista de carreras.

Cuando Vaughan salió del parque de estacionamiento cojeando y a largas zancadas, todos se volvieron a observar esta figura de negro que avanzaba hacia la motocicleta. Hasta yo de algún modo esperaba que montara la máquina y la lanzara contra nosotros. Las cicatrices de la boca y la frente eran al viento como heridas de sable. Vaughan titubeó, observando a los técnicos que instalaban al motociclista, «Elvis», en la máquina, y luego vino hacia nosotros, haciéndonos señas a Helen Remington y a mí. Examinaba a los presentes con una mirada casi insultante. Una vez más tuve la impresión de que había en Vaughan una extraña mezcla de obsesiones personales: vivía enclaustrado en un universo de pánico, y dispuesto a la vez a cualquier experiencia posible.

Vaughan se abrió paso entre los visitantes. Traía en la mano derecha un manojito de folletos de publicidad y prospectos del Laboratorio. Se inclinó sobre el hombro de Helen mientras ella lo miraba desde su asiento de primera fila.

—¿Viste a Seagrave?

—¿Iba a venir?

—Vera me habló esta mañana de él por teléfono. —Se volvió hacia mí, golpeteando con los dedos el manojito de papeles—. Consigue todos los que puedas, Ballard. Algunos se reparten al público. «Mecanismos de eyección de ocupantes», «Umbrales de resistencia del rostro humano»... —Cuando el último de los técnicos se alejó del coche de pruebas, Vaughan meneó la cabeza apreciativamente y comentó en voz baja—: La tecnología del accidente simulado está muy desarrollada aquí. Con esta escenografía, podrían duplicar la muerte de la Mansfield y de Camus... hasta la

de Kennedy... indefinidamente.

—El propósito es reducir el número de accidentes, no incrementarlos. —Un punto de vista como cualquier otro.

El animador había pedido silencio. El simulacro iba a comenzar. Vaughan se había olvidado de mí y se inclinaba hacia adelante como un paciente voyeur suburbano pegado a los binoculares. Cubriéndose la mano derecha con los folletos, se manoseaba el pene a través de los pantalones, estirando el prepucio hacia atrás con el índice, y aplastando el glande contra la tela raída. Entretanto no dejaba de observar la pista de arriba abajo, atento a todos los detalles.

Los cables del cabrestante eléctrico que impulsaba la catapulta golpearon los rieles. Vaughan se metió la mano entre las ingles. El ingeniero jefe se apartó de la motocicleta, haciendo una seña al hombre de la catapulta. Vaughan se volvió entonces al coche. Frente a nosotros, los cuatro ocupantes estaban sentados muy tiosos, como en camino a una reunión parroquial. Vaughan me miró por encima del hombro, con una cara severa y arrebolada. Quería cerciorarse de que yo participaba del acontecimiento.

La moto salió despedida, y los cables vibraron golpeando los rieles metálicos. El maniquí conductor se inclinó hacia atrás y el viento le levantó la barbilla. Tenía las manos sujetas a los mandos como un piloto kamikaze, y el tórax cubierto de instrumentos de medición. Frente a él, con expresiones igualmente vacías, la familia de cuatro maniqués seguía sentada en el coche, las caras cruzadas de símbolos crípticos.

Un chasquido penetrante y duro vino hacia nosotros: las serpentinas de cables azotaban el césped a lo largo del riel. La moto embistió el sedán de frente, y hubo una violenta explosión metálica. Los dos vehículos se ladearon hacia los perplejos espectadores, y me apoyé involuntariamente en el hombro de Vaughan. La moto y el motociclista saltaron sobre el capó del coche, chocaron contra el parabrisas y rodaron en fragmentos por el techo, como una masa negra. El coche retrocedió tres metros a lo largo de los cables y quedó atravesado sobre los rieles. El impacto había hundido el capó, el parabrisas y el techo, y los miembros de la familia yacían amontonados dentro de la cabina; el torso decapitado de la mujer se había incrustado en el parabrisas roto.

Los técnicos alzaron las manos para tranquilizar a la multitud y fueron hacia la motocicleta, volcada a cincuenta metros del coche. Se pusieron a recoger los pedazos del piloto, llevándose la cabeza y los miembros bajo el brazo. Fragmentos de fibra de vidrio de la cara y los hombros del maniquí moteaban el tapiz de cristales alrededor del coche, como nieve plateada, o un confetti macabro.

El altoparlante volvió a dirigirse a la multitud. Traté de escuchar, pero mi cerebro no lograba traducir los sonidos. La brutalidad y la violencia de este choque simulado,

el metal y los vidrios de seguridad rotos, la destrucción deliberada de artefactos mecánicos, me habían dejado aturdido.

Helen Remington me aferró el brazo. Sonreía y sacudía la cabeza, animándome, como ayudando a un niño a que enfrente una situación.

—Tenemos que ver la película. Ahí lo muestran en cámara lenta. La multitud avanzaba hacia las mesas, y las voces se elevaban otra vez en un aliviado murmullo.

Miré hacia atrás, esperando que Vaughan nos alcanzara. Estaba de pie entre las butacas vacías y tenía los ojos clavados en el coche destruido. Bajo la línea del cinturón una mancha de semen le oscurecía los pantalones.

Ignorando a Helen Remington, que se alejó de nosotros con una débil sonrisa, miré a Vaughan sin saber qué decir. Enfrentado a esta combinación de máquinas destrozadas, maniquíes mutilados y la expuesta sexualidad de Vaughan, creí encontrarme en un territorio que se extendía dentro de mi cráneo y llevaba a un reino ambiguo. Me quedé detrás de Vaughan, observándole la espalda musculosa y los hombros robustos, que se sacudían bajo la chaqueta negra.

Junto al proyector Ampex los visitantes observaban cómo la motocicleta embestía otra vez el sedán. Las secuencias de la colisión se repitieron en cámara lenta. En una calma de sueño, la rueda delantera de la moto golpeó el guardabarros del coche. La llanta se aplastó y retorció formando la figura de un ocho. Mientras, la cola de la máquina subía en el aire. El maniquí, Elvis, se incorporaba en el asiento, y el cuerpo desgarrado parecía ahora elegante en cámara lenta. Como un acróbata diestro, Elvis se irguió sobre los pedales, estirando las piernas y los brazos. Echó atrás la cabeza en un movimiento de aristocrático desdén. La rueda trasera de la moto se alzó detrás de él, y parecía que iba a golpearle la espalda. Pero el piloto, con mucha delicadeza, quitó los pies de los pedales y flotó horizontalmente. Las manos seguían sujetas al manubrio, que ahora se separaba de él a medida que la máquina daba una vuelta completa en el aire. Los cables de los medidores le cercenaron una muñeca y el motociclista se zambulló hacia adelante, la cabeza levantada como una proa, apuntando las heridas pintadas hacia el parabrisas que venía hacia él, y golpeando con el pecho el capó del coche, raspando el barniz celulósico como una tabla de surf.

Mientras el vehículo retrocedía bajo el impacto de la primera colisión, los cuatro ocupantes del coche se movían ya hacia la segunda. Las caras tersas se apretaban contra el parabrisas, como queriendo ver al motociclista que se deslizaba por el capó. El chófer y la mujer que lo acompañaba saltaron hacia adelante con las cabezas bajas, chocando contra el parabrisas al mismo tiempo que el perfil del motociclista. Una fuente de astillas de vidrio brotó alrededor, y las posturas de los maniquíes fueron cada vez más excéntricas, como celebrando el choque. Elvis continuó recorriendo la trayectoria horizontal que atravesaba el lustroso parabrisas, desgarrándose la cara en

el espejo retrovisor. Cuando alcanzó el marco del parabrisas, el brazo izquierdo se le desprendió a la altura del codo, y saltó hacia arriba mientras el chorro de vidrio perseguía a la moto, que flotaba invertida a un metro por encima de él. El brazo derecho entró a través del vidrio roto; el limpia-parabrisas de la derecha le guillotínó la mano, y el antebrazo se le quebró en la cara de la mujer, a quien arrancó el pómulo derecho. El cuerpo del motociclista se inclinó elegantemente como para una prueba de slalom, golpeó con las caderas el marco derecho del parabrisas, y se dobló sobre el borde. Las piernas rotaron alrededor del coche, y las tibias chocaron contra el pilar de las puertas.

Entretanto, la motocicleta invertida cayó en el techo del automóvil. El manubrio pasó por el parabrisas y decapitó a la mujer. La rueda delantera y la horquilla cromada atravesaron el techo y la cadena se sacudió cercenando la cabeza del motociclista. Los fragmentos del cuerpo descuartizado rebotaron en los guardabarros de atrás y cayeron al suelo entre la niebla de vidrio astillado que se desprendía como hielo del coche, como si estuviesen quitándole un manto de escarcha. Mientras tanto, el conductor del coche, golpeado por el volante, se deslizaba bajo la columna de dirección. La mujer decapitada, llevándose graciosamente las manos a la garganta, rodó contra el tablero. La cabeza rebotó en el asiento de funda de vinilo y pasó entre los torsos de los niños sentados atrás. Brigitte, la más pequeña, levantó la cara hacia el techo y tendió las manos en un cortés movimiento de alarma, mientras la cabeza de la madre golpeaba la ventanilla trasera y rebotaba dentro del coche antes de salir despedida por la portezuela izquierda.

El coche se detuvo al fin, sacudiéndose como si aún quisiera dejar el suelo. Los cuatro pasajeros yacían en la cabina, adornada de encajes de vidrio. Los miembros que se estremecían intentando interpretar toda una enciclopedia de señales ininterrumpidas, volvieron a adoptar unas posturas crudamente humanas. Alrededor de ellos, una fuente de vidrio escarchado se movió por última vez.

Una treintena de espectadores observaba la pantalla, esperando a que pasara algo más. Mientras mirábamos, nuestras propias imágenes espectrales asomaban silenciosas en el fondo, con manos y caras móviles. En esa inversión onírica parecíamos menos reales que los maniqués del coche. Miré a la mujer de un funcionario, de pie junto a mí, vestida de seda. No quitaba los ojos del film, como si estuviera viendo una imagen de ella misma y de sus hijas, desmembradas todas en un accidente.

Los espectadores se alejaron buscando la tienda del té. Seguí a Vaughan, que iba hacia el coche destrozado. De pronto se detuvo entre las butacas y escupió en el césped. Yo sabía que el simulacro y la proyección en cámara lenta lo habían afectado aún más que a mí.

Helen Remington estaba sola entre las butacas y nos observaba. Vaughan clavó

los ojos en el coche destruido, casi como si fuera a abrazarlo. Acarició los desgarrones del capó y el techo. Mientras, los músculos de la cara se le abrían y cerraban como pinzas. Se inclinó a mirar dentro de la cabina, inspeccionando los maniqués. Yo esperaba que les dijera algo, y mis ojos pasaban de las melladas curvas del capó y los guardabarros a la raya entre las nalgas de Vaughan. La destrucción de este coche y sus ocupantes parecía autorizar la penetración sexual del cuerpo de Vaughan; en ambos casos, se trataba de actos conceptualizados y despojados de todo sentimiento, cargados con cualquier idea o emoción que nosotros quisiéramos ponerles.

Vaughan raspó las astillas de fibra de vidrio en el rostro del conductor. Abrió de un tirón la portezuela y acomodó el muslo en el asiento, aferrando con una mano el volante retorcido.

—Siempre quise conducir un coche chocado.

Tomé la observación como una broma, pero Vaughan estaba serio. En realidad parecía más tranquilo, como si este choque de coches le hubiera aflojado algunas tensiones corporales, o hubiese expresado para él algún acto violento reprimido hasta ahora.

—Muy bien —anunció Vaughan, sacudiéndose las astillas de las manos—. Nos vamos ya... Te llevo. —Viendo que yo titubeaba, afirmó—: Créeme, Ballard, todos los accidentes se parecen.

¿Llegaba a advertir que yo estaba duplicando en mi mente una serie de posturas sexuales donde participábamos él y yo, Helen Remington y Gabrielle, y que reactualizaría la prueba mortal de los maniqués y el motociclista de fibra de vidrio? En los mingitorios del parque, Vaughan expuso con deliberación el pene semierecto, dando un paso atrás y dejando caer en el suelo embaldosado las últimas gotas de orina.

Cuando nos alejamos del Laboratorio, recobró la agresividad de costumbre, como si los coches que pasaban le despertaran el apetito. Tomó la ruta de acceso a la autopista, hostigando con los destartados y pesados paragolpes a los vehículos más pequeños, hasta que los apartaba del camino.

Señalé el tablero de instrumentos.

—Este coche... un Continental de hace diez años. ¿He de entender que tomas el asesinato de Kennedy como una especie de accidente automovilístico?

—Es posible.

—¿Pero por qué Elizabeth Taylor? Mientras corres de aquí para allá en este coche, ¿no la pones en peligro?

—¿Por qué?

—Por Seagrave. Está medio loco.

Vi cómo conducía a lo largo de los últimos tramos de la autopista, sin tratar de

aminorar la velocidad, pese a los letreros de advertencia.

—Vaughan... ¿ella tuvo algún choque?

—Nada serio... Es decir que en el futuro la espera todo un mundo. Con un poco de organización, podría morir en una colisión única, que transformaría nuestras fantasías y nuestros sueños. El hombre que muera con ella en un accidente...

—¿Seagrave está de acuerdo?

—A su manera.

Nos acercamos a una rotonda. Casi por primera vez desde la salida del Laboratorio, Vaughan aplicó los frenos. El coche pesado resbaló y patinó un poco hacia la derecha, poniéndose en el camino de un taxi que ya había empezado a virar. Vaughan apretó el acelerador y dobló frente al taxi. El chillido de los neumáticos sofocó la bocina enardecida. Vaughan le gritó por la ventanilla al chófer, y corrió hacia el estrecho ramal del norte.

Ya más tranquilos, tomó un maletín del asiento de atrás.

—He estado haciendo una encuesta entre la gente del proyecto. Dime si olvidé algo.

Mientras el pesado automóvil se abría paso entre los vehículos que iban a Londres, me puse a leer los cuestionarios preparados por Vaughan. Los sujetos interrogados eran como un corte transversal del mundo de Vaughan: dos programadores de computadoras del laboratorio donde había trabajado antes, un joven especialista en dietética, varias camareras del aeropuerto, un consejero de la clínica de Helen Remington, además de Seagrave, su esposa Vera, el productor de televisión y Gabrielle. El breve curriculum vitae de cada sujeto permitía comprobar, tal como yo esperaba, que todos habían estado implicados en algún choque de coches, de mayor o menor gravedad.

Cada uno de los cuestionarios incluía una lista de celebridades del mundo de la política, el espectáculo, el deporte, el crimen, la ciencia y las artes, y proponían imaginar un accidente en el que muriera alguno de ellos. Examinando la lista, vi que la mayoría de esa gente vivía aún; unos pocos habían muerto, en accidentes de coche. Parecía como si los nombres hubieran sido escogidos al azar en un breve repaso de titulares de diarios y revistas, documentales y noticiarios de televisión.

Por contraste, la elección propuesta de heridas y modos de morir mostraba todas las ventajas de una investigación exhaustiva y metódica. La lista incluía prácticamente todo tipo de confrontación violenta entre el automóvil y los ocupantes: los mecanismos de expulsión de los pasajeros, la geometría de las lesiones en la rótula y la articulación de la cadera, la deformación de la cabina en colisiones frontales o por detrás, las heridas peculiares de los accidentes en rotondas, encrucijadas, intersecciones de accesos a las autopistas; las líneas de repliegue de una carrocería en un choque frontal, las contusiones abrasivas y las amputaciones provocadas por la estructura del techo y los marcos de las portezuelas en el caso de vuelco, las lesiones en la cara que golpeaba el tablero o el borde de una ventanilla, los traumatismos craneanos producidos por pantallas contra el sol y espejos retrovisores, las heridas como latigazos en los coches embestidos desde atrás, las quemaduras de primero y segundo grado cuando estallaba el tanque de gasolina, los pechos empalados por la columna de dirección, las heridas que los cinturones de seguridad defectuosos abrían en el abdomen, las colisiones subsiguientes entre los pasajeros de adelante y de atrás, los traumatismos de cráneo y columna en quienes atravesaban el parabrisas, las distintas fracturas del cráneo de acuerdo con el tipo de vidrio del parabrisas, las heridas de los niños y de los bebés en brazos, las lesiones causadas por miembros ortopédicos, o por automóviles provistos de mandos para lisiados, las complejas y ramificadas heridas de quienes ya tenían amputados uno o

dos miembros, las heridas provocadas por accesorios especiales, como magnetófonos, bares portátiles y radioteléfonos, o por emblemas de fábrica, hebillas de cinturones de seguridad y ventanillas de ventilación.

Por último se enumeraban las heridas que sin duda preocupaban más a Vaughan: los traumatismos genitales. Las fotografías que ilustraban las disponibles opciones habían sido reunidas con sumo cuidado, arrancadas de las páginas de boletines especializados y textos de cirugía plástica, fotocopiadas de monografías de circulación interna, extraídas de informes quirúrgicos que Vaughan había hurtado en el hospital de Ashford.

Cuando Vaughan dobló para entrar en una estación de gasolina, la luz escarlata del letrero de neón resplandeció en la trama de esas fotos de heridas horribles: pechos de muchachas adolescentes deformados por los mandos del tablero, mamasectomías parciales de maduras amas de casa practicadas por el borde cromado de una ventanilla, pezones seccionados por el emblema de fábrica de un tablero; heridas en genitales de ambos sexos abiertas por columnas de dirección, parabrisas fracturados, portezuelas aplastadas, resortes de asiento, frenos de mano, perillas de reproductores de cintas. Una colección de fotografías de penes mutilados, vulvas seccionadas y testículos, pasó a la luz resplandeciente mientras Vaughan, de pie fuera del coche, comentaba jocundamente el cuerpo de la empleada que estaba llenando el tanque. En algunas fotos aparecía un detalle de la parte del coche que había provocado la herida: junto a la imagen de un pene bifurcado, fotografiado en una sala de guardia, se veía un freno de mano; sobre el primer plano de una vulva machacada había un volante decorado y la marca de un fabricante. Estas cópulas de genitales desgarrados y partes de automóviles componían una serie de módulos perturbadores, las unidades de la nueva moneda del dolor y el deseo.

La misma conjunción, más aterradora cuando sacaba a luz rasgos de carácter básicos, era visible en las fotografías de lesiones faciales. Los detalles de los mandos y la bocina, de los espejos retrovisores y los aparatos del tablero, ornaban estas heridas como iluminaciones de un manuscrito medieval. La cara de un hombre con la nariz hundida yacía junto a un emblema cromado del modelo del coche y el año de fabricación. Una muchacha de color estaba tendida en un camastro de hospital con los ojos ciegos; junto a ella, se reproducía un espejo retrovisor y una mirada lustrosa que reemplazaba la mirada de la víctima. Comparando las respuestas a los cuestionarios, advertí la diversidad de accidentes seleccionados por los sujetos de Vaughan. Las elecciones de Vera Seagrave eran azarosas, como si no alcanzara a distinguir entre la expulsión a través del parabrisas, un vuelco o un choque de frente. Gabrielle había dado importancia a las lesiones faciales. Las respuestas más inquietantes eran las de Seagrave; en los accidentes que describía las víctimas hipotéticas no sufrían otro daño que lesiones genitales graves. Sólo Seagrave entre

ellos había elegido una pequeña galería de tiro al blanco con cinco actrices de cine, ignorando a los políticos, deportistas y celebridades de televisión de la lista de Vaughan. Sobre estas cinco mujeres —la Garbo, Jayne Mansfield, Elizabeth Taylor, Brigitte Bardot y Raquel Welch— Seagrave había edificado un matadero de mutilaciones sexuales.

Las bocinas sonaban delante de nosotros. Habíamos llegado a la primera aglomeración de tránsito en los accesos a los suburbios occidentales de Londres. Los dedos de Vaughan tamborileaban con impaciencia sobre el volante. Las cicatrices que tenía en la boca y la frente parecían nítidamente talladas a la luz del atardecer, como áreas de demarcación de una futura generación de heridas.

Volví las páginas de los cuestionarios de Vaughan. Las fotografías de Jayne Mansfield y John Kennedy, de Camus y James Dean, estaban marcadas con lápices de color: círculos alrededor del cuello o la zona del pubis, sombras en los pechos y pómulos, líneas divisorias en la boca y el abdomen. En una instantánea de publicidad tomada en un estudio, Jayne Mansfield salía del coche apoyando la pierna izquierda en el suelo y alzando el muslo derecho para mostrar el máximo posible de superficie interior. Los pechos se adelantaban bajo una atrayente sonrisa de bienvenida, casi tocando el marco del parabrisas panorámico. Una de las entrevistadas, Gabrielle, había dibujado unas heridas imaginarias en el pecho izquierdo y en el muslo desnudo, seccionando la garganta con una línea de color, indicando las partes del coche que consumirían una ceremonia nupcial con el cuerpo de la actriz. Los márgenes de las fotos estaban cubiertos de anotaciones garabateadas por Vaughan. Muchas terminaban con un signo de interrogación, como si estuviera especulando acerca de otras muertes posibles, aceptando algunas como probables y desechando otras por exageradas. Había una borrosa foto del coche donde había muerto Albert Camus, laboriosamente trabajada, el tablero y el parabrisas marcados con las palabras «puente nasal», «velo del paladar», «arco cigomático izquierdo». Una sección baja del tablero de instrumentos estaba reservada a los órganos genitales de Camus, cubiertos de cruces y con la clave en el margen izquierdo: «glande», «escroto», «uretra», «testículo derecho». El parabrisas astillado mostraba el capó hundido del coche, un arco de chapa retorcida que dejaba al descubierto el motor y el radiador, recorridos ambos por una larga línea bifurcada y dentro de un círculo de puntos blancos: «semen».

Al pie del cuestionario aparecía la última víctima de Vaughan. Elizabeth Taylor salía de la limusina a las puertas de un hotel londinense, sonriendo por encima del hombro del marido desde las profundidades de un asiento trasero.

Pensando en esta nueva álgebra concebida por Vaughan, de posturas de piernas y zonas lesionadas, escudriñé los muslos y las rodillas de la actriz, los marcos cromados y la tapa del gabinete de bebidas. Pensé que tanto Vaughan como

cualquiera de los interrogados hubieran montado sin duda a la actriz en las posturas más extravagantes, como dementes pilotos acrobáticos, y que los coches donde ella viajaba llegarían a convertirse en instrumentos de todas las posibilidades pornográficas y eróticas, todas las muertes y mutilaciones sexuales concebibles.

Vaughan me quitó la carpeta y la guardó otra vez en el maletín. El tránsito se había detenido; los coches que abandonaban la ciudad cerraban los accesos a la Western Avenue. Vaughan, reclinado contra la ventanilla, se pasaba los dedos por la nariz como buscando aún el olor del semen. Los faros de los coches que venían de frente, las luces que iluminaban la autopista, las indicaciones y señales emblemáticas, alumbraban el rostro solitario de este obseso sentado al volante en un coche sucio de polvo. Miré a los conductores de los coches vecinos, imaginándolos en los términos que Vaughan había concebido. Para Vaughan, todos ellos ya estaban muertos.

Rodando por seis carriles, el tránsito avanzaba hacia la intersección de la Western Avenue, como en un ensayo nocturno de muerte inminente. Las luces traseras centelleaban a nuestro alrededor como luciérnagas rojas. Vaughan empuñaba pasivamente el volante, mirando con una expresión de derrota la borrosa fotografía de pasaporte de una anónima mujer madura sujeto al conducto de ventilación del tablero. Dos mujeres pasaron por el borde de la autopista, dos acomodadoras de cine de uniforme verde que iban a trabajar. Vaughan se incorporó y les indagó las caras con la mirada atenta de un criminal al acecho.

Mientras Vaughan observaba a las muchachas, le miré los pantalones manchados de semen, excitado por las marcas que se veían en el coche: secreciones de todos los orificios del cuerpo. Pensé en las fotografías de los cuestionarios y supe que definían la lógica de un acto sexual entre Vaughan y yo. Los muslos largos, las nalgas y caderas duras, las cicatrices del estómago y el pecho, las abultadas tetillas, eran una invitación a las innúmeras heridas que esperaban entre los aparatos protuberantes y las cabezas de instrumentos dentro del coche. Cada una de estas heridas imaginarias era como el modelo de una unión sexual entre la piel de Vaughan y la mía. La depravada tecnología del choque de coches autorizaba cualquier perversidad. Por primera vez, una psicopatología benevolente nos hacía señas llamándonos, entronizada en las decenas de millares de vehículos que abarrotaban las autopistas, en las gigantescas aeronaves que subían sobre nuestras cabezas, en las más humildes estructuras mecánicas y en los letreros de publicidad.

Tocando la bocina, Vaughan obligó a los conductores de los carriles más lentos a apartarse, dobló hacia la calzada izquierda, y se precipitó hacia el parque de estacionamiento de un supermercado, sobre un puente perpendicular a la autopista. Me echó una mirada solícita.

—Tuviste una tarde agitada, Ballard. Cómprate una bebida en el bar. Te llevaré a

dar un paseo.

¿La ironía de Vaughan tenía algún límite? Cuando salí del bar, estaba recostado contra la ventanilla del Lincoln, liando el último de cuatro cigarrillos con el hachis que guardaba en una bolsa de tabaco, en el compartimiento del tablero. Dos prostitutas del aeropuerto, de rasgos angulosos, poco más que adolescentes, discutían con él a través de la ventanilla.

—¿Adonde diablos piensas que vas? —dijo Vaughan, arrebatándome las dos botellas de vino que yo había comprado. Terminó de liar los cigarrillos sobre el tablero de instrumentos y retornó a la charla con las dos mujeres. Discutían de un modo abstracto acerca del tiempo y el precio. Tratando de ignorar sus voces y el bullicio del tránsito que pasaba debajo del supermercado, observé los aviones que despegaban volando sobre la cerca occidental, constelaciones de luces verdes y rojas que parecían desplazar vastos fragmentos de cielo.

Las dos mujeres espionaron dentro del coche y me estudiaron con una breve mirada. La más alta de las dos, que Vaughan ya me había asignado, era una rubia pasiva de ojos bovinos clavados en algún punto por encima de mi cabeza. Me señaló con el bolso de plástico.

—¿Puede conducir?

—Naturalmente... un coche anda siempre mejor con unos tragos encima.

Vaughan hizo tintinear las botellas como campanillas, para que las mujeres se metieran en el coche. Cuando la segunda muchacha, de pelo negro y caderas angostas y masculinas, abrió la puerta de atrás, Vaughan le alcanzó una botella. Le alzó la barbilla y le metió los dedos en la boca. Sacó una goma de mascar y la tiró a la oscuridad.

—Fuera con eso... no quiero que me lo soples dentro de la uretra. Tratando de adaptarme a esta máquina desconocida, encendí el motor y salí al camino de acceso.

Encima de nosotros, a lo largo de la Western Avenue, la corriente de tránsito se movía hacia el aeropuerto de Londres. Vaughan abrió una botella de vino y se la pasó a la rubia que iba delante junto a mí. Encendió el primero de los cuatro cigarrillos que había preparado. Ya había metido un codo entre los muslos de vello oscuro de la muchacha, alzándole la falda para dejar al descubierto el pubis negro. Descorchó la segunda botella y apretó el pico húmedo contra los dientes blancos de la joven. Vi en el espejo retrovisor cómo ella evitaba la boca de Vaughan; inhalaba el humo del cigarrillo y le apoyaba una mano en las ingles. Vaughan se recostó y le examinó las

facciones menudas con una mirada distante, estudiándole el cuerpo de arriba abajo como un acróbata que calcula los movimientos e impactos de una hazaña gimnástica en un aparato grande y complicado. Con la mano derecha se abrió el cierre de los pantalones, y luego se arqueó hacia adelante para sacar el pene. La muchacha se lo aferró con una mano, y con la otra sostuvo la botella de vino mientras yo aceleraba dejando atrás las luces. Vaughan le desabotonó la blusa con los dedos cruzados de cicatrices y descubrió un pecho pequeño. Lo examinó y tomó el pezón entre el pulgar y el índice, tironeándolo de un modo peculiar, como si ajustara una pieza en un insólito equipo de laboratorio.

Unas luces de frenos destellaron de pronto a unos veinte metros frente a mí. Los coches que venían detrás tocaron las bocinas y guiñaron los faros. Pasé a cuarta y apreté el pedal, acelerando bruscamente. Vaughan y la muchacha cayeron tumbados en el asiento. La única luz de la cabina venía del tablero de mandos, y de los faros y luces rojas de los vehículos que atestaban la autopista. Vaughan había descubierto los dos pechos de la joven y se los acariciaba con la palma de la mano. Los labios marcados de cicatrices succionaban el humo espeso de la colilla mojada que se le deshacía entre los dedos. Tomó la botella de vino y se la llevó a la boca. Mientras bebía, alzó las piernas de la muchacha apoyándole los talones en el asiento, y movió el pene contra la piel de los muslos, deslizándolo al principio sobre el vinilo negro y luego apretando el glande contra el talón y la pantorrilla, como probando la posible continuidad de los materiales antes de iniciar un acto sexual que implicaba tanto a la mujer como al coche. Recostado en el asiento trasero, pasando el brazo izquierdo sobre la cabeza de la muchacha, Vaughan abrazaba la tirante superficie vinílica. La mano izquierda, en ángulo recto con el antebrazo, parecía medir la geometría del borde cromado del techo, mientras la mano derecha se escurría entre los muslos de la joven y le apretaba las nalgas. En cuclillas y con los talones bajo las nalgas, la muchacha entreabrió los muslos exponiendo un pubis pequeño, de labios abiertos y prominentes. Entre el humo que se elevaba del cenicero, Vaughan estudió con buen humor el cuerpo de la joven.

Ella se quedó en esa posición, la cara seria y menuda iluminada por los faros de los coches que se arrastraban en la corriente de tránsito. Mi cabeza parecía flotar en el humo pegajoso de la resina quemada. Adelante, más allá de las largas hileras de vehículos casi detenidos, se extendía la meseta iluminada del aeropuerto, pero yo apenas podía hacer otra cosa que conducir el coche por el carril central. La rubia que me acompañaba me ofreció un trago de vino. Le dije que no y ella apoyó la cabeza en mi hombro, acariciando provocativamente el volante. Sentí la mano de ella en el muslo y le pasé el brazo por los hombros.

En la parada siguiente, ajusté el espejo retrovisor para ver lo que ocurría en el asiento de atrás. Vaughan había introducido el pulgar en la vagina de la muchacha, y

el índice en el recto, mientras ella apretaba las rodillas contra el pecho y chupaba mecánicamente un segundo cigarrillo.

La mano izquierda de Vaughan tomó el pecho de la muchacha, y el anular y el índice tironearon y plegaron el pezón, como una vulva en miniatura. Manteniendo estos elementos corporales en la misma estilizada postura, Vaughan movió las caderas hacia adelante y atrás y deslizó el pene en la mano de la joven. Cuando ella trató de sacarle los dedos de la vulva, Vaughan le apartó la mano de un codazo. Estiró las piernas, acomodándose hasta tocar con las caderas el borde del asiento. Apoyándose en el brazo izquierdo, continuó moviéndose contra la mano de la muchacha, como participando de una danza rigurosamente estilizada que celebraba el diseño, la electrónica, la velocidad y la dirección de una evolucionada especie de automóvil.

Estas nupcias entre el sexo y la tecnología culminaron cuando el tránsito se dividió en el paso elevado del aeropuerto y entramos en el carril norte. Mientras el coche se movía por primera vez a cincuenta kilómetros por hora, Vaughan retiró los dedos de la vulva y el ano de la muchacha volvió las caderas, e insertó el pene en la vagina. Las luces de los faros brillaron por encima de nosotros mientras los coches subían la pendiente del paso elevado. Yo aún podía ver en el espejo retrovisor a Vaughan y la muchacha, los cuerpos alumbrados por el coche que venía detrás y reflejados en el baúl negro del Lincoln y en los metales cromados de la cabina. El cenicero mostró el pecho izquierdo de la muchacha, con el pezón erecto. En el vinilo bajo la ventanilla vi partes distorsionadas de los muslos de Vaughan y del abdomen de ella, en una extravagante conjunción anatómica. Vaughan alzó a la muchacha de costado y volvió a penetrarla. El coito entre Vaughan y ella ocurría en el interior de unas grutas luminiscentes, regulado por la vacilante manecilla del velocímetro, en un tríptico de imágenes que centelleaban en el velocímetro, el reloj y el cuenta kilómetros. El lomo protuberante del tablero de instrumentos y la estilizada escultura que cubría la columna de dirección reflejaban las nalgas de la muchacha en una docena de imágenes que subían y bajaban. Cuando lancé el coche a ochenta por el paso elevado, Vaughan arqueó la espalda y expuso a la muchacha al pleno resplandor de los faros que nos seguían. Los pechos puntiagudos relumbraron en la cabina de cromo y vidrio del coche acelerado. Las vigorosas sacudidas de Vaughan coincidían con el súbito destello de las lámparas instaladas a los lados de la pista cada cien metros. Cuando nos acercábamos a esas luces, Vaughan alzaba bruscamente las caderas, introduciendo el pene en la vagina, y abriendo con las manos las nalgas de la muchacha, exponía el ano a la luz amarilla que inundaba el coche. Llegamos a la salida del paso elevado. El fulgor rojo de las luces de advertencia inflamó el aire nocturno, tocando con una luz rosada las imágenes de ella y Vaughan.

Conduje con cuidado y bajé por la rampa hacia la intersección. Los movimientos

pélvicos de Vaughan cambiaron de ritmo. Tendió a la joven encima de él y le estiró las piernas acostándola en diagonal sobre el asiento. Le tomó con la boca el pezón izquierdo, luego el derecho, moviendo el dedo metido en el recto cada vez que pasaba un coche, acomodando el vaivén de las caderas al juego de las luces que barrían el techo del Lincoln. Aparté a la rubia que se apoyaba en mi hombro. Advertí que casi podía controlar el acto sexual que se desarrollaba detrás y que cambiaba de acuerdo con mi modo de conducir. Vaughan jugaba respondiendo a los diferentes tipos de paisaje urbano que bordeaban la autopista. Cuando dejamos el aeropuerto y entramos en los carriles de circulación rápida que llevaban a la ciudad, los movimientos de Vaughan se aceleraron. Apretando con las manos las nalgas de la muchacha, la obligaba a subir y bajar como si los edificios de oficinas estimularan cada vez más un aparato de radar que tenía en el cerebro. Cuando llegó al orgasmo, estaba casi erguido a mis espaldas, las piernas estiradas, la cabeza contra el asiento trasero, sosteniéndose las propias nalgas con las manos, la muchacha montada a horcajadas sobre él.

Media hora más tarde estábamos de vuelta en el aeropuerto, y nos habíamos detenido a la sombra del garaje frente a la Oceanic Terminal. La muchacha consiguió al fin desprenderse de Vaughan, que yacía exhausto en el asiento trasero. Se arregló con torpeza, protestándole a Vaughan y a la rubia somnolienta que estaba sentada a mi lado. El esperma de Vaughan se escurría por el muslo izquierdo de la muchacha hasta el tapizado de vinilo negro. Los glóbulos de marfil parecían buscar las superficies más inclinadas deslizándose hacia el surco central del asiento doble.

Salí del coche y pagué a las dos mujeres. Cuando se fueron, llevando de vuelta las grupas endurecidas a las luces de neón, me quedé esperando junto al coche. Vaughan contemplaba el acantilado del edificio, siguiendo con los ojos el declive de los suelos como si tratara de reconocer todo lo que había ocurrido entre él y la muchacha morena.

Como entendí más tarde, Vaughan exploraba las posibilidades del accidente automovilístico con la misma calma y afecto con que había explorado los límites corporales de la joven prostituta. A menudo yo lo veía absorto frente a las fotografías de las víctimas, mirando con terrible solicitud las caras quemadas, imaginando los parámetros más elegantes para distintas lesiones, la conjunción de los cuerpos contusos, el parabrisas fracturado y los adminículos del coche. Imitaba esas lesiones moviendo el cuerpo mientras conducía, y miraba a las mujeres que recogía cerca del aeropuerto con los mismos ojos desapasionados. Estudiando esos cuerpos, recapitulaba las anatomías deformes de las víctimas de algún choque de vehículos, les acomodaba los brazos contra los hombros, les apretaba las rodillas contra los pechos, curioso siempre, observando cómo ellas reaccionaban.

El mundo empezaba a florecer en heridas. Desde la ventana de mi oficina en Shepperton, yo observaba a Vaughan sentado en el coche, en el centro del parque. La mayor parte de los empleados estaba retirándose ya, y los coches dejaban uno a uno las filas alrededor de la limusina polvorienta de Vaughan. Hacía una hora que Vaughan había llegado a los estudios. Cuando Renata me lo dijo, traté de no hacerle caso, y lo conseguí, pero la desaparición regular de los otros vehículos pronto me obligó a prestar atención a aquel coche solitario, en medio del parque. En los tres días que siguieron a nuestra visita al Laboratorio de Accidentes, Vaughan había venido a los estudios todas las tardes, aparentemente para verlo a Seagrave, pero en realidad con el propósito de obligarme a que lo presentara formalmente a la actriz. La tarde anterior, en un momento de incertidumbre, luego de encontrarme con él en una estación de gasolina de la Western Avenue, yo había accedido a ayudarlo. Ahora Vaughan me seguía sin esfuerzo de la mañana a la noche, y siempre estaba esperándome, a las entradas del aeropuerto, o en los puestos de gasolina, como si yo me cruzara inconscientemente en su camino.

La presencia de Vaughan había cambiado mi modo de conducir, y llegué a pensar que yo estaba buscando un segundo accidente, esta vez a la vista de Vaughan. Hasta los gigantescos aviones que despegaban del aeropuerto me parecían unos sistemas combinados de excitación y erotismo, de deseo y castigo que me serían infligidos en cualquier momento. En las autopistas congestionadas el aire era sofocante, y estuve a punto de creer que Vaughan mismo había atraído estos vehículos al cemento fatigado como parte de alguna complicada prueba psicológica.

Cuando Renata se fue, Vaughan salió del coche. Vi cómo cruzaba el parque hacia la entrada de las oficinas y me pregunté por qué me habría escogido a mí. Yo ya me veía conduciendo un vehículo que chocaría con Vaughan o cualquier otra de sus víctimas.

Vaughan se paseó por las oficinas mirando a la derecha y la izquierda las fotos ampliadas de secciones de parabrisas y radiadores. Vestía los mismos jeans mugrientos que se había bajado el día anterior durante el coito en el Lincoln. En el labio inferior le había aparecido una pequeña úlcera, que él había abierto clavándole los dientes. Observé con cierta fascinación ese diminuto orificio, advirtiendo la creciente autoridad sexual que Vaughan tenía sobre mí, una autoridad obtenida en parte en el accidente que llevaba inscrito en las cicatrices de la cara y el pecho.

—Vaughan, estoy agotado. Me cansó ir de una oficina a otra, persiguiendo a un productor que apenas conozco. De todas maneras, no creo que ella se preste a

responder a esos cuestionarios.

—Permítame que se los alcance yo mismo.

—Ya sé, quizá consigas seducirla...

Vaughan me daba la espalda y se mordisqueaba la úlcera con los colmillos quebrados. Mis manos, en apariencia separadas de mi cerebro y del resto de mi cuerpo, titubearon en el aire, preguntándose cómo le ceñirían la cintura. Vaughan se volvió hacia mí y sonrió confiadamente, luciendo el perfil, como si estuviera ensayando para una nueva serie de televisión. Habló con voz apagada y ausente; parecía aturdido por el hachis:

—Ballard, ella es el tema central en las fantasías de todos los sujetos del test. No tenemos mucho tiempo, aunque estás tan obsesionado contigo mismo que quizá no lo notas. Necesito las respuestas de ella.

—Vaughan, la posibilidad de que esa mujer muera en un accidente de tránsito es bastante remota. Tendrás que seguirla de un lado a otro hasta el día del juicio.

De pie detrás de Vaughan, me quedé mirando el pliegue del jean entre las nalgas. Deseé que esta exhibición fotográfica de guardabarros y parabrisas seccionados pudiera ordenarse en un automóvil completo, en el que yo tomaría a Vaughan en mis manos como si fuera el cadáver de un perro vagabundo, para dar luego nueva forma a sus heridas en esta galería de lo probable. Imaginé los fragmentos de radiadores y tableros fundidos a nuestro alrededor, mientras yo le soltaba la hebilla del cinturón y le bajaba los jeans, celebrando con esta penetración los más hermosos contornos de un guardabarros, un matrimonio de mi pene con las distintas posibilidades de una tecnología benevolente.

—Vaughan...

Vaughan estaba mirando una foto de la actriz reclinada contra un coche. Había tomado un lápiz de mi escritorio y sombreaba partes del cuerpo de la actriz, trazando círculos sobre las axilas y el pubis. Miraba las fotos casi sin verlas, mientras el cigarrillo se le consumía en el borde de un cenicero. Del cuerpo de Vaughan emanaba un olor rancio, una amalgama de mucosidad rectal y líquido refrigerante. Dibujó rayas más gruesas en la foto. Las zonas sombreadas comenzaron a romperse bajo los trazos cada vez más violentos, y la punta quebrada del lápiz golpeó hasta perforar la cartulina. Marcó ciertos puntos del interior del coche, desgarrando las prominencias del volante y el tablero de instrumentos.

—¡Vaughan! —exclamé poniéndole una mano sobre el hombro. El cuerpo de Vaughan se estremecía, al borde de un orgasmo; se tocaba los genitales con el canto de la mano como si quisiera lastimarse con un golpe de karate, y se acariciaba el pene a través de la tela del pantalón mientras la mano derecha se movía entre las fotos desfiguradas.

Haciendo un esfuerzo, Vaughan se enderezó y se apoyó en mí. Clavó los ojos en

las imágenes mutiladas de la actriz, rodeada por los puntos de impacto y las heridas que él había señalado para ella.

No sin turbación, dejé caer el brazo. El vientre duro de Vaughan era un bordado de cicatrices. Las heridas de la cadera izquierda parecían un molde que esperaba mis dedos, huellas de una caricia impresas hacía años en alguna olvidada colisión de automóviles.

Una flema me cerraba la garganta, pero me contuve. Señalé las cicatrices, un círculo de cinco nódulos sobre la cresta ilíaca. Vaughan me observó en silencio mientras mis dedos se detenían a unos pocos centímetros de su piel. Un museo de cicatrices le marcaba el tórax y el abdomen. La tetilla izquierda cercenada, y luego mal operada, estaba permanentemente erecta.

Fuimos hacia el parque de estacionamiento a la luz del atardecer. A lo largo de la autopista del norte, el tránsito avanzaba perezosamente como la sangre en una arteria moribunda. En la playa desierta había dos coches detenidos frente al Lincoln: un coche de la policía y el sedán sport blanco de Catherine. Un policía inspeccionaba el Lincoln, observando a través de los vidrios polvorientos. El otro estaba de pie junto al coche de Catherine, interrogándola.

Los policías reconocieron a Vaughan y le hicieron señas. Pensé que habían venido a investigar mi creciente vínculo homosexual con Vaughan, y me alejé con expresión culpable.

Catherine se me acercó mientras los policías conversaban con Vaughan. — Quieren interrogar a Vaughan sobre un accidente que ocurrió cerca del aeropuerto. Un peatón... piensan que lo atropellaron a propósito.

—A Vaughan no le interesan los peatones.

Los policías parecieron ser de la misma opinión, pues pronto regresaron al coche. Vaughan los miró alzando la cabeza como un periscopio, como buscando algo sobre la superficie mental de los dos hombres.

—Mejor que tú conduzcas el Lincoln —dijo Catherine mientras nos acercábamos a Vaughan—. Yo seguiré en mi coche. ¿Dónde está el tuyo?

—En casa. No podía conducir con tanto tránsito.

—Mejor que te acompañe yo entonces —dijo Catherine, escudriñándome el rostro, como si me mirara a través de una escafandra de buzo—. ¿Estás seguro de que puedes conducir?

Mientras me esperaba, Vaughan buscó una camiseta blanca en el asiento trasero del Lincoln. Cuando se quitó la chaqueta, la luz crepuscular le marcó las cicatrices del abdomen y el pecho, uní constelación de astillas blancas que le cruzaban el cuerpo desde la axila izquierda hasta el bajo vientre. Los coches en los que había chocado deliberadamente, para mi futuro placer, le habían creado en la carne puntos

de apoyo para complejos actos sexuales, para extrañas posturas en los asientos de adelante y atrás, los peculiares actos de sodomía y fellatio que yo consumaría moviéndome a lo largo del cuerpo de Vaughan, pasando de un punto de apoyo a otro.

Nos habíamos metido en un enorme embotellamiento. Desde la intersección de la autopista con la Western Avenue hasta la rampa del paso elevado las calzadas estaban atiborradas de vehículos y los parabrisas reflejaban los colores fundidos del sol que caía en el suburbio oeste de Londres. Las luces de los semáforos fulguraban en el aire del atardecer, brillando en la inmensa llanura de cuerpos celulíticos. Vaughan sacaba un brazo por la ventanilla, palmeando la portezuela, o golpeándola con el puño, impaciente. A nuestra derecha, la alta pared de un autobús de dos niveles era como un acantilado de rostros. Los pasajeros asomados a las ventanillas parecían filas de muertos mirándonos desde las galerías de un columbario. La poderosa energía del siglo veinte, capaz de poner al planeta en una nueva órbita alrededor de una estrella más feliz, era consumida en la preservación de esta inmensa pausa inmóvil.

Un coche de la policía aceleró por la rampa de descenso del paso elevado, precedido por el resplandor de los faros y azotando el aire oscuro con la luz azul que rotaba en el techo. Encima de nosotros, en la cresta de la rampa ascendente, dos policías desviaban el tránsito. Trípodes de advertencia instalados en el pavimento emitían un rítmico «Espacio... Espacio... Accidente... Accidente...» Diez minutos más tarde, cuando llegamos al extremo este del paso elevado, pudimos ver desde arriba la escena del accidente. Hileras de coches bordeaban un círculo de balizas de la policía.

Tres coches se habían estrellado en la intersección de la bajada este del paso elevado y la Western Avenue. Alrededor, un coche de la policía, dos ambulancias y un camión de remolque formaban una especie de corral. Los bomberos y los técnicos policiales trabajaban en los vehículos, atacando los paneles de las puertas y el techo con lámparas de oxi-acetileno. Una multitud se apretaba en las aceras, y en el puente de peatones que cruzaba la Western Avenue los espectadores se apoyaban codo con codo en la barandilla metálica. El coche más pequeño, un coche deportivo italiano de color amarillo, había sido prácticamente aniquilado por una larga limusina negra que había resbalado contra el terraplén central. Pasando por encima de un islote de cemento, la limusina había vuelto a su propio carril, golpeando el poste metálico de un letrero y perdiendo el radiador y toda el ala izquierda antes de ser embestida a su vez por un taxi que entraba en el paso elevado desde el acceso de la Western Avenue. Luego del choque contra la cola de la limusina, el taxi había dado un vuelco, y el bloque del motor y la carrocería se habían torcido en un ángulo de quince grados. El

coche deportivo estaba volcado en el terraplén central. Una cuadrilla de policías y bomberos trataba de enderezarlo, y aún se veían dos cuerpos atrapados en la cabina aplastada.

Los tres pasajeros del taxi yacían tendidos juntos en el suelo, las piernas y el torso cubiertos por sábanas. El personal de primeros auxilios atendía al chófer, un hombre de edad que se sentaba apoyándose en el guardabarros trasero del coche y tenía la cara y las ropas moteadas de sangre, como en una rara enfermedad de la piel. Los pasajeros de la limusina permanecían sentados en la cabina profunda, ocultos detrás de la ventanilla resquebrajada.

Pasamos junto al escenario del choque internándonos en el tránsito. Catherine parecía esconderse en el asiento de atrás, y seguía con los ojos las marcas de los neumáticos y los círculos de aceite sanguinolento que cruzaban el macadán como códigos coreográficos de una compleja lucha armada, diagramas de un intento de asesinato. Vaughan, en cambio, se asomaba por la ventanilla sacando los brazos, como si quisiera aferrar uno de los cuerpos. Había encontrado una cámara en algún hueco o gabinete del asiento de atrás, y ahora la llevaba colgada al hombro. Recorría con los ojos los tres vehículos accidentados como si estuviese fotografiando todos los detalles con su propia musculatura, en las retinas blancas de las cicatrices de alrededor de la boca, memorizando los guardabarros retorcidos y los huesos rotos con un repertorio de muecas rápidas y expresiones insólitas. Desde que yo lo conocía, nunca lo había visto como ahora, completamente tranquilo.

Una ambulancia apareció en el camino de acceso, precedida por el aullido de la sirena. Un motociclista de la policía se me puso delante y frenó indicándome que esperara el paso de la ambulancia. Detuve el coche, y por encima del hombro de Catherine observé el macabro espectáculo. A diez pasos de nosotros estaba la limusina aplastada; el cuerpo del joven conductor yacía en el suelo junto al vehículo. Un policía miraba la sangre que le enmascaraba la cara y los cabellos como el velo de una viuda. Tres técnicos policiales intentaban forzar la puerta trasera del coche con barras e instrumentos cortantes. Rompieron al fin la cerradura atascada y empujaron la portezuela hacia atrás, descubriendo a los pasajeros encarcelados en la cabina.

Eran dos, un hombre de cara rosada de unos cincuenta años vestido con abrigo negro, y una mujer joven de piel pálida y anémica. Rígidamente sentados en el asiento trasero, inclinaban las cabezas hacia adelante, escrutando las caras de los policías y los centenares de espectadores como dos niños de la familia real en un desfile de gala. Un policía sacó la manta de viaje que les tapaba las piernas y la cintura. Este movimiento, que expuso las piernas desnudas de la mujer y los pies estirados del hombre, al parecer quebrados en los tobillos, bastó para transformar toda la escena. La mujer tenía la falda recogida alrededor de la cintura, y los muslos separados, como exponiendo deliberadamente el pubis. La mano izquierda empuñaba

la manija de la ventanilla, y las heridas de los dedos le habían manchado de sangre el guante blanco. La mujer sonreía apenas al policía, como una reina parcialmente desnuda que indicara a un cortesano que le acariciase las partes pudendas. El abrigo abierto del hombre dejaba al descubierto los pantalones negros y los zapatos de charol; adelantaba el muslo derecho como un profesor de baile en un paso de tango. Al volverse hacia la mujer, tratando de tocarla con una mano, resbaló de costado en el asiento y golpeó con los tobillos la pila de maletas de cuero y vidrio astillado.

La corriente de tránsito avanzó. Encendí el motor y me adelanté unos metros. Vaughan se llevó la cámara al ojo, y la apartó cuando un enfermero trató de arrebatársela. Pasamos bajo el puente de peatones. Vaughan, con medio cuerpo fuera del coche, observó la multitud de piernas apretadas contra las barandillas metálicas. Al fin abrió la puerta y salió.

Mientras yo llevaba el Lincoln a un costado, él corrió en zigzag hacia el puente, esquivando los coches.

Seguimos a Vaughan hasta el sitio del accidente. Centenares de rostros se apretaban contra las ventanillas de los coches que venían del paso elevado. Los espectadores se agrupaban en hileras en las calzadas y el terraplén central, amontonándose contra la cerca de alambre que separaba a la autopista de las tiendas del barrio vecino. La policía ya no trataba de dispersar a la muchedumbre. Un grupo de técnicos trabajaba en el coche sport, tirando del techo metálico hundido sobre las cabezas de los ocupantes. Los pasajeros del taxi fueron llevados en camillas a una ambulancia. Dejando el cadáver del chófer tapado con una sábana, un médico y dos enfermeros se asomaron al compartimiento trasero de la limusina.

Miré la multitud. Había muchos niños, a veces trepados a los hombros de los padres para ver mejor. Las luces intermitentes de la policía les bañaban las caras mientras subíamos por el terraplén hasta la cerca de alambre. Ninguno de los espectadores parecía alarmado. Observaban la escena con el interés sereno y reflexivo de un comprador inteligente en una subasta de animales de raza. Las posturas distendidas revelaban una comprensión común de los puntos más sutiles, como si advirtieran todo el significado del desplazamiento del radiador de la limusina, de la distorsión del chasis del taxi, la escarcha del parabrisas.

En el borde del camino, entre Catherine y yo, había un muchacho de trece años vestido de vaquero. Masticaba continuamente una goma de mascar, mientras miraba cómo ponían en una camilla al último pasajero del taxi. Un policía que blandía una escoba echó aserrín en el asfalto manchado de sangre, al lado del coche sport, y luego, con mucho cuidado, como si temiera desbaratar la compleja aritmética humana de estas heridas, barrió el aserrín ennegrecido hacia el borde del terraplén central.

Otros espectadores llegaron desde el barrio de tiendas, pasando por una brecha en la cerca de alambre. Miramos cómo sacaban a los dos ocupantes de la limusina. Me

pareció entonces que las fantasías eróticas más vividas nos asaltaban a todos: imaginarios actos sexuales, solícitos y decorosos, sobre esta mujer joven que yacía en el coche con los genitales inundados de sangre, mientras los espectadores se adelantaban hacia el coche, todos poniéndole el pene dentro de la vagina, sembrando así los infinitos futuros que florecerían de este matrimonio de la violencia y el deseo.

A mi alrededor, a lo largo de la Western Avenue y las rampas de acceso, se extendía la inmensa congestión de tránsito provocada por el accidente. De pie en el centro de este huracán paralizado, me sentí completamente tranquilo, como si al fin me hubieran sacado de encima el peso obsesivo de todos esos vehículos que no dejaban de multiplicarse.

Vaughan, en cambio, parecía estar pensando en otra cosa. Alzando la cámara por encima de la cabeza, se abrió paso a empujones entre los espectadores que bajaban del puente. Catherine observó cómo subía de un brinco los seis últimos escalones, perdiéndose entre los fatigados policías. El interés que ella mostraba por Vaughan, evitando mirarme y clavando los ojos en el rostro cubierto de cicatrices mientras me aferraba el brazo, no me sorprendía ni me molestaba. Yo sentía que los tres aún teníamos que sacar mayor provecho del accidente, incorporando esas eventualidades aceleradas al contexto de nuestras propias vidas. Pensé en las cicatrices de mi cuerpo y las de Vaughan, asideros para nuestros primeros abrazos, y en las heridas de los cuerpos de los sobrevivientes del choque detrás de nosotros, puntos de contacto para todas las posibilidades sexuales del futuro.

La última ambulancia se alejó, envuelta en el gemido de la sirena. Los espectadores regresaron a los coches, o bien treparon por el borde hasta la brecha en el cercado. Una adolescente en jeans pasó junto a nosotros, acompañada por un joven que la abrazaba por la cintura, sosteniéndole el pecho derecho con el dorso de la mano y rozándole el pezón con los nudillos. Subieron a un cochecito pintado de amarillo y cubierto de adornos y se alejaron con un extravagante concierto de bocinas. Un hombre corpulento, vestido como un conductor de camiones, ayudó a su mujer a subir por el terraplén, apoyándole una mano en las nalgas. Una sexualidad persistente flotaba en el aire, como si fuéramos miembros de una congregación que salía de oír una prédica donde se nos había exhortado a celebrar nuestra sexualidad con amigos y desconocidos, y nos internáramos en la noche a imitar la eucaristía sangrienta que habíamos presenciado poco antes, copulando con los compañeros más imprevistos.

Catherine se reclinó sobre el baúl del Lincoln, apretando el bajo vientre contra la aleta de cromo. No me miraba.

—¿Vas a seguir conduciendo? ¿Estás bien, no?

Me erguí con las piernas abiertas, las manos apoyadas en el esternón, y respiré el

aire inundado de luz. Sentí que mis heridas se abrían otra vez, en el pecho y las rodillas. Busqué las cicatrices, esas lesiones tiernas que ahora me procuraban un dolor tibio y exquisito. Mi cuerpo irradiaba calor en esos puntos, como un hombre resucitado a quien vuelve la vida por las heridas mismas que le causaron la muerte.

Me arrodillé frente al Lincoln y examiné la rueda izquierda. Unas estrías negras gelatinosas manchaban el guardabarros y el paragolpes, alcanzando las bandas blancas y barrosas del neumático. Toqué con los dedos los residuos viscosos. Había una abolladura en el guardabarros, la misma deformación cuando uno o dos años antes mi coche recibiera el impacto de un perro pastor alemán que cruzó de pronto la calle. Yo me había detenido cien metros más allá; me acerqué caminando y vi a dos niñas que vomitaban junto al perro moribundo llevándose las manos a la boca.

Señalé las manchas de sangre.

—Tienes que haber atropellado un perro... La policía podría confiscarte el coche mientras analizan la sangre.

Vaughan se arrodilló a mi lado, inspeccionó las manchas y asintió. —Tienes razón, Ballard. Cerca del aeropuerto hay un sitio donde lavan coches toda la noche. Mantuvo la puerta abierta para que yo entrara, y me miró con ojos serenos, sin ninguna hostilidad, como si el accidente por el que acabábamos de pasar lo hubiera calmado. Me senté al volante, esperando que Vaughan caminara alrededor del coche para sentarse a mi lado, pero en cambio abrió la puerta de atrás y subió junto a Catherine.

Partimos, y Vaughan dejó la cámara en el asiento delantero. En el rollo de película oscura unos invisibles recuerdos plateados de dolor y deseo se destilaban a sí mismos, mientras detrás de mí las más sensibles superficies viscosas de Catherine segregaban sus propias sustancias químicas.

Fuimos hacia el aeropuerto. Observé a Catherine por el espejo retrovisor. Estaba sentada en el centro del asiento, los codos apoyados en las rodillas, mirando por encima de mi hombro las luces fugaces de la carretera. En el primer semáforo me volví a mirarla y ella me sonrió con afecto. Vaughan estaba tumbado como un pistolero aburrido, y le apretaba el muslo con la rodilla izquierda. Se rascó distraídamente el escroto y miró la nuca de Catherine, siguiendo con los ojos el perfil de la mejilla y el hombro. Que Catherine eligiera a Vaughan, cuyo estilo maníaco era un resumen de las cosas que más la perturbaban, me pareció perfectamente lógico. El choque múltiple que acabábamos de ver había soltado en la mente de Catherine los mismos resortes que en la mía.

En el acceso noroeste del aeropuerto, doblé para entrar en esa península que se

extendía entre la cerca periférica y los accesos a la Western Avenue: un área de empresas de alquiler de coches, cafeterías nocturnas, oficinas de flete aéreo y surtidores de gasolina. Las líneas de navegación de las aeronaves y de los vehículos de mantenimiento, las miríadas de faros que se movían a lo largo de la Western Avenue y el paso elevado se entrecruzaban en el aire del atardecer. La luz intermitente parecía transformar el rostro de Catherine en parte de esa pesadilla de una noche de verano, auténtica criatura del aire eléctrico.

Había una fila de vehículos esperando turno para el lavado automático. Los cepillos cilíndricos de nylon tamborileaban en la penumbra sobre los costados y el techo de un taxi, mientras una solución de agua y detergente brotaba de las ranuras metálicas. A cincuenta metros, dos empleados sentados en un cubículo de vidrio, junto a las bombas de gasolina, leían revistas ilustradas y escuchaban una radio de transistores. Observé la rotación de los cepillos sobre la superficie del taxi. El agua jabonosa se escurría por las ventanillas, y dentro de la cabina el conductor y su mujer eran como maniqués enigmáticos y borrosos.

El coche que nos precedía avanzó unos metros. Las luces traseras alumbraron el interior del Lincoln, cubriéndolo con una pátina rosada. Por el espejo vi que Catherine se reclinaba contra el asiento, hombro a hombro con Vaughan. Le miraba absorta el pecho, las cicatrices que alrededor de las tetillas brillaban como puntos de luz.

Adelanté el Lincoln. Detrás de mí se levantaba una muralla de oscuridad y silencio, un universo condensado. La mano de Vaughan se movió sobre una superficie. Me volví con la excusa de bajar la antena de la radio. El episodio del paso elevado, en un escenario casi simétricamente opuesto al de mi accidente, y el golpeteo repetido de los cepillos me habían quitado la capacidad de reaccionar. Las posibilidades de una nueva violencia, aún más excitante porque me irritaba el cerebro y no las terminaciones nerviosas, se reflejaban en el borde deformado de la ventanilla cromada, en la mellada superficie del capó del Lincoln. Pensé en las anteriores infidelidades de Catherine, relaciones que yo siempre había imaginado pero que no había visto nunca.

Un empleado salió de la casilla y fue hacia la máquina de cigarrillos junto a la fosa de lubricación. La figura se reflejó en el asfalto húmedo confundida con las luces de los coches que circulaban por la autopista. El armazón metálico lanzó un chorro de agua sobre el coche de adelante. La corriente jabonosa golpeó el capó y el parabrisas, y el velo líquido ocultó a dos azafatas y un comisario de a bordo.

Al volverme, vi que Vaughan tenía en la mano el pecho derecho de mi mujer.

Cuando el otro coche se fue, hice avanzar el Lincoln, concentrándome en los mandos. Los cilindros inmóviles dejaban caer las últimas gotas. Bajé la ventanilla y hurgué en mis bolsillos en busca de monedas. El meridiano abultado del pecho de

Catherine sobresalió de la mano de Vaughan; el pezón se inflaba entre los dedos, listo para alimentar un pelotón de voraces bocas masculinas, los labios de innumerables secretarias lesbianas. Vaughan acariciaba suavemente el pezón, rozando la aureola — corona de deliciosos botones supernumerarios— con la yema del pulgar. Catherine le miraba el pecho, maravillada, como si lo viera por primera vez, seducida por esa geometría única.

Nos quedamos solos en la estación desierta. Catherine se tendió con las piernas separadas, la boca alzada hacia Vaughan, quien se la rozó con los labios apretando luego las distintas cicatrices contra la boca de ella. Sentí que el acto mismo era un rito, desprovisto de sexualidad común, un estilizado encuentro entre dos cuerpos que recapitulaban episodios de movimiento y colisión. Las posturas de Vaughan, el modo de abrir los brazos mientras movía a mi mujer en el asiento, levantándole la rodilla izquierda para acomodarse entre los muslos, me hacían pensar en el piloto de una máquina compleja, en un ballet gimnástico que celebraba una nueva tecnología. Las manos de Vaughan exploraban lentamente la cara interior de los muslos de Catherine, sosteniéndole las nalgas y levantando el pubis expuesto hacia las cicatrices de la boca pero sin tocarlo. Arreglaba el cuerpo de Catherine en una serie de posiciones, descifrando minuciosamente los códigos de los miembros y la musculatura. Sin embargo, Catherine apenas parecía advertir la presencia de Vaughan, sosteniéndole el pene con la mano y deslizándole los dedos entre las nalgas como si no sintiera ninguna emoción. Tocó el pecho y los hombros de Vaughan con la mano derecha, explorando las redes de cicatrices, puntos de apoyo que los distintos accidentes habían diseñado específicamente para este acto sexual.

Oí un grito. Uno de los empleados, cigarrillo en mano, estaba de pie en la penumbra húmeda, y me hacía señas como si vigilara un aterrizaje en un portaviones. Metí las monedas en la ranura de la caja y cerré la ventanilla. El agua se derramó sobre nosotros, empañando los vidrios y encerrándonos en el coche. Sólo las luces del tablero iluminaban la cabina. Dentro de esta gruta azul, Vaughan yacía en diagonal sobre el asiento trasero. Catherine, de rodillas, la falda recogida en la cintura, la boca a unos pocos centímetros de la de él, le aferraba el pene con las dos manos. Las luces distantes de los automóviles, refractadas en la solución jabonosa que chorreaba por las ventanillas, les envolvía los cuerpos con un resplandor luminiscente. Me pareció estar viendo a dos seres humanos semimetálicos, de un remoto futuro, que hacían el amor en una bóveda cromada. La máquina de lavado mugió, y los cilindros frotaron el capó del Lincoln y rotaron hacia el parabrisas, transformando la solución jabonosa en un torbellino de espuma. Millares de burbujas estallaron sobre los vidrios. Cuando los cepillos golpearon el techo y las portezuelas, Vaughan empezó a elevar el pubis, casi levantando las nalgas del asiento. Con manos torpes, Catherine entreabrió la vulva sobre el pene. En el creciente fragor de los cilindros, ella y Vaughan se

mecieron juntos. Vaughan le apretaba los pechos con las palmas como si quisiera fundirlos en un solo globo. Cuando Vaughan llegó al orgasmo, el estruendo de la máquina ahogó los jadeos de Catherine.

El armazón metálico retrocedió a la posición inicial. La máquina se apagó. Los cilindros colgaban blandamente delante del vidrio limpio del parabrisas. Las últimas gotas de agua y detergente se escurrieron en la oscuridad. Vaughan boqueaba exhausto y miraba vagamente a Catherine. Ella recogió el muslo izquierdo acalambrado, y yo recordé haber visto cien veces ese movimiento. Los dedos de Vaughan le habían dejado marcas en los pechos, como si ella se los hubiera lastimado en un accidente de automóvil. Yo hubiera querido prepararlos para el próximo coito, y ocuparme de ellos, metiendo los pezones en la boca de Vaughan, guiando el pene hacia el recto pequeño, deslizándolo por los surcos en diagonal del asiento, que apuntaban hacia el perineo de Catherine. Hubiera querido ajustar los contornos de los senos y caderas de mi mujer al techo del coche, celebrando de este modo el matrimonio de los cuerpos con esta tecnología benigna.

Abrí la ventanilla y puse más monedas en la caja. Cuando el agua volvió a chorrear por los vidrios, Vaughan y Catherine recomenzaron. Catherine —amante desgreñada— lo tenía por los hombros, mirándolo con ojos posesivos. Se apartó los cabellos rubios de las mejillas, como si ya no pudiera esperar. Vaughan la recostó en el asiento, le abrió los muslos y le acarició el pubis buscándole el ano con un dedo. Se inclinó hacia ella apoyándose de costado, en la postura del diplomático herido y la mujer que habíamos visto sentados en la limusina destrozada. La alzó encima de él, apretándole el pene contra la vagina, metiendo una mano bajo la axila derecha y otra entre las nalgas, como los hombres de la ambulancia cuando habían sacado del coche a la mujer.

Mientras los cilindros golpeaban sobre nuestras cabezas, Catherine me miró a los ojos, en un instante de absoluta lucidez. Había ironía y afecto en esa mirada, como aceptando una lógica sexual que reconocíamos y para la que nos habíamos preparado. Me quedé sentado en silencio mientras la espuma jabonosa se deslizaba por el techo y las portezuelas como un encaje líquido. Detrás, el semen de Vaughan relucía en los pechos y el abdomen de mi mujer. Los cilindros batían y azotaban el auto; los chorros de agua y solución jabonosa resbalaban sobre la superficie ahora immaculada. Cada vez que la máquina completaba un ciclo, yo abría la ventanilla y metía más monedas en la ranura. Los dos empleados nos observaban desde la garita de vidrio, y cuando la máquina se detenía, la música de la radio sonaba débilmente en el aire nocturno.

Catherine gritó, un jadeo de dolor rápidamente sofocado por la vigorosa mano de Vaughan. Estaba sentado con las piernas de Catherine alrededor de las caderas, y con una mano la abofeteaba mientras con la otra apretaba el pene flácido contra la vagina. Tenía la cara contraída en una expresión de cólera y angustia. El sudor le

corría desde el cuello y el pecho, mojándole la cintura de los pantalones. En los brazos y las caderas de Catherine había manchas azules. Exhausta, Catherine se apoyó en el respaldo, detrás de la cabeza de Vaughan. El pene se sacudió en vano dentro de la vulva magullada, y Vaughan se hundió en el asiento. Esa mujer gemebunda, empeñada en acomodarse la ropa, no le interesaba más. Las manos cubiertas de cicatrices exploraban la funda ajada del asiento, dibujando con semen un diagrama críptico: un signo astrológico o un cruce de carreteras.

Cuando nos alejamos de la máquina, los cilindros goteaban silenciosamente en la oscuridad. Alrededor del coche, en el cemento mojado, había un charco de burbujas blancas.

No había tránsito en la autopista. Por primera vez desde mi salida del hospital las calles estaban desiertas, como si los agotados actos sexuales entre Vaughan y Catherine hubiesen borrado para siempre todos aquellos vehículos. Mientras íbamos hacia Drayton Park, las lámparas de la calle alumbraban la cara de Vaughan, que dormía como un niño apretando la boca abierta contra el asiento mojado de sudor. Era una cara a la que habían quitado toda agresividad, como si el semen que él había vaciado en la vulva de Catherine hubiera arrastrado consigo todas las crisis posibles.

Catherine se enderezó en el asiento, desembarazándose de Vaughan. Me tocó el hombro con un gesto de afecto conyugal. Por el espejo le vi los cardenales de la mejilla y el cuello, la boca magullada que le desfiguraba la sonrisa nerviosa. Estas deformaciones hacían más evidentes los elementos de la auténtica belleza de Catherine.

Cuando llegamos a casa, Vaughan seguía dormido. Catherine y yo salimos del coche immaculado; el capó bruñido resplandecía como un escudo negro. Sostuve a Catherine tomándola por el brazo, y mientras caminábamos hacia la puerta por el sendero de grava gastada, Vaughan se levantó, bajó del coche, y sin volver la cabeza se instaló torpemente en el asiento del conductor. Pensé que arrancararía con un rugido, pero encendió el motor y se alejó en silencio.

En el ascensor abracé con fuerza a Catherine, amándola por los golpes que había recibido de Vaughan. Más tarde, esa noche, le exploré el cuerpo y los magullones tocándolos dulcemente con los labios y las mejillas, descubriendo en la piel enrojecida del vientre la geometría constrictiva del vigoroso cuerpo de Vaughan. Mi pene siguió los trazos toscos que las manos y la boca de Vaughan le habían inscrito en la piel. Me arrodillé sobre ella, tendida en diagonal sobre la cama. Tenía apoyados en mi almohada los pies menudos y una mano sobre un pecho. Me observaba con una mirada calma y afectuosa mientras yo la rozaba con el glande, uniendo las marcas de los accidentes imaginarios que Vaughan le había dejado en la piel.

A la mañana siguiente, en camino hacia los estudios Shepperton, me interné en el tránsito que se movía a mi alrededor, sintiéndome capaz al fin de disfrutar de esos carriles atestados de vehículos. A lo largo de esa elegante escultura moderna que era la carretera de hormigón, los coloridos caparazones de miríadas de coches se movían como los centauros benevolentes de una nueva Arcadia.

Vaughan ya estaba esperándome en el parque de estacionamiento, y el Lincoln ocupaba el lugar de mi coche. Las cicatrices del abdomen le brillaron al sol de la mañana, a pocos centímetros de mis dedos, cuando se apoyó en el marco de la puerta.

En la bragueta de los jeans, donde la vulva de mi mujer se había apretado contra él, había una aureola blanca de mucosidad vaginal seca.

Vaughan abrió la puerta del Lincoln, invitándome a entrar. Mientras me sentaba al volante, comprendí que yo ahora quería estar con él todo el tiempo posible. Se sentó mirándome de frente, un brazo estirado en el respaldo del asiento, detrás de mi cabeza, el pene pesado apuntándome en la entrepierna de los pantalones. Yo ahora reconocía en mí los elementos de un verdadero afecto por Vaughan: celos, amor y orgullo. Quería tocarle el cuerpo, acariciarle el muslo mientras íbamos en el coche, como yo había hecho con Catherine en nuestros primeros encuentros; quería ponerle la mano en la cadera cada vez que bajáramos del coche, y cada vez que subiéramos.

—Seagrave se fue —comentó Vaughan mientras yo movía la llave del encendido. —¿Adonde? Aquí ya terminaron la secuencia del accidente.

—Sólo Dios sabe. Anda conduciendo por ahí con una peluca y un abrigo de piel de leopardo. Tal vez empiece a seguirla a Catherine.

Dejé la oficina. Ese primer día recorrimos las autopistas durante horas, en busca de Seagrave, escuchando las emisiones de la policía y las ambulancias en la banda de alta frecuencia de la radio de Vaughan. Cada vez que anunciaban un accidente, Vaughan preparaba las cámaras que llevaba atrás.

Cuando la luz del crepúsculo se extendió sobre la última congestión de tránsito del día, Vaughan se despabiló del todo. Lo llevé a su estudio, una habitación grande en la última planta de un edificio que daba al río, al norte de Shepperton. El cuarto estaba atestado de artefactos electrónicos en desuso: máquinas de escribir eléctricas, terminales de computadoras, osciloscopios, grabadores y cámaras cinematográficas. Había unos rollos de cable eléctrico sobre la cama sin hacer. En los anaqueles de las paredes se amontonaban textos científicos, colecciones incompletas de publicaciones técnicas, ediciones baratas de ciencia ficción y reimpressiones de los artículos del propio Vaughan. La habitación había sido amueblada sin ningún cuidado. El conjunto de sillas de cromo y vinilo parecía elegido al azar en el escaparate de una tienda suburbana.

El narcisismo de Vaughan era allí evidente. Las paredes del estudio, el baño y la cocina estaban cubiertas con fotografías de él mismo, imágenes de los programas de televisión, pequeñas placas tomadas por fotógrafos de los diarios, instantáneas de los estudios, mientras recibía las atenciones de la maquilladora o gesticulaba ante un productor, para beneficio del fotógrafo. Todas estas fotos eran anteriores al accidente de Vaughan, como si los años subsiguientes fueran una no-zona de tiempo, un período cuyas urgencias no permitían ninguna vanidad. No obstante, estas fotografías borrosas parecían atraerlo mientras iba de un lado a otro por el cuarto, se daba una ducha y se cambiaba de ropa. Vaughan alisaba al pasar los dobleces de las puntas,

como temiendo que cuando esas imágenes desaparecieran, su propia identidad ya no contase.

Ese atardecer, mientras atravesábamos las autopistas, vi otra vez cómo Vaughan trataba de fijar su propia identidad, proyectándola sobre acontecimientos externos. Vaughan escuchaba la radio y encendía el primer cigarrillo, tendido junto a mí en el asiento de delante. El olor a limpio de su cuerpo recién bañado se perdió primero entre el humo del hachis, y luego en el aroma punzante del semen que le empapó los pantalones cuando pasamos frente al primer choque. Mientras conducía el coche por el laberinto de calles laterales hacia el escenario del próximo accidente, la cabeza invadida por la resina, pensé en el cuerpo de Vaughan en el baño del estudio, en el pene abultado que sobresalía en un bajo vientre endurecido. Las cicatrices de las rodillas y los muslos eran como peldaños en miniatura, puntos de apoyo en esa escala de excitaciones desesperadas.

En las primeras horas de la mañana habíamos visto tres choques. Mi cabeza aturdida quería suponer que aún estábamos buscando a Seagrave, pero yo sabía que a Vaughan ya no le interesaba el piloto. Luego del tercer accidente, cuando se retiraron los policías y enfermeros, y el último chófer dejó de curiosear para meterse en un camión, Vaughan terminó de fumar y atravesó con pasos vacilantes el cemento resbaladizo, hacia el borde de la autopista. Un sedán conducido por una dentista madura había atravesado el parapeto cayendo en un parque abandonado. Seguí a Vaughan y miré desde la brecha en la balaustrada, mientras él descendía hasta el coche, ahora de nuevo sobre las ruedas. Vaughan caminó por las hierbas, que le cubrían las rodillas, y recogió una tiza descartada por un policía. Tanteó con las dos manos los bordes afilados del metal y el vidrio roto, apretándolas luego contra el capó y el techo hundidos. En una pausa, orinó en la oscuridad sobre el radiador todavía caliente, levantando una nube de vapor en el aire nocturno. Se miró el pene semierecto y se volvió consternado hacia mí, como pidiéndome que le ayudara a identificar ese órgano extraño. Lo apoyó en la aleta delantera del coche, y con la tiza dibujó el contorno sobre la pintura negra. Inspeccionó reflexivamente el resultado, y luego, satisfecho, caminó alrededor del coche y repitió la operación en las puertas y ventanillas fracturadas, en la tapa del baúl y el guardabarros trasero. Cubriéndose el pene con la mano para protegerlo de los bordes cortantes, se metió en el asiento delantero y dibujó el perfil en el tablero de instrumentos y el brazo central, señalando así el foco erótico de un choque o un coito, celebrando las bodas entre sus propios genitales y el tablero de instrumentos contra el que había estallado el cráneo de la dentista.

Para Vaughan, los detalles mínimos de estilo en un automóvil tenían una vida propia, tan significativa como los miembros y los órganos sensitivos de los seres humanos que conducían esos vehículos. A veces me pedía que me detuviera frente a

un semáforo para admirar la conjunción del limpiaparabrisas y el vidrio de un coche estacionado. Los contornos de los sedanes americanos y los coches deportivos europeos, con esa subordinación de la función al gesto, deleitaban a Vaughan. Solíamos seguir durante una hora a un nuevo modelo de Buick o Ferrari, mientras él estudiaba los detalles de la carrocería y de las molduras traseras. En una ocasión la policía nos interrogó cuando examinábamos el Lamborghini que pertenecía al dueño de una próspera taberna de Shepperton. Vaughan fotografiaba una y otra vez la inclinación exacta del parabrisas, la visera del farol delantero, la extensión del guardabarros. Lo obsesionaba el diseño de las piezas cromadas de las ventanillas, las molduras de acero inoxidable, las varillas del limpiaparabrisas, el cierre del capó y las puertas.

Vaughan se paseaba por los parques de estacionamiento de los supermercados como si recorriera un balneario, fascinado por los altos guardabarros de un Corvette que una ama de casa sacaba marcha atrás. Los respiraderos del motor lo ponían en trance, como si por fin volviera a ver algún ave del paraíso. A menudo, cuando recorríamos las autopistas, me indicaba que atravesara las líneas divisorias para que el perfil exacto de una coupé reluciera a la rápida luz del sol y él pudiera saborear así las perfectas proporciones de una parte trasera abreviada. La conducta de Vaughan reproducía continuamente las ecuaciones entre la estética del automóvil y los elementos orgánicos de su propio cuerpo. Si seguía a un prototipo italiano de alas truncas, Vaughan le hablaba a la prostituta que iba sentada entre nosotros con gestos estilizados y enfáticos, confundiendo a esta mujer aburrida con una charla interminable y amplios movimientos de hombros.

Para Vaughan, los interiores de color del Lincoln, y de los coches que empezó a robar durante una hora todas las noches, imitaban exactamente la piel de las jóvenes prostitutas que él desvestía mientras yo llevaba el coche a lo largo de las pistas oscuras. Los muslos desnudos imitaban los paneles vinílicos; las salidas de aire fresco resumían los contornos de los pechos puntiagudos.

Vi el interior del automóvil como un caleidoscopio de fragmentos de cuerpos femeninos, brillantemente iluminados. Esta antología de muñecas y codos, muslos y pubis, se unían en combinaciones siempre nuevas con los contornos del coche. En una ocasión corríamos a lo largo del perímetro sur del aeropuerto; yo trataba de mantener el coche en el centro de esa superficie convexa, celebrando con Vaughan el pecho desnudo de una adolescente que él había encontrado cerca de los estudios. Para él y para mí la perfecta geometría de esta pera blanca de colegiala correspondía al movimiento del coche a lo largo de la superficie curva del camino.

En el paisaje elaboradamente señalado de la autopista, el cuerpo de Vaughan, de piel poco atractiva y palidez grasienta, era de una belleza dura, mutilada. Los pilares de hormigón que cada cincuenta metros sostenían el paso elevado de la Western

Avenue como hombros angulosos, parecían unir distintos fragmentos cicatrizados de la anatomía de Vaughan.

Durante las muchas semanas en que me desempeñé como chófer de Vaughan, dándole dinero para pagar a las prostitutas y demás busconas que frecuentaban el aeropuerto y los hoteles cercanos, observé cómo Vaughan exploraba los caminos intransitados del sexo y el automóvil. Para Vaughan, el coche era el único sitio apropiado y verdadero para el coito. Con cada una de estas mujeres ensayaba un acto sexual diferente, insertándoles el pene en la vagina, el ano y la boca casi en respuesta a las variaciones del camino, la densidad del tránsito, mi modo de conducir.

Al mismo tiempo, me parecía que Vaughan estaba seleccionando mentalmente ciertos actos y posturas para utilizarlos en el futuro, para el coito máximo dentro de un automóvil. La clara ecuación que había establecido entre el sexo y la cinestesia del camino tenía una cierta relación con la figura obsesiva de Elizabeth Taylor. ¿Acaso se imaginaba en un acto sexual con ella, muriendo juntos en un complicado choque de autos? Durante la mañana y las primeras horas de la tarde, la seguía desde el hotel hasta los estudios. No le dije que nuestras negociaciones para conseguir la participación de la actriz en los cortos de la Ford habían fracasado rotundamente. Vaughan se retorció las manos mientras la esperaba, moviéndose inquieto en el asiento trasero; como imitando inconscientemente y en cámara rápida cientos de actos sexuales con la actriz. Comprendí al fin que Vaughan repetía en fragmentos inconexos un acto sexual programado donde participarían la actriz y el camino que ella tomaba desde los estudios de Shepperton. El énfasis de los gestos, el modo grotesco de sacar el brazo por la ventanilla, como si estuviera a punto de destornillárselo y arrojar el miembro sanguinolento bajo las ruedas del coche que venía detrás, el rictus de la boca cuando apretaba un pezón con los labios, parecían ensayos privados de un drama aterrador que se desarrollaba en la mente de Vaughan, el acto sexual que coronaría la última colisión.

Durante estas últimas semanas, Vaughan estaba decidido a dejar las huellas de su sexualidad en los distintos sitios de un itinerario secreto, señalando con semen los corredores de ese teatro trágico. Nos acercábamos cada vez más a una confrontación directa con la policía. Un atardecer, durante la hora de más tránsito, Vaughan me indicó que me detuviera frente a un semáforo en verde, cerrando deliberadamente el paso a los coches que venían detrás. Encendiendo y apagando los faros, un coche de la policía se acercó a nosotros. Viendo la contorsionada posición de Vaughan, el copiloto supuso que habíamos tenido un accidente serio. Tapando la cara de la muchacha junto a él, la ca jera adolescente de un supermercado, Vaughan imitó la postura del embajador herido que habíamos visto en la limusina. A último momento, cuando uno de los policías salía del coche, decidí arrancar, ignorando las protestas de Vaughan.

Harto del Lincoln, Vaughan tomó prestados otros coches de los parques del aeropuerto, utilizando un juego de llaves que Vera Seagrave le había dado. Pasábamos de uno a otro de estos vehículos abandonados —los dueños estaban en París, Stuttgart o Amsterdam— y los devolvíamos por la noche cuando habíamos terminado con ellos. A estas alturas, yo ya era incapaz de reaccionar y tratar de detener a Vaughan. Me obsesionaba el cuerpo áspero de Vaughan, así como a él lo obsesionaban los automóviles, y me encontraba atrapado en un sistema de violencia complaciente y excitación, constituido por la autopista y las congestiones de tránsito, los coches que robábamos y las descargas sexuales de Vaughan.

En este último período observé que las mujeres que él traía al coche al atardecer eran cada vez más parecidas a la actriz de cine. La adolescente de cabello negro era Elizabeth Taylor joven, y las otras mujeres la representaban en las etapas subsiguientes.

Vaughan, Gabrielle y yo visitamos la exposición de automóviles de Earls Court. Tranquilo y amable, Vaughan guiaba a Gabrielle a través de la multitud, exhibiendo las cicatrices del rostro como si fueran una reacción de simpatía ante las piernas de la inválida. Gabrielle se paseaba entre los centenares de automóviles expuestos en los stands. Las superficies de cromo y celulosa relucían como la armadura de gala de una hueste de arcángeles. Girando sobre los talones, Gabrielle parecía deleitarse en la contemplación de estos vehículos immaculados, apoyando las cicatrices de las manos en la chapa pintada, rozándolos con las caderas estropeadas como un gato inoportuno. Provocó a un joven que atendía el puesto de la Mercedes a que la invitara a inspeccionar un coche deportivo blanco y no ocultó su placer cuando el turbado vendedor tuvo que ayudarla a meter las piernas en el coche. Vaughan silbó, admirado. Caminábamos entre los stands y los coches que giraban en plataformas. Gabrielle avanzaba con dificultad entre los gerentes de la industria del automóvil y las ayudantas, y yo le miraba las piernas engrilladas, los muslos y rodillas deformes, el desencajado hombro izquierdo, partes del cuerpo de Gabrielle que parecían hacer señas a las máquinas intactas que rotaban en los stands, invitándolas a que le examinaran las heridas. Cuando se instaló en la cabina de un pequeño sedán japonés, los ojos dulces de Gabrielle contemplaron mi cuerpo bajo la misma luz glauca que bañaba a estas máquinas geoméricamente perfectas. Vaughan la guiaba de un coche al otro, ayudándola a subir a las plataformas, a entrar en las cabinas de los estilizados prototipos, de las costosas limusinas, en cuyo asiento trasero Gabrielle se erguía como la reina huraña de esta tecnarquía infatigable.

—Camina con Gabrielle, Ballard —insistió Vaughan—. Tómala del brazo. A ella le gustaría. Vaughan me animó a que yo lo reemplazara. Cuando se escabulló con el pretexto de que había visto a Seagrave, guíe a Gabrielle en la inspección de una serie de coches para inválidos. Con exagerada formalidad, interrogué a los empleados acerca de la instalación de controles auxiliares, embragues de mano y pedales de freno. Entretanto yo observaba las partes del cuerpo de Gabrielle reflejadas en esta pesadilla tecnológica de coches para inválidos. Le miré los muslos que se frotaban uno contra otro, la prominencia del pecho izquierdo bajo la correa del corselete ortopédico, el cuenco angular de la pelvis, la mano aferrada con firmeza a mi brazo. Ella me miró a su vez a través del parabrisas, jugueteando con la palanca cromada del embrague como esperando que ocurriera algo obsceno.

Gabrielle no parecía molesta con Vaughan, pero fui yo el primero que la desnudó en el asiento del pequeño coche, circundados por la estrambótica geometría de los mandos para inválidos. Mientras le exploraba el cuerpo, abriéndome paso entre los lazos y correas de la ropa interior, los planos musitados de las piernas y las caderas me conducían a imprevistos callejones sin salida, a hundimientos bruscos en la piel y la musculatura. Estas deformidades eran como una poderosa metáfora que expresaba las excitaciones de una violencia nueva. El cuerpo de Gabrielle, de contornos angulosos, insólitas conjunciones de vellos y mucosas, músculos y tejidos eréctiles, se abría a mí como una antología promisoriosa de posibilidades perversas. Habíamos detenido el coche junto a la cerca del aeropuerto. En la penumbra —el pecho blanco de ella en mi mano iluminada por los aviones que subían—, el pezón tierno y erecto parecía violarme los dedos. Nuestros actos sexuales eran ordalías exploratorias.

Mientras nos dirigíamos hacia el aeropuerto, observé cómo ella conducía los mandos que yo no conocía. Ese complejo de pedales invertidos y palancas había sido diseñado para ella, e implícitamente —pensé— para su primer coito como inválida. Veinte minutos más tarde, el aroma del cuerpo de ella en mis brazos se había mezclado con el olor picante del cuero plástico nuevo. Habíamos doblado cerca de los depósitos de agua para ver el aterrizaje de los aviones. Mientras le apretaba el hombro izquierdo contra mi pecho, pude ver los contornos moldeados del asiento que le ceñían el torso, los hemisferios de cuero acolchado adaptados a las cavidades del corselete. Le acaricié un pecho, sintiendo que tropezaba con la extraña geometría del interior del coche. Unos mandos inesperados sobresalían debajo del volante. En un pivote de acero sujeto a la columna de dirección había unos pedales cromados. De la palanca de freno salía una extensión para recibir la palma del conductor.

Atenta a estos nuevos parámetros, al abrazo de esta sumisa tecnología, Gabrielle se recostó en el asiento. Se miraba con ojos inteligentes la mano que me acariciaba la cara y la barbilla, como si buscara las brillantes armazones de cromo que me faltaban. Alzó el pie izquierdo, apoyando en mi rodilla la abrazadera metálica de la pierna. En la cara interior del muslo las correas se hundían en la carne, y los broches y hebillas marcaban la piel enrojecida. Abrí la abrazadera de la pierna izquierda y pasé los dedos por el surco grabado en la piel. Blanda, tibia y estirada, la piel era allí más excitante que la membrana de una vagina. Este pliegue depravado, vaginación de un órgano sexual embrionario, me recordó las pequeñas heridas de mi propio cuerpo, donde aún se veían los contornos de los mandos y el tablero de instrumentos. Acaricié esta depresión del muslo, el surco trazado por el corselete, bajo los pechos, y en la axila derecha, la marca roja en la cara interior del brazo: eran la membrana de unos nuevos órganos genitales, los moldes de las posibilidades eróticas que serían creadas en un centenar de choques de laboratorio. Mientras le deslizaba la mano entre

las nalgas, sentí contra la piel la presión de los contornos insólitos del asiento. Las sombras de la cabina me ocultaban la cara de Gabrielle, y me aparté mientras ella se tendía contra el respaldo. Le alcé el pecho con la palma de la mano y le besé el pezón frío, de un olor dulzón, mezcla de mi propia saliva y un agradable preparado farmacéutico. Pasé la lengua por la punta cada vez más dura y luego le examiné cuidadosamente el pecho. En cierto modo yo había esperado encontrar una pieza ajustable de látex, algo que ella se ponía todas las mañanas junto con los correajes del torso y las piernas, y de algún modo me decepcionó que el pecho fuera de carne. Gabrielle estaba reclinada sobre mi hombro, rozándome el labio inferior con el índice, explorando los dientes con la uña. Las abrazaderas y correajes flojos le juntaban las partes expuestas del cuerpo. Le acaricié el pubis huesudo, de poco vello, mientras ella, echada pasivamente en mis brazos, movía los labios en una respuesta mínima. Comprendí que esta mujer inválida y aburrida advertía que los puntos de conjunción nominales en un acto sexual —el pecho y el pene, el ano y la vulva, el pezón y el clítoris— no nos excitaban a nosotros.

Los aviones atravesaban la menguante luz del crepúsculo, rugiendo sobre nuestras cabezas y a lo largo de las pistas este-oeste. En el aire flotaba el olor agradable y quirúrgico del cuerpo de Gabrielle, junto con el olor penetrante del cuero plástico. Los mandos de cromo retrocedían en las sombras como cabezas de serpientes plateadas, la fauna de un sueño de metal. Gabrielle echó un poco de saliva en mi tetilla derecha y la acarició mecánicamente, continuando la ficción de este nominal vínculo erótico. Como retribución, le acaricié el pubis, buscando la protuberancia inerte del clítoris. Alrededor de nosotros, los mandos plateados del coche parecían un tour de force de la tecnología y los sistemas cinestésicos. La mano de Gabrielle me rozó, descubriendo las pequeñas cicatrices debajo de mi esternón, la huella del cuadrante más sobresaliente del tablero de instrumentos. Cuando empezó a explorar con los labios esta fisura circular, sentí por primera vez un principio de erección. Gabrielle me buscó el pene y luego se puso a examinar las otras cicatrices de mi pecho y abdomen, rozándolas con la punta de la lengua. Metódicamente, una a una, ella iba endosando estas firmas trazadas en mi cuerpo por el tablero y los mandos de mi coche. Mientras ella me acariciaba, mi mano pasó del pubis a las cicatrices de los muslos, tocando esos surcos tiernos que el freno manual le había abierto en la carne. La tomé por los hombros, palpando la depresión del cuero hundido, los puntos de contacto entre geometrías hemisféricas y rectilíneas. Exploré las cicatrices de los muslos y los brazos, las deformaciones debajo del pecho izquierdo, y ella a la vez exploraba las mías, descifrando juntos estos códigos de una sexualidad que dos choques de coches habían hecho posible.

Mi primer orgasmo lanzó el semen a la profunda herida del muslo, irrigando este canal. Tomando el semen en una mano, Gabrielle lo frotó contra los mandos

plateados del embrague. Mi boca exploraba la cicatriz que se curvaba como una guadaña bajo el pecho izquierdo. Gabrielle cambió de posición, para que yo pudiera tocarle las heridas de la cadera. Por primera vez dejé de sentir piedad por esta inválida. Al contrario, celebraba ahora con ella las excitaciones de esas fisuras abstractas que unas secciones de su propio automóvil le habían dejado en el cuerpo. Durante los días siguientes, mis orgasmos ocurrieron en las cicatrices debajo de los pechos y la axila izquierda, en las heridas del cuello y el hombro, en las aberturas sexuales formadas por parabrisas fracturados y esferas de medidores retorcidas en un choque frontal, uniendo a través de mi pene el coche en que yo había chocado y el coche en que Gabrielle se había encontrado con esta casi muerte. Yo ya soñaba con otros accidentes capaces de ampliar este repertorio de orificios, relacionándolos con distintos elementos de la geometría del automóvil, con las cada vez más complejas tecnologías del futuro. ¿Qué heridas serían capaces de revelar las posibilidades sexuales de las tecnologías invisibles en las cámaras de reacción termonuclear, de las salas de control de mosaicos blancos, de los misteriosos argumentos elaborados en un circuito de computadoras? Abrazando a Gabrielle, imaginaba, como Vaughan me había enseñado, los accidentes de las celebridades y bellezas, heridas capaces de despertar fantasías eróticas, coitos extraordinarios que celebraban las posibilidades de tecnologías inimaginadas. Estas fantasías me permitían concebir al fin las muertes y heridas que yo siempre había temido. Imaginé a Catherine víctima de un impacto brutal, la boca y la cara destrozadas, un orificio nuevo e incitante que la astillada columna de dirección le había abierto en el perineo, un orificio que no era vagina ni recto y que podíamos animar con nuestros afectos más profundos. Imaginé las heridas de actrices de cine y personajes de televisión, en cuyos cuerpos florecerían múltiples orificios suplementarios, puntos de conjunción sexual con el público nacidos de la tortuosa tecnología del automóvil. Imaginé el cuerpo de mi propia madre en distintas etapas de su vida, lastimado en una sucesión de accidentes, provisto de orificios cada vez más abstractos e ingeniosos, de modo que mi incesto sería aún más cerebral, permitiendo al fin que yo me acomodara a esos abrazos y posturas. Imaginé las fantasías de pederastas que alquilaban los cuerpos deformes de niños accidentados, aliviando e irrigando las heridas con genitales cubiertos de cicatrices, de sodomitas maduros que pasaban la lengua por los anos artificiales de adolescentes colostomizados.

En esta época, cualquier aspecto de Catherine era como el modelo de alguna otra cosa. Las posibilidades del cuerpo y la personalidad de mi mujer se multiplicaban incesantemente. Cuando ella iba desnuda al baño, apartándose de mí con una expresión crispada y absorta; cuando por las mañanas se masturbaba junto a mí, los muslos simétricamente abiertos, frotándose el pubis como para eliminar algún resto de mucosa venérea; cuando se ponía desodorantes en las axilas, cavidades blancas

que eran como universos misteriosos; cuando me acompañaba hasta el coche, tocándome levemente con los dedos el hombro izquierdo: todos estos actos y emociones eran cifras que buscaban su propio significado en el duro mobiliario de cromo de nuestras mentes. Sólo un accidente fatal podría liberar esos códigos que aguardaban dentro de ella. Cuando me acostaba con Catherine, solía deslizarle la mano entre las nalgas, alzando y moldeando cada uno de estos hemisferios blancos, estas carnes plenas que contenían los programas de todos los sueños y genocidios.

Empecé a pensar en la muerte de Catherine de un modo más deliberado, tratando de imaginar un desenlace todavía más suntuoso que la muerte que Vaughan había planeado para Elizabeth Taylor. Estas fantasías eran parte de las palabras cariñosas que intercambiábamos mientras íbamos juntos por la autopista.

En esos días yo ya estaba convencido de que aunque la actriz no muriera nunca en un choque de coches, Vaughan había visto ya todas las posibilidades del accidente. Entre esos centenares de kilómetros y coitos, Vaughan estaba eligiendo ciertos elementos que necesitaba: un segmento del paso elevado de la Western Avenue, examinado a través de mi propio accidente y la muerte del marido de Helen Remington, y con la notación erótica de una cópula oral con una muchacha de diecisiete años; el guardabarros de un sedán americano negro, marcado por la presión del brazo de Catherine contra el marco de la portezuela izquierda y celebrado por una persistente erección del pezón de una prostituta madura; una mueca de la actriz, que salía del coche y trastabillaba apoyándose contra la ventanilla a medio abrir, inmortalizada por Vaughan con el zoom de la cámara; imágenes de coches acelerados, semáforos que cambiaban de luz, pechos temblorosos, irregularidades en la superficie de una autopista, clítoris delicadamente aferrados entre el pulgar y el índice como especímenes botánicos, estilizaciones de los movimientos y posturas del mismo Vaughan, mientras conducía. La mente de Vaughan atesoraba todos estos elementos, listos para ser recordados e incluidos en cualquier proyecto mortífero que se le ocurriera concebir. Vaughan me hacía preguntas, una y otra vez, acerca de la vida sexual de la actriz, de la que yo no sabía nada, y pretendía que yo encargara a Catherine una investigación en viejas revistas de cine. Muchos de los actos sexuales de Vaughan reproducían sin duda aquellos que él atribuía a la actriz, dentro del coche móvil.

Sin embargo, Vaughan ya había llegado a concebir los actos sexuales imaginarios de toda un a hueste de gente famosa —políticos, premios Nobel, atletas internacionales, astronautas y delincuentes— en el interior de un coche, así como ya había imaginado sus muertes. Mientras recorríamos los alrededores del aeropuerto buscando un coche, Vaughan me interrogó una vez más acerca de los posibles actos sexuales de Marilyn Monroe o de Lee Harvey Oswald dentro de sus propios automóviles; Armstrong, Warhol, Raquel Welch... la marca y el año del modelo elegido, las posturas y zonas eróticas favoritas, las autopistas y carreteras de Europa y Norteamérica que ellos recorrían en la mente de Vaughan, los cuerpos fundidos en sexualidades ilimitadas, amor, ternura y erotismo.

—... la Monroe masturbándose, o Oswald, ¿con qué mano te parece? ¿Y contra qué palanca? ¿Llegaban más pronto al orgasmo con un tablero embutido, o con esferas sobresalientes? El color del material vinílico, el vidrio del parabrisas, eso es lo que cuenta. La Garbo y la Dietrich, ahí tienes tema para un enfoque gerontológico. La

especial relación de al menos dos de los Kennedy con los coches... —Vaughan terminaba siempre refugiándose en la caricatura, parodiándose a sí mismo.

No obstante, durante mis últimos días con Vaughan, la obsesión del accidente de automóvil era en él cada vez más incoherente. No podía olvidar a la actriz, y cuando pensaba en la ordalía de sexo y muerte que había imaginado para ella, se sentía todavía más frustrado; esta muerte anhelada tardaba en llegar. En vez de recorrer las autopistas nos quedábamos sentados en el parque de estacionamiento desierto de Drayton Park, detrás de mi casa. Mientras mirábamos las hojas de los sicómoros que se arrastraban por el macadán húmedo a la luz del atardecer, Vaughan escuchaba durante horas las emisiones de radio de la policía y las ambulancias, estremeciéndose mientras golpeteaba el cenicero repleto de colillas de porros y un viejo tapón higiénico. Me preocupaba, y deseaba acariciarle las cicatrices del muslo y el abdomen, y ofrecerle las heridas traumáticas que yo llevaba en mi propio cuerpo a cambio de las lesiones imaginarias que él quería ver en el cuerpo de la actriz.

El accidente más temido por mí —después de la muerte del propio Vaughan, que ya me parecía inminente— ocurrió tres días más tarde en la ruta de Harlington. Cuando las radios de la policía aludieron confusamente a las múltiples heridas de Elizabeth Taylor, desmentidas poco después, supe en el acto quién había sido el protagonista de esa prueba mortal.

Vaughan no parecía impaciente mientras yo conducía el Lincoln hacia el escenario del choque. Miraba con resignación la fachada blanca de las fábricas de productos plásticos y los depósitos de neumáticos a los lados de la ruta. Escuchaba los detalles de la colisión múltiple en la frecuencia de la policía, y aumentaba cada vez más el volumen, como si quisiera oír la confirmación definitiva en la culminación de un crescendo.

Llegamos a Harlington media hora más tarde y nos detuvimos al pie del paso elevado, sobre la hierba. Tres coches habían chocado en el centro de una intersección. Los dos primeros vehículos —un coche sport de fibra de vidrio y una coupé Mercedes plateada— se habían estrellado en ángulo recto, arrancándose las ruedas y aplastando los compartimientos de los motores. El coche de fibra de vidrio, una pieza antológica de los diseños bulbosos y aerodinámicos de la década del cincuenta, había sido embestido desde atrás por un sedán oficial que conducía una mujer. Aturdida pero ilesa, la joven conductora de uniforme verde fue sacada del coche, que había hundido el capó en la parte trasera del coche deportivo. Fragmentos de fibra de vidrio yacían alrededor de la carrocería aplastada, como bocetos descartados en el estudio de un diseñador.

El piloto del coche sport yacía muerto en la cabina, y los bomberos y un agente de policía trataban de sacarlo de debajo del tablero. Una desgarradura en el abrigo de

piel de leopardo dejaba ver el pecho hundido, pero una redecilla de nylon sujetaba aún los cabellos platinados. En el asiento de atrás había una peluca negra, como un gato muerto. Los fragmentos de vidrio perlaban la cara consumida y macilenta de Seagrave, como si el cuerpo se le estuviera cristalizando, escapando por fin de este inestable complejo de dimensiones hacia un universo más hermoso.

A no más de dos metros de distancia, la conductora del Mercedes estaba tendida de través sobre el asiento, debajo del parabrisas resquebrajado. La turba de espectadores se arremolinaba alrededor de los coches, y casi derribó a los enfermeros que intentaban extraer a la mujer de la cabina. Un policía que se abrió paso llevando una manta mencionó el nombre de una ex-locutora de televisión que ya no trabajaba regularmente, pero que aún intervenía en programas de preguntas y respuestas o en los debates de última hora. Cuando la abrazaron a medias en el asiento, reconocí la cara, ahora pálida y reseca como la de una vieja. Un encaje de sangre coagulada le colgaba del mentón, como un babero negro. Cuando la acostaron en la camilla, los curiosos observaron respetuosamente las heridas de los muslos y el bajo vientre, apartándose para que la llevaran a la ambulancia.

Dos mujeres con abrigo de tweed y bufandas al cuello fueron empujadas a un lado. Vaughan apareció entre ellas con los brazos tendidos, la mirada como perdida. Empuñó una de las manijas de la camilla, junto con un enfermero, y se dejó arrastrar hasta la ambulancia. La mujer fue introducida en el vehículo, respirando espasmódicamente a través de la costra de sangre que le tapaba la nariz. Estuve a punto de llamar a gritos a los policías, pues la agitada conducta de Vaughan me había convencido de que muy pronto sacaría el pene utilizándolo para librar a la mujer de la sangre que le llenaba la boca. Los enfermeros, viendo a Vaughan tan alterado, presumieron que era algún pariente de la víctima y lo dejaron pasar, pero un policía que lo reconoció le golpeó el pecho con la palma de la mano y le gritó que se fuera.

Vaughan ignoró al policía, se quedó mirando las puertas que se cerraban, y se volvió bruscamente hacia la multitud, como si no supiera qué hacer. Se abrió paso hasta el coche sport y observó confundido el cadáver de Seagrave, vestido con una armadura ceremonial de vidrio astillado, un traje de luces, como un matador caído. Cerró las manos sobre el marco del parabrisas.

Perturbado por la muerte del piloto y los jirones de la ropa de la actriz —meros accesorios de una colisión premeditada— tirados alrededor del coche, seguí a Vaughan entre los espectadores. Vaughan caminaba distraídamente alrededor del Mercedes plateado, fijando los ojos en las manchas de sangre que embadurnaban el asiento y el tablero, examinando todos los raros fragmentos que se habían materializado saliendo de la nada, luego del choque. Movía las manos dibujando figuras pequeñas en el aire, bosquejando las trayectorias de los impactos internos dentro del coche, los momentos mecánicos de la segunda colisión entre esta

celebridad menor de la televisión y un panel de instrumentos.

Más tarde comprendí que no era la muerte de Seagrave lo que había alterado tanto a Vaughan. En esta colisión, aún vestido con la peluca y la ropa de Elizabeth Taylor, Seagrave se había adelantado a la muerte real que Vaughan se había reservado, de modo que para él la actriz ya estaba muerta luego de ese accidente. A Vaughan sólo le quedaba concertar las formalidades de tiempo y lugar, las intervenciones de la carne de la actriz en una boda con él mismo ya celebrada en el altar sangriento del coche de Seagrave.

Regresamos al Lincoln. Vaughan abrió la portezuela y me miró como si nunca me hubiese visto antes.

—Al hospital de Ashford —me indicó—. Llevarán allí a Seagrave, cuando lo corten y lo saquen en trozos.

—Vaughan... —Busqué un modo de calmarlo. Quería tocarle el muslo, apretarle los nudillos de mi mano izquierda contra la boca—. Tienes que decírselo a Vera.

—¿A quién? —dijo Vaughan, y los ojos se le despejaron un momento—. Vera... ya lo sabe. Extrajo del bolsillo un pañuelo cuadrado de seda, y lo extendió con cuidado sobre el asiento, entre nosotros. En el centro del pañuelo había un triángulo de cuero gris manchado de sangre bermellón, todavía brillante. Vaughan, rozó apenas la sangre con la punta de los dedos, y luego tocó con la lengua la superficie pegajosa. Había recortado un pedazo del asiento delantero del Mercedes, el sitio donde la sangre de las heridas abdominales se había escurrido entre las piernas de la mujer.

Mesmerizado, Vaughan observó el fragmento, acariciando las puntadas que atravesaban el triángulo de vinilo desde el vértice. Yacía entre nosotros como la reliquia de un santuario, un fragmento de mano o de tibia. Este trozo de cuero, para Vaughan tan exquisito y perturbador como una mancha en el pliegue de una mortaja, guardaba todos los especiales poderes curativos de un mártir moderno de las supercarreteras. Estos preciosos centímetros cuadrados se habían apretado contra la vulva de la mujer agonizante, absorbiendo la sangre que manaba del orificio genital lacerado.

Esperé a Vaughan a la entrada del hospital. Vaughan corrió hacia la sala de guardia, sin prestar atención a los gritos de un enfermero. Yo me quedé sentado en el coche, preguntándome si Vaughan habría esperado con la cámara en este mismo sitio cuando mi propio cuerpo ensangrentado había entrado en el hospital. La mujer herida tal vez agonizaba en este momento; la presión arterial disminuía, los fluidos se estancaban en los órganos, y unos espesos deltas arteriales formaban un banco oceánico que bloqueaba los ríos circulatorios. La imaginé echada en una cama metálica de la sala de guardia. La cara ensangrentada y la nariz con el tabique roto eran como la máscara obscena de una noche de brujas, de un rito que la iniciaría en

su propia muerte. Imaginé los gráficos que registraban la temperatura moribunda del recto y la vagina, la declinación progresiva de las funciones nerviosas, el telón que caía por última vez en el cerebro agonizante.

Un inspector de tránsito se acercó al coche por la acera. Obviamente había reconocido el Lincoln. Cuando me vio al volante siguió caminando, pero por un instante me halagó que me tomaran por Vaughan y me asociaran a esas inciertas imágenes de asesinato y violencia que comenzaban a formarse en las mentes de los policías. Pensé en los coches estrellados que habíamos visto hoy, en Seagrave muriendo durante un último viaje de ácido. En el instante de la colisión con este piloto desequilibrado, la artista de televisión había actuado en una función de despedida, abrazándose al parabrisas y los estilizados contornos del panel de instrumentos, a la violenta conjunción de puertas y tabiques retorcidos. Imaginé el choque en cámara lenta, como los simulacros que habíamos visto en el Laboratorio de Accidentes de Tránsito. Imaginé a la mujer embistiendo el tablero, doblando la columna de dirección bajo el tórax de pechos pesados; las manos delgadas, familiares que habíamos visto en cientos de programas de televisión, eludían los bordes afilados de los mandos y el cenicero; la cara ensimismada, idealizada en un centenar de primeros planos, tres cuartos de perfil favorecidos por la densidad de la luz, golpeaba el borde superior del volante; el tabique nasal se le aplastaba, y los incisivos superiores se desplazaban a través de las encías hacia el velo del paladar. La mutilación y la muerte coronaban la imagen de esta mujer en manos de una tecnología de colisiones, una celebración de todos los planos de la cara, de los miembros, los gestos, y los matices de la piel. Todos los espectadores que habían estado en el sitio del accidente se llevarían una misma imagen de esta metamorfosis violenta: el complejo de heridas que fusionaba la sexualidad de esta mujer con la dura tecnología del automóvil. Cada uno de ellos uniría su propia imaginación, las membranas tiernas de las superficies viscosas, las zonas de tejido eréctil, a las heridas de esta estrella menor, recurriendo a la mediación de sus propios coches, acariciando esas heridas mientras conducían en distintas posturas estilizadas. Cada uno de ellos rozaría con los labios esos surcos sanguinolentos, apoyaría la nariz en las lesiones de la mano izquierda de la artista, apretaría los párpados contra el tendón expuesto del índice, apoyaría la superficie dorsal del pene erecto contra las paredes desgarradas de la vagina. El accidente había hecho posible la ansiada y definitiva unión de la estrella y los espectadores.

Este último período con Vaughan no se separa en mi memoria de la excitación que yo sentía pensando en esas muertes imaginarias, la necesidad de estar cerca de él y de someterme a su lógica. Curiosamente, Vaughan siguió deprimido y perturbado, como si no le importara haberme convertido en un discípulo ferviente. Mientras

almorzábamos en alguna cafetería de la autopista, se atiborraba de tabletas de anfetaminas, pero el efecto de estos estimulantes no se notaba hasta más tarde. Vaughan no parecía ya un hombre decidido a todo. En nuestra relación, yo era ahora la parte dominante. Sin necesidad de que Vaughan me lo indicara, yo sintonizaba en la radio las frecuencias de la policía y las ambulancias y conducía el pesado coche por las rutas de acceso persiguiendo un último choque, una pila de vehículos.

Nuestra conducta, cuando estábamos juntos, se estilizó cada vez más, como si fuéramos una habilidosa pareja de cirujanos, juglares o comediantes. Lejos de sentir horror o revulsión frente a las víctimas mutiladas, sentadas inexpresivamente en la hierba junto a los coches, luego de toda una tarde de neblinas, o empaladas contra el tablero de instrumentos, Vaughan y yo las observábamos con un cierto desinterés profesional, en el que aparecían los primeros atisbos de un verdadero compromiso. El espanto y la repulsión que me causaban esas heridas pavorosas se habían transformado en una lúcida aceptación: el único modo de dar nueva vida a estas víctimas heridas y moribundas era traducir las distintas mutilaciones al lenguaje de nuestras fantasías y conductas sexuales. Ese atardecer, después de ver a una mujer con lesiones graves en el rostro, Vaughan se quedó tendido diez minutos con el pene en la boca de una prostituta madura de cabello platinado, hasta casi sofocarla. Le sostuvo la cabeza con brutalidad para impedir que se moviera, hasta que la saliva empezó a salir de la boca de la mujer como de un grifo. Mientras conducía por las calles sombrías al sur del aeropuerto, yo observaba por encima del hombro cómo Vaughan movía a esta mujer sobre el asiento trasero, guiándola con los muslos vigorosos. Era otra vez un hombre furioso y violento. Luego del orgasmo, la mujer se tumbó en el asiento y dejó escurrir el semen en la funda humedecida, debajo de los testículos de Vaughan, jadeando sin aliento mientras le limpiaba el pene y quitaba los restos de vómito. Se puso a ordenar el bolso, que se le había volcado, y la miré y vi el rostro de la mujer accidentada irrigado por el semen de Vaughan. En el asiento, en los muslos de Vaughan, en las manos de esta prostituta madura, el esperma relucía en gotas opalescentes, cambiando de color —de rojo a amarillo y verde— junto con los semáforos, reflejando las luces del aire nocturno mientras corríamos por la autopista, la cruda fosforescencia de los tubos de neón, y la vasta aureola luminosa que pendía sobre el aeropuerto. Bajo ese cielo crepuscular, el esperma de Vaughan parecía bañar todo el paisaje, moviendo esos miles de motores, circuitos eléctricos y destinos personales, irrigando los gestos más ínfimos de nuestras vidas.

Fue esa noche cuando advertí la primera de las heridas voluntarias de Vaughan. En un puesto de gasolina de la Western Avenue dejó que la portezuela del coche le atrapara la mano, con toda deliberación, imitando las heridas del brazo de una joven recepcionista víctima de una colisión lateral en el parque de estacionamiento del hotel. Las cicatrices de las heridas de Vaughan, que se habían cerrado hacía más de

un año, empezaban a abrirse de nuevo. Los goterones de sangre le empapaban la tela ajada de los jeans. Unas motas rojas aparecieron en la curva inferior del tablero y el borde de la radio, manchando el vinilo negro de las puertas. Vaughan me animó a sobrepasar la velocidad permitida en los accesos al aeropuerto. En las intersecciones, donde teníamos que frenar bruscamente, él se dejaba llevar contra el tablero. La sangre se mezclaba con el semen seco de los asientos, manchándome las manos con puntos oscuros, cuando yo volvía el volante. Vaughan estaba más pálido que nunca, y se movía nerviosamente en la cabina del coche como un animal enjaulado. Esta excesiva irritabilidad me recordó mi larga recuperación después de un mal viaje de ácido, unos años antes. Durante meses tuve la impresión de que se había abierto en mí una ventana al infierno, como si las membranas de mi cerebro hubiesen quedado expuestas al aire luego de un espantoso accidente.

Mi último encuentro con Vaughan —la culminación de una prolongada expedición punitiva al interior de mi propio sistema nervioso— ocurrió una semana después en una terraza de la Oceanic Terminal. Retrospectivamente, parece una ironía que este edificio de vidrio, de vuelos y posibilidades, haya sido el punto de bifurcación de nuestras vidas y nuestras muertes. Vaughan se me acercó abriéndose paso entre las sillas y mesas cromadas; una imagen multiplicada en paneles de cristal. Nunca lo había visto más abatido e indeciso. La cara picada de viruelas, los pasos de sonámbulo entre los pasajeros que esperaban el próximo vuelo, le daban el aspecto de un fanático fracasado que se obstina en rumiar una causa perdida.

Cuando me incorporé para saludarlo, se detuvo a mi lado en el bar, como si apenas me reconociese y yo fuera una presencia borrosa. Las manos se le agitaban sobre la barra, buscando un tablero de instrumentos, y la luz le rebotaba en la sangre fresca de los nudillos. Durante seis días yo había esperado impacientemente en mi casa y mi oficina, observando las carreteras desde las ventanas, precipitándome hacia el ascensor cada vez que creía haber visto pasar el coche de Vaughan. Leía las columnas de chismes de los diarios y revistas cinematográficas, tratando de adivinar a quién estaba persiguiendo Vaughan, qué estrella de cine o qué celebridad política, mientras ensamblaba los fragmentos de un accidente imaginario. Todas las experiencias de las semanas que habíamos compartido me habían dejado en un estado de violencia creciente, que sólo Vaughan podía resolver. En mis fantasías, mientras hacía el amor con Catherine, me veía sodomizando a Vaughan, como si sólo este acto pudiera descifrar los códigos de una tecnología desviada.

Ordené un trago para Vaughan, quien miraba por encima de las pistas un aparato que se elevaba en el aire sobre el perímetro occidental del aeropuerto. Me había telefonado esa mañana para sugerirme, con una voz que reconocí apenas, que nos encontráramos en este lugar. Cuando volví a verlo, mirándole los contornos de las nalgas y los muslos en aquellos pantalones gastados, las cicatrices de la boca y la mandíbula, sentí una excitación erótica y exasperada.

—Vaughan... —Traté de ponerle el cóctel en las manos. Él asintió dócilmente—. Trata de beberlo. ¿Quieres desayunar?

Vaughan no tocó el cóctel. Me miró entornando los ojos, como un tirador que calcula la distancia de un blanco. Tomó con las dos manos una jarra de agua, y cuando llenó un vaso sucio del mostrador y bebió ávidamente, comprendí que estaba entrando en las fases iniciales de un ácido. Se apretaba y flexionaba las palmas, enjugándose las cicatrices de los labios con la punta de los dedos. Esperé mientras él

subía por estos primeros peldaños de excitación y alarma, mirando alrededor la sala de cristal, recogiendo en el aire las primeras motas de luz y movimiento fundidos.

Caminamos hacia el coche, estacionado junto al autobús de una línea aérea. Vaughan me precedía, avanzando como un sonámbulo meticuloso. Miró distintos retazos del cielo, advirtiéndome —algo que yo, por mi parte, recordaba demasiado bien— el primero de esos premonitorios cambios de luz que en un segundo transforman un brillante mediodía de verano en una plomiza tarde invernal. Echado en el asiento del Lincoln, Vaughan acomodó los hombros en el tapizado, como si quisiera abrirse las heridas. Mientras yo movía la llave, me observó con una leve sonrisa, burlándose de la obstinación con que yo lo había perseguido, aunque entendiendo ahora que él había fracasado, y aceptando mi autoridad.

Cuando el motor arrancó, Vaughan me apoyó la palma vendada en el muslo. Asombrado, pensé al principio que Vaughan trataba de animarme. Alzó la mano hasta mi boca y vi el cubo de papel plateado que tenía entre los dedos. Lo desenvolví y me puse el terrón de azúcar en la lengua.

Luego de atravesar el túnel de salida del aeropuerto, cruzamos la Western Avenue y subimos por la rampa hacia el cruce. Durante veinte minutos conduje a lo largo de la carretera de Northolt, manteniéndome en el carril central y dejando que el tránsito más rápido se adelantara a nosotros. Vaughan estaba tendido en el asiento, la mejilla derecha contra el tapizado frío, los brazos sueltos a los costados. De vez en cuando contraía las manos, con una simultánea e involuntaria flexión de los brazos y las piernas. Yo ya sentía los primeros efectos del ácido. Tenía las palmas de las manos frías y blandas; pronto me crecerían allí unas alas que me elevarían al aire turbulento. Un nimbo helado estaba formándose alrededor de mi cabeza, como las nubes que se acumulan en los andamiajes de las naves del espacio. Yo había tenido un viaje de ácido dos años antes, una pesadilla paranoide en la que un caballo de Troya se me había metido en la mente. Catherine, que había tratado en vano de calmarme, me pareció un ave predatoria y hostil. Los sesos se me derramaban en la almohada a través del boquete que ella me había abierto en el cráneo a picotazos. Recordé que había llorado como un niño, aferrado al brazo de Catherine, suplicándole que no me dejara, mientras el cuerpo se me encogía en una membrana desnuda.

Con Vaughan, en cambio, me sentía tranquilo y confiado, como si él me guiara deliberadamente por esta carretera que había creado sólo para mí. La presencia de los otros coches se debía a una extraordinaria cortesía de Vaughan. Al mismo tiempo, estaba seguro de que todo cuanto me rodeaba, la acelerada presencia del LSD en el interior de mi cuerpo, era parte de algún proyecto irónico de Vaughan, como si la excitación que me invadía la mente titubeara entre la hostilidad y el afecto, emociones que se habían vuelto intercambiables.

Tomamos el carril que se internaba velozmente en el oeste, a través del circuito

periférico. Cuando llegamos al tronco central del empalme, viré hacia el carril de circulación lenta, acelerando al llegar a la calzada de la autopista. Todas las perspectivas habían cambiado. Los muros de cemento de la ruta de acceso retrocedían a los costados como riscos luminosos. Las líneas divisorias se hundían y torcían en un laberinto de serpientes blancas, que se contorsionaban llevando las ruedas de los coches en los lomos, contentas como delfines. Los letreros y señales volaban sobre nosotros como bombarderos generosos. Apreté las manos contra el borde del volante, impulsando el coche a través del aire dorado. Dos autobuses y un camión nos dieron alcance, y las ruedas parecían inmóviles, como si estos vehículos fueran parte de un decorado escenográfico suspendido del cielo. Al mirar en derredor, tuve la impresión de que todos los coches de la carretera permanecían estacionarios, y que la rotación de la tierra debajo de ellos creaba esa ilusión de movimiento. Los huesos de mis antebrazos se acoplaron con firmeza a la columna de dirección y sentí que los temblores más pequeños de las ruedas se multiplicaban cien veces, y los trozos de ripio o cemento que pisábamos eran como pequeños asteroides. El ronroneo del árbol de transmisión me estremecía las piernas y la columna vertebral, estallando en las paredes de mi cráneo. Parecía como si yo mismo estuviera en el árbol de transmisión, como si mis manos movieran el cigüeñal y mis piernas rotaran impulsando el vehículo.

La luz del día fue más brillante sobre la carretera, un intenso aire desierto. El cemento blanco se transformó en un hueso curvo. Unas ondas de ansiedad envolvían el coche, como las vaharadas de calor sobre el macadán en verano. Mirándolo a Vaughan, traté de dominar este espasmo nervioso. Los coches nos pasaban recalentados ahora por la luz del sol, y yo podía asegurar que esos cuerpos metálicos estaban a menos de un grado del punto de fusión, y que sólo la fuerza de mi mirada impedía que se deshicieran. En cuanto yo me distrajera para mirar el volante las películas metálicas estallarían, proyectando bloques de acero fundido delante de nosotros. En cambio, los coches que venían por la mano contraria transportaban enormes cargamentos de luz fría, eran flotas que llevaban flores eléctricas a un festival. A medida que la velocidad de estos vehículos parecía aumentar, me sentí elevado hacia el carril rápido, y los coches avanzaron en línea recta hacia nosotros como enormes carruseles de luz acelerada. Las rejillas de los radiadores eran emblemas misteriosos, alfabetos que desfilaban como bólidos por la carretera.

Extenuado por el esfuerzo de concentrarme en el tránsito y mantener a los coches de alrededor en sus respectivos carriles, aparté las manos del volante y dejé que el Lincoln se adelantara solo. Con una elegante y prolongada curva, el coche cruzó el carril de circulación rápida. Los neumáticos rugieron contra el borde de cemento y una tormenta de polvo azotó el parabrisas. Caí hacia atrás, exhausto. Frente a mí vi la mano de Vaughan en el volante. Estaba tendido sobre mí y apoyaba una rodilla contra

el tablero, guiando el coche a pocos centímetros del terraplén central. Un camión venía hacia nosotros por el carril adyacente. Vaughan apartó la mano del volante y me lo señaló, como incitándome a que cruzara el terraplén central y lanzara el Lincoln contra el camión.

Distraído por el contacto físico de Vaughan, volví a empuñar el volante y llevé el coche por la calzada rápida. El cuerpo de Vaughan era una colección de planos flojamente ensamblados, y las distintas partes de la personalidad y la musculatura flotaban ante mí a unos pocos milímetros unas de otras en una zona ingravida, como el contenido de una cápsula del espacio. Observé los coches que se acercaban a nosotros, incapaz de recibir más que una fracción de los miles de mensajes que las ruedas y los faros delanteros, los parabrisas y los radiadores, lanzaban hacia mí.

Recordé mi regreso a casa desde el hospital, después del accidente. El brillo del tránsito, las perspectivas nerviosas de los pilares de hormigón y las calzadas de la Western Avenue, habían anticipado esta visión de ácido, como si mis heridas hubiesen florecido en criaturas paradisíacas, celebrando la unidad de mi choque y este Elíseo de metal. Cuando Vaughan me urgió de nuevo a echar el coche contra los vehículos que venían de frente, casi le hice caso. No intenté responder a la presión irritante de la mano de Vaughan. Un autobús aceleró hacia nosotros. La carrocería de plata se reflejó en los seis carriles de la autopista, precipitándose hacia el Lincoln como un arcángel fulmíneo.

Mi mano aferró la muñeca de Vaughan. El vello oscuro del pálido antebrazo, el tejido cicatrizal de los nudillos, parecían ahora bañados en una cruda belleza. Apartando los ojos del camino, apreté la mano de Vaughan y traté de cerrar los ojos a la fuente de luz que se derramaba a través del parabrisas, proyectada por los vehículos que se acercaban.

Una cohorte de criaturas angélicas, envuelta cada una en una inmensa aureola de luz, descendió en la carretera a ambos lados de nosotros, apartándose en direcciones opuestas. Pasaron de largo suspendidas a pocos metros del suelo, posándose luego en las autopistas interminables que cubrían el paisaje. Comprendí que sin saberlo nosotros mismos habíamos construido todos estos caminos y carreteras, para esta recepción.

Echándose sobre mí, Vaughan guió el coche por los espacios libres. Cuando cambiábamos de carril, bocinas y neumáticos gritaban alrededor de nosotros. Vaughan dominaba el volante, como un padre que guía a un hijo fatigado. Yo lo tenía pasivamente en las manos, siguiendo el curso del coche, que descendía por un camino lateral.

Nos detuvimos al pie de un paso elevado, y el guardabarros delantero del Lincoln raspó el parapeto de cemento que separaba la carretera de un cementerio de automóviles. Escuché cómo se debilitaba la música del motor, antes de apagarlo, y

me tumbé en el asiento. Por el espejo retrovisor veía los coches que subían por la rampa de acceso a la carretera, ávidos recién llegados a este carnaval aéreo. Corrían por las pistas que se alzaban sobre nosotros para unirse a los aviones que Vaughan había observado durante tantos meses. Mientras miraba las calzadas distantes del circuito periférico, pude ver que estas criaturas metalizadas se libraban del encierro de los embotellamientos elevándose en todas partes a la luz del sol.

La cabina del coche resplandecía como el taller de un mago, y cuando yo movía los ojos, la luz parecía cada vez más oscura y brillante. Las esferas del tablero me irradiaban la piel con agujas y números luminosos. El caparazón del tablero, los planos inclinados del panel, los marcos metálicos de la radio y los ceniceros, brillaban alrededor como las piezas de un retablo, y estas geometrías me buscaban el cuerpo para ceñirlo en el abrazo estilizado de una máquina hiper-cerebral.

En el cementerio de coches las carrocerías abandonadas yacían a la luz cambiante como una muralla de escudos, y los contornos se movían como si un viento de tiempo soplara sobre ellas. Tiras de cromo oxidado flameaban en el aire candente, capas intactas de barniz se desangraban en la corona de luz que cubría el terreno. Las espuelas de metal deforme, los triángulos de vidrio fracturado, eran signos que durante años habían estado allí entre las malezas sin que nadie los hubiera leído, cifras que Vaughan y yo traducíamos mientras nos abrazábamos en el centro de la tormenta eléctrica que soplaba en nuestras retinas.

Acaricié el hombro de Vaughan y recordé con cuánto terror me había aferrado a mi mujer. Pero Vaughan, pese a su rudeza, era un compañero benévolo; el ojo de esta iluminación del paisaje. Tomándole la mano, le apreté la palma contra el medallón de la bocina, un emblema de aluminio que siempre me había irritado. Rocé la marca impresa en la piel blanca, recordando el corte en forma de tritón que desgarraba la palma del cadáver de Remington tendido en mi capó, recordando los surcos rosados que la ropa interior dejaba en la piel de Catherine —bosquejos de heridas imaginarias— mientras se vestía en el cubículo de la tienda, recordando los excitantes pliegues y hendiduras del cuerpo tullido de Gabrielle. Pasé la mano de Vaughan por las esferas brillantes del tablero de instrumentos, apretándole los dedos contra el mando de la luz de guiño y la palanca de cambios.

Por último, dejé que me pusiera la mano sobre el pene, tranquilizado por esta firme presión en mis testículos. Me volví hacia Vaughan y flotamos juntos en el amnios tibio del aire iluminado, estimulados por la estilizada morfología del interior del coche, por los centenares de góndolas radiantes que surcaban la autopista sobre nosotros. Lo abracé, y me pareció que el cuerpo de Vaughan se deslizaba hacia arriba y abajo entre mis brazos, y que los músculos de la espalda y las nalgas se le endurecían y ensombrecían mientras yo tocaba los planos cambiantes. Le sostuve la cara entre las manos, palpando la tersura de porcelana de las mejillas, y le pasé los

dedos por las cicatrices de los labios y la cara. La piel de Vaughan parecía recubrirse de escamas de oro metálico, y las gotas de sudor de los brazos y el cuello me quemaban los ojos. Titubeé al verme abrazado a esta criatura dorada y abominable, embellecida por cicatrices y heridas. Moví la boca sobre las cicatrices de los labios, buscando con la lengua las huellas de tableros y parabrisas desaparecidos. Vaughan se aflojó la chaqueta de cuero y expuso las heridas reabiertas que le marcaban el pecho y el abdomen, como un travesti trastornado que muestra las cicatrices húmedas de una fracasada operación de cirugía transexual. Bajé la cabeza hasta su pecho, apoyando la mejilla contra los perfiles purpúreos de un volante destrozado, los puntos de fractura de un tablero de instrumentos. Le besé la clavícula izquierda y el pecho y sentí entre los labios la aureola seccionada. Mi boca bajó por el vientre hasta las ingles, manchadas de sangre y esperma; un débil olor a excremento de mujer se le había adherido al glande. Un zodiaco de recordadas colisiones le adornaba el bajo vientre, y exploré estas cicatrices con los labios, una por una, gustando la sangre y la orina. Toqué con los dedos la cicatriz del pene, y luego sentí el glande en mi boca. Le aflojé los pantalones, manchados de sangre, y le desnudé las nalgas de adolescente, tersas como las de un niño. Mis brazos y piernas se sacudieron y flexionaron en una serie de espasmos crispados. Me agaché detrás de Vaughan, apretándolo contra mis muslos. El caparazón prominente del tablero dominaba la oscura hendidura entre las nalgas. Las aparté con la mano derecha, y busqué el orificio caliente del ano. Durante varios minutos, mientras las paredes de la cabina resplandecían y cambiaban como si quisieran imitar la geometría deforme de las carrocerías del cementerio de coches, puse el pene en la entrada del recto. El ano se abrió alrededor del glande, ciñéndolo duramente con el esfínter. Los vehículos arrastrados por la luz a lo largo de la carretera, mientras yo iba y venía en el recto de Vaughan, me sacaron el semen afuera. Luego del orgasmo me incorporé con lentitud, manteniendo apartadas las nalgas de Vaughan para no lastimarle el recto. En esa posición, miré cómo mi semen goteaba a lo largo de las estrías del tapizado vinílico.

La luz que se movía en todas partes cruzando el paisaje bañaba nuestros cuerpos sentados. Pasé el brazo alrededor de Vaughan mientras él dormía, y miré cómo la fuente luminosa de los radiadores de los coches en el cementerio se apagaba poco a poco. Una calma profunda me invadió el cuerpo y que era en parte mi amor por Vaughan, y en parte la ternura que yo sentía por este recinto metálico en que estábamos sentados. Cuando Vaughan despertó, agotado y aún somnoliento, apoyó contra mí el cuerpo desnudo. Tenía el rostro pálido, y me miraba explorando los contornos de mis brazos y mi pecho. Nos mostrábamos nuestras heridas, exponiendo las cicatrices de nuestros pechos y manos a las trampas acogedoras del interior del coche, a los cromos puntiagudos de los ceniceros, a las luces de una intersección distante. En nuestras heridas, celebrábamos el renacimiento de las víctimas del

tránsito, las muertes y heridas de los que habíamos visto agonizar a un lado del camino, y las lesiones y posturas imaginarias de los millones que todavía no habían muerto.

Las moscas se apretujaban sobre el parabrisas sucio de aceite, zumbando contra el vidrio. Las cadenas de estos cuerpos eran como un velo azul que me separaba del tránsito de la carretera. Puse en marcha los limpiaparabrisas, pero las palas de goma se movieron sobre las moscas sin perturbarlas. Vaughan yacía en el asiento con los pantalones a la altura de las rodillas. Las moscas se le juntaban en montones en el pecho manchado de sangre y en el vientre lívido, como un delantal de vello que se extendía desde los testículos flácidos hasta las cicatrices del diafragma. Cubrieron el rostro de Vaughan, revoloteando alrededor de la boca y las fosas nasales como si esperaran la aparición de los licores rancios destilados por un cadáver. Los ojos de Vaughan, abiertos y vivaces, me observaban con calma. Traté de alejarle las moscas de la cara, pensando que podían irritarlo, y vi entonces que los insectos me cubrían las manos y los brazos, y estaban en todo el coche.

La horda retinal bullía sobre el volante y el tablero. Ignorando la mano alzada de Vaughan, abrí la portezuela. Vaughan trató de detenerme. Tenía la cara exhausta contraída en un gesto admonitorio, un rictus de alarma y preocupación, como asustado de lo que yo pudiera encontrar fuera del coche. Salí al camino, ahuyentando mecánicamente de mis manos y mis brazos estas motas de irritación óptica. Me encontraba ahora en un mundo abandonado. Los guijarros de la carretera se clavaban en las suelas de mis zapatos, tirados allí como después del paso de un huracán. Los muros de hormigón del camino elevado parecían resecos y grises como la entrada a una catacumba. Los coches que circulaban desordenadamente por la carretera habían descargado la luz, y ahora se alejaban traqueteando como los cobres abollados de una orquesta fugitiva.

Pero cuando me volví, la luz del sol se alzaba en los pilares como un cubo de luz intensa, casi como si los muros fueran ahora incandescentes. Pensé que la rampa blanquecina era parte del cuerpo de Vaughan, y yo una de las moscas que lo hostigaban. Tuve miedo de quemarme en esta rutilante superficie, y me llevé las manos al cráneo, sosteniéndome el blando tejido cerebral.

Bruscamente, la luz se apagó. El coche de Vaughan se hundió en la oscuridad debajo del puente. El mundo era otra vez opaco. Las reservas de aire y luz se habían agotado. Eché a andar por el camino, alejándome del coche, y advertí que Vaughan extendía hacia mí un brazo débil. Caminé a lo largo del parapeto, hasta la entrada poblada de maleza del cementerio de automóviles. Arriba, los coches de la carretera se movían como ruinas motorizadas, de colores gastados y descascarados. Los conductores se sentaban rígidos al volante, y subían a los autobuses de las aerolíneas,

repletos de maniquíes vestidos con ropas disparatadas.

En una acera, debajo del paso elevado, había un coche al que habían quitado el motor y las ruedas. Abrí la portezuela de goznes herrumbrados. Unos confeti de vidrio cubrían el asiento delantero. Me senté allí durante una hora, esperando a que el ácido completara el circuito de mi sistema nervioso. Reclinado sobre el tablero manchado de barro de esta ruina hueca, apreté las rodillas contra el torso, flexionando los músculos de las pantorrillas y los brazos, tratando de expulsar de mi cuerpo las últimas gotas microscópicas de esa sustancia irritante y demente.

Los insectos habían desaparecido. Los cambios de luz se hicieron menos frecuentes y el aire sobre la carretera se estabilizó. Los últimos rocíos de oro y plata se hundieron entre los coches abandonados en el cementerio. Los distantes pilares de la carretera parecían otra vez formas borrosas. Inquieto y agotado, empujé la portezuela y salí del coche. Los nodos de vidrio brillaban en el suelo como monedas falsas.

Un motor arrancó con un rugido. Puse el pie en la carretera, y advertí brevemente que un pesado vehículo negro corría hacia mí saliendo de la sombra del camino elevado donde Vaughan y yo habíamos estado juntos. Los neumáticos de borde blanco se abrieron paso entre las botellas rotas y los paquetes de cigarrillos de la alcantarilla, treparon a la acera y se precipitaron hacia mí. Dándome cuenta al fin de que Vaughan no se detendría, me aplasté contra la pared de cemento. El Lincoln cambió de rumbo buscándome; el guardabarros derecho golpeó la parte trasera del coche donde yo estuviera sentado, y pasó de largo, arrancando la portezuela abierta. Una columna de polvo turbulento y de periódicos desgarrados se levantó en el aire mientras el Lincoln patinaba de costado en el camino de acceso. Las manos ensangrentadas de Vaughan movían frenéticamente el volante. El Lincoln salió otra vez del camino en el extremo opuesto, y derribó diez metros de la empalizada. Las ruedas traseras mordieron de nuevo la superficie del camino y el coche subió tambaleándose hacia la carretera.

Caminé hacia el coche abandonado y me apoyé en el techo. La portezuela había golpeado el guardabarros de adelante, y los metales deformados se habían soldado con el choque. Pensando en el tejido cicatrizal de Vaughan, unido a la piel por las mismas costuras arbitrarias, contornos de una violencia súbita, vomité un líquido viscoso y ácido. En el momento en que el Lincoln echaba abajo la empalizada, Vaughan se había vuelto, estudiando con una mirada dura la posibilidad de un segundo ataque. Pedazos de papel se arremolinaban aún en el aire a mi alrededor, adhiriéndose a distintos puntos de las puertas y el capó aplastado.

Aviones de cristal se elevaban en el cielo por encima del aeropuerto. Yo observaba a través del aire quebradizo el tránsito que se movía en la autopista. El recuerdo de los hermosos vehículos que habían planeado sobre las calzadas de cemento transformaba estas congestiones de tránsito antes opresivas en una columna inagotable y rutilante que esperaba pacientemente poder tomar una ruta invisible que subiera al cielo. Yo observaba desde mi balcón el paisaje a mis pies y buscaba esta entrada al paraíso, una rampa de más de un kilómetro de ancho apoyada en los hombros de dos figuras arcangélicas, un camino por donde podría fluir todo el tránsito del mundo.

En estos días extraños, mientras me recobraba de mi viaje de ácido y de mi casi muerte, me quedé en casa con Catherine. Allí sentado, aferrado a los brazos del sillón, escrutaba la llanura metalizada en busca de una señal de Vaughan. El tránsito avanzaba perezosamente por las autopistas atestadas, y los techos de los vehículos formaban un ininterrumpido caparazón de celulosa bruñida. Los efectos residuales del LSD me habían dejado en una calma casi perturbadora. Me sentía separado de mi propio cuerpo, como si mis músculos estuvieran suspendidos a unos pocos milímetros por encima de mi osamenta, unidos sólo por algunos puntos de dolor que yo había despertado flexionando los brazos y las piernas durante el viaje de ácido. En los días que siguieron, segmentos de esa experiencia me volvieron intactos a la memoria, y vi los coches de la carretera en armadura de gala, volando sobre las pistas con alas de fuego. Los peatones llevaban todos trajes de luces, como si yo fuera un visitante solitario en una ciudad de matadores. Catherine se movía a mis espaldas como una ninfa eléctrica, una devota y sosegada criatura que custodiaba mis gestos crispados.

En momentos menos felices, reaparecían los pesados delirios y las perspectivas nauseabundas de los pilares grises, el húmedo hipogeo en cuya boca yo había visto miles de moscas que se arracimaban en el tablero del coche y en las nalgas de Vaughan, mientras él yacía de espaldas mirándome, con los pantalones alrededor de las rodillas. Aterrorizado por estas breves recurrencias, yo tomaba las manos de Catherine que me apretaba los hombros, tratando de convencerme de que aún estaba sentado con ella, junto a la ventana cerrada de mi casa. A menudo le preguntaba en qué época del año nos encontrábamos. Los cambios de luz en mi retina desplazaban las estaciones sin previo aviso.

Una mañana, cuando Catherine me dejó solo para tomar una última lección de vuelo, vi su aeroplano sobre la autopista, una libélula de cristal impulsada por el sol.

Parecía flotar inmóvil sobre mi cabeza, y la hélice rotaba lentamente, como la de un avión de juguete. Las alas derramaban una fuente inagotable de luz.

Abajo, los coches que surcaban la carretera trazaban en la planicie todas las posibles trayectorias del vuelo de Catherine, bosquejando la heliografía de nuestra inminente entrada en el paraíso, los tránsitos de una tecnología alada. Pensé en Vaughan, mirándome con una mezcla de ironía y afecto, cubierto de moscas como un cadáver resucitado. Supe que Vaughan en realidad nunca podía morir en un accidente, pues de algún modo renacería de las rejas retorcidas del radiador y la cascada de vidrio del parabrisas. Pensé en la piel blanca y marcada del abdomen, el vello espeso que empezaba en la curva superior del muslo, el ombligo prominente y el olor desagradable de las axilas, la brutalidad con que trataba a las mujeres y los automóviles, y en la ternura que me había mostrado. Ya cuando le puse el pene en el recto, Vaughan supo que trataría de matarme, en una última exhibición de amor ocasional.

El coche de Catherine estaba en la calzada, debajo de la ventana del dormitorio. La pintura del flanco derecho llevaba la marca de una colisión menor.

—¿Tu auto? —pregunté, tomándole los hombros—. ¿Estás bien? Ella se apretó contra mí, como memorizando la imagen de esta colisión en el contacto de nuestros cuerpos. Se quitó la chaqueta de vuelo. Ahora los dos habíamos hecho el amor con Vaughan, cada uno por su parte.

—No iba conducido... Había dejado el coche en el parque del aeropuerto. —Extendió los brazos y me tomó por los codos—. ¿Habrá sido a propósito?

—¿Uno de tus pretendientes?

—Uno de mis pretendientes. Esta agresión sin sentido tenía que haberla asustado, pero Catherine me observó con serenidad mientras yo examinaba el coche. Toqué las marcas en la portezuela y el flanco izquierdos, y exploré con la mano el surco profundo que atravesaba todo el coche, desde la cola hundida hasta el faro delantero. La huella del paragolpes pesado del otro coche estaba nítidamente impresa en el guardabarros trasero, el sello inconfundible del Lincoln de Vaughan. Acaricié la estría curva, tan nítida como la hendidura que separaba las duras nalgas de Vaughan, tan perfecta como el anillo apretado del esfínter, que yo aún sentía en el pene durante mis erecciones.

¿Acaso Vaughan había seguido deliberadamente a Catherine, chocando el coche estacionado, como si quisiera empezar a cortejarla? Miré la tez pálida y el cuerpo firme de mi mujer, y recordé cómo el coche de Vaughan me había rozado entre los pilares de hormigón. Yo podía haber muerto en ácido, como Seagrave.

Abrí la portezuela, indicándole a Catherine que se sentara.

—Déjame conducir. Hay buena visibilidad.

—Tus manos. ¿Ya estás bien?

—Catherine... —Le tomé el brazo—. Necesito volver a conducir antes que todo termine. Mi mujer tenía los brazos desnudos cruzados sobre los pechos, y examinaba el interior del coche como si buscara las moscas que yo le había descrito.

Tuve ganas de que Vaughan la viera.

Puse en marcha el motor y me alejé. Mientras aceleraba, las perspectivas de la calle se movieron alrededor, alejándose de mí como si se reordenaran ellas mismas. Cerca del supermercado, una mujer joven de abrigo de plástico brilló con un resplandor cereza al cruzar la calle. El movimiento y la geometría del coche no eran los mismos, como si lo hubieran purgado de toda connotación familiar y sentimental. El paisaje de la calle, los escaparates de las tiendas y los peatones parecían iluminados por la marcha del coche, que regulaba de algún modo la intensidad de las señales de luz que ellos emitían. Cuando la luz roja nos detuvo, miré a Catherine, sentada con una mano en la ventanilla. Los colores de la cara y los brazos le brillaban claros y nítidos, como si cada corpúsculo sanguíneo y cada granulo de pigmento, y los cartílagos del rostro, fueran reales por primera vez, unidos entre sí por el movimiento del coche. Las mejillas de Catherine, los letreros que nos guiaban hacia el supermercado, eran precisos y definidos, como si un inmenso diluvio amainara al fin, aislando todas las cosas por primera vez, como los accidentes de un paisaje lunar, una naturaleza muerta creada por una cuadrilla de demolición.

Fuimos hacia el sur por la autopista.

—El tránsito... ¿adonde se ha ido? —Advertí que los tres carriles estaban casi desiertos—. Desaparecieron todos.

—James... por favor, volvamos a casa.

—Todavía no... esto es sólo el principio...

Pensé en esta imagen de una ciudad desierta, una tecnología abandonada a sí misma, mientras descendíamos por la ruta de acceso en la que Vaughan había intentado matarme pocos días atrás. Más allá de la empalizada rota, en el terreno baldío, el grupo de coches destartados yacía bajo la luz incolora. Corriendo a lo largo del golpeado borde de cemento, me interné en la caverna oscura del paso elevado, donde Vaughan y yo nos habíamos abrazado entre los pilares mientras escuchábamos el estruendo del tránsito sobre nuestras cabezas. Catherine alzó los ojos hacia las bóvedas del paso elevado, que se sucedían como desiertos corrales submarinos. Detuve el coche y me volví hacia ella. Irreflexivamente, adopté la postura en la que había sodomizado a Vaughan. Me miré los muslos y el abdomen y recordé las nalgas de Vaughan apretadas contra mis caderas, la textura fibrosa del esfínter. Por alguna paradoja este acto sexual entre nosotros había estado despojado de toda sexualidad.

Esa tarde recorrimos las autopistas. Las interminables redes de caminos

guardaban las fórmulas de una infinidad de éxtasis sexuales. Miré los coches que descendían del paso elevado. Cada uno de ellos llevaba un fragmento de sol en el techo.

—¿Estás buscando a Vaughan? —preguntó Catherine.

—Por así decirlo.

—Ya no le temes.

—¿Y tú?

—Se va a matar.

—Eso lo sé desde que murió Seagrave.

La observé mientras ella miraba el tránsito que bajaba desde el paso elevado hacia nosotros y aguardábamos en un camino lateral debajo de la Western Avenue. Yo quería que Vaughan viera a Catherine. Pensaba en las abolladuras en el flanco del coche de Catherine y quería mostrárselas a Vaughan para que la atacara de nuevo.

Cerca de una intersección, en un puesto de gasolina, vimos a Vera Seagrave hablando con una joven de la estación. Vera se había enfundado el cuerpo, de caderas y pechos robustos, en una pesada chaqueta de cuero, como si estuviera a punto de emprender una expedición antártica.

Al principio ella no me reconoció. Los ojos firmes me atravesaron deteniéndose en la elegante silueta de Catherine, como si no aprobara esas piernas cruzadas en la cabina abierta del coche sport lacerado.

—¿Te vas? —Señalé las maletas en el asiento trasero del coche de Vera—. Estoy tratando de encontrar a Vaughan.

Vera terminó de interrogar a la muchacha, completando algún arreglo para el alojamiento de su hijo pequeño. Sin dejar de mirar a Catherine, apoyó un pie en el coche.

—Está siguiendo a la actriz. La policía anda tras él. Un soldado norteamericano murió en el paso elevado de Northolt.

Puse la mano en el parabrisas, pero ella conectó los limpiaparabrisas, que casi me seccionaron la muñeca.

—Yo estaba con él en el coche —dijo como única explicación.

Antes que yo pudiera detenerla, ella ya iba hacia la salida y se perdía en el tránsito rápido del atardecer.

Catherine me telefoneó a la mañana siguiente desde la oficina para decirme que Vaughan la había seguido hasta el aeropuerto. Mientras ella me hablaba con voz serena yo llevé el teléfono a la ventana. Mirando los coches que aceleraban por la carretera, advertí que el pene se me endurecía. En alguna parte, entre esos miles de vehículos, Vaughan aguardaba en una intersección.

—Tal vez me esté buscando —le dije.

—Lo vi dos veces. Esta mañana estaba esperándome a la entrada del parque. —
¿Qué le dijiste?

—Nada. Llamaré a la policía.

—No. No lo hagas.

Mientras le hablaba, me sorprendí deslizándome en una ensoñación erótica familiar, como cuando interrogaba a Catherine acerca del instructor de vuelo con quien había almorzado, sonsacándole los detalles de algún breve amorío, algún fugaz encuentro sexual. Imaginé a Vaughan esperándola en silenciosas intersecciones, siguiéndola por puestos de gasolina y desvíos de tránsito, cada vez más cerca de una intensa conjunción erótica. Durante este rito nupcial exquisitamente prolongado, el tránsito de sus cuerpos iluminaba las calles descoloridas.

Incapaz de seguir encerrado en casa, fui con el coche al aeropuerto. En la terraza del garaje frente a las oficinas de Catherine, esperé la aparición de Vaughan.

Tal como suponía, Vaughan aguardaba a mi mujer en el empalme del paso elevado y la Western Avenue. No intentó ocultarse de nosotros, y lanzó bruscamente el pesado vehículo a la corriente de tránsito. Vaughan, que no parecía interesado ni en Catherine ni en mí, se apoyaba en el marco de la puerta, y parecía casi dormido sobre el volante cuando cambiaban las luces. Tenía la mano izquierda en el borde del volante, como si descifrara en las rápidas trepidaciones el braille de la autopista, y llevaba el Lincoln a un lado y a otro de la superficie de cemento siguiendo los contornos de esas ondas que se le movían en la cabeza. La cara angulosa de Vaughan era una máscara rígida, y las cicatrices de las mejillas se le cerraban alrededor de la boca. Pasó varias veces de un carril a otro y entró en el carril rápido hasta adelantarse al coche de Catherine, y luego fue retrasándose, permitiendo que otros coches se interpusieran entre ellos, y por último tomó el carril lento en posición expectante. Imitaba ahora el modo de conducir de Catherine, los hombros derechos y la barbilla erguida, el uso continuo del pedal del freno. Las luces traseras de ambos se movían armonizadas en la autopista, como el diálogo de un viejo matrimonio.

Corrí detrás de ellos, guiñando los faros a cualquier coche que se me pusiera delante. Llegamos a la rampa del paso elevado. Mientras Catherine subía lentamente, a la zaga de varios camiones cisterna, Vaughan aceleró y dobló a la izquierda en el empalme. Me precipité detrás de él, zigzagueando entre las rotondas e intersecciones del elevado. Pasamos unas luces rojas, y el tránsito del aeropuerto se nos vino encima. En alguna parte, sobre nuestras cabezas, Catherine se movía por la calzada descubierta del camino elevado.

Vaughan se abrió paso a través del tránsito de la tarde, frenando a último momento, girando en las rotondas sobre dos ruedas. A cien metros detrás de él, me precipité en la recta que llevaba a la rampa de descenso. Vaughan se detuvo en el empalme y esperó a que pasaran atronando los camiones cisterna. En cuanto apareció

el coche de Catherine, Vaughan se lanzó hacia adelante.

Doblé detrás de él, esperando a que embistiera a Catherine. El Lincoln atravesó las líneas blancas y corrió directamente hacia ella. Pero a último momento Vaughan desvió el coche internándose en la corriente de tránsito, y desapareció en la rotonda que comunicaba con el circuito norte. Observándolo mientras yo trataba de alcanzar a Catherine, tuve una última visión del guardabarros delantero desvencijado, unos faros rotos que le hacían señas al conductor mal entrazado de un camión.

Media hora más tarde, ya en la cochera, pasé las manos por las marcas que el Lincoln había dejado en el flanco del coche sport de Catherine, indicaciones escénicas en el ensayo de una muerte.

Estos ensayos de una unión entre Vaughan y Catherine continuaron durante unos días. Vera Seagrave telefoneó dos veces para preguntarme si había visto a Vaughan, pero le repetí que yo no había salido. Me dijo que la policía se había llevado las fotografías y el equipo de Vaughan del cuarto oscuro de la casa de ella. Asombrosamente, no parecían capaces de capturarlo.

Catherine nunca hablaba de la persecución de Vaughan. Manteníamos ahora entre nosotros una calma irónica, el mismo afecto estilizado que nos mostrábamos en las fiestas cuando ella o yo nos embarcábamos abiertamente en una nueva aventura. ¿Comprendía Catherine las verdaderas intenciones de Vaughan? En ese momento ni siquiera yo me daba cuenta de que mi mujer era apenas un descanso en el complicado ensayo de otra muerte mucho más importante.

Día a día Vaughan seguía a Catherine por las carreteras y circuitos periféricos del aeropuerto, esperándola a menudo en las sombras del callejón, junto a la salida del garaje, o apareciendo como un espectro en un carril rápido del empalme; el Lincoln destartado corría ladeándose sobre los amortiguadores. Yo observaba cómo acechaba a Catherine en distintos cruces, mientras él pasaba revista a las posibilidades de diversos tipos de accidentes: choques frontales, choques laterales, choques por detrás, vuelcos. Durante este tiempo yo me sentía cada vez más eufórico, rindiéndome a la lógica inevitable que una vez había rechazado, como si observara a mi propia hija en las primeras etapas de un amorío juvenil.

A menudo me detenía en la hierba junto al terraplén, en el descenso oeste del paso elevado, pues sabía que esta era la zona predilecta de Vaughan, y esperaba ver cómo se lanzaba detrás de Catherine cuando ella llegara con el tránsito rápido del atardecer.

El coche de Vaughan estaba cada vez más estropeado. En el guardabarros y las puertas del flanco derecho había huellas de impactos y raspaduras, y la carrocería oxidada parecía ahora más blanca, como si estuviera descubriendo un esqueleto interior. Mientras esperaba detrás de Vaughan en un embotellamiento de la carretera de Northolt, vi que dos de las ventanillas traseras estaban rotas.

Los daños continuaron. El guardabarros trasero perdió un panel de chapa, el paragolpes colgaba del piñón del chasis, y la herrumbrosa curva inferior tocaba el suelo cuando Vaughan volvía una esquina.

Oculto detrás del parabrisas polvoriento, Vaughan se encorvaba sobre el volante mientras atravesaba velozmente la carretera, ignorando las abolladuras e impactos del coche, que parecían lastimaduras que un niño angustiado se había infligido a sí mismo.

Yo no sabía con certeza si Vaughan intentaría embestir el coche de Catherine, y no la previne. La muerte de Catherine sería como un paradigma de mi interés por las víctimas de las catástrofes aéreas y los desastres naturales. Cuando por las noches me acostaba con mi mujer y le modelaba los pechos con las manos, imaginaba su cuerpo en contacto con ciertos elementos del interior del Lincoln, ensayando para Vaughan distintas posturas Catherine, que esperaba la inminente colisión, había entrado en una cámara encantada de su propia mente, y me permitía acomodarle los miembros preparándola para coitos inexplorados.

Catherine dormía cuando un coche destartado avanzó por la avenida desierta. El silencio de las calles extendía esta impresión de vacío completo a toda la ciudad. En ese breve sosiego que precedía al alba, cuando ningún avión despegaba del aeropuerto, sólo se oía el golpeteo de la válvula de escape del Lincoln. Desde la ventana de la cocina pude ver la cara gris de Vaughan apoyada contra la ventanilla resquebrajada; una marca profunda le cruzaba la frente como una cinta de cuero brillante. Durante un momento tuve la impresión de que todos esos aviones que él había estado observando habían partido ya. En cuanto nos fuéramos Catherine y yo, Vaughan se quedaría solo, merodeando por la ciudad vacía en el coche maltrecho.

No sabiendo si despertar o no a Catherine, esperé media hora y luego me vestí y bajé a la entrada del edificio. El coche de Vaughan estaba estacionado en la avenida, bajo los árboles. La luz del amanecer brillaba fríamente en la pintura polvorienta. Los asientos estaban cubiertos de aceite y suciedad, y en el compartimiento trasero había una manta desgarrada tapando una almohada grasienta de tartán. Por las botellas rotas y las latas de comida que había en el suelo, supuse que Vaughan estaba viviendo en el coche desde hacía varios días. En un evidente estallido de cólera había golpeado el tablero aplastando algunos instrumentos y el borde superior. Trozos de plástico y tiras cromadas colgaban bajo los mandos de las luces.

Las llaves estaban aún en el tablero. Miré a un lado y otro de la avenida, tratando de descubrir si Vaughan esperaba detrás de algún árbol. Caminé alrededor del coche, golpeando con el puño los paneles rotos, y poniéndolos otra vez en su sitio. Mientras yo trabajaba, el neumático delantero izquierdo se desinfló lentamente.

Catherine bajó y me observó. A la luz ya más clara de la mañana, volvimos caminando al edificio. Cruzábamos el sendero de grava cuando el motor de un coche

rugió en el garaje. Un bruído coche plateado, que reconocí inmediatamente como el mío, subió por la rampa y se precipitó hacia nosotros. Catherine gritó y trastabilló, pero antes que yo pudiera tomarla por el brazo el coche viró alrededor de nosotros y patinó sobre la grava para perderse en las calles. En el aire de la mañana, el ruido de la máquina era como un grito de dolor.

Nunca más vi a Vaughan. Diez días más tarde murió en el paso elevado, mientras trataba de estrellar mi coche contra la limusina donde viajaba la actriz que tanto había perseguido. Atrapado en el coche luego de atravesar el parapeto, el cuerpo de Vaughan estaba tan desfigurado a causa del impacto con el coche de la aerolínea que al principio la policía lo confundió conmigo. Telefonaron a Catherine mientras yo volvía de los estudios de Shepperton. Cuando llegué a Drayton Park y entré en el patio del edificio, vi que Catherine se paseaba despreocupadamente alrededor del herrumbrado casco del Lincoln de Vaughan. Cuando le tomé el brazo, miró con expresión ausente las ramas oscuras de los árboles por encima de mi cabeza. Durante un instante estuve seguro de que ella había creído ver a Vaughan, que después de mi muerte venía a consolarla.

Fuimos hacia el paso elevado en el coche de Catherine, escuchando las noticias de la radio que explicaban cómo la actriz había salido ilesa del accidente. Desde que Vaughan se había llevado mi coche del garaje no habíamos sabido nada de él. Yo estaba cada vez más convencido de que Vaughan era una proyección de mis propias fantasías y obsesiones, y de que en cierto modo yo lo había abandonado a su suerte.

Durante todo este tiempo, el Lincoln estuvo en la avenida. Sin la presencia de Vaughan, no tardó en desintegrarse. Mientras las hojas otoñales se acumulaban en el capó y en el techo, entrando en la cabina por las ventanillas rotas, el coche iba hundiéndose sobre los neumáticos desinflados. Ese estado de abandono, y los paneles sueltos de la carrocería y los guardabarros, despertaban la hostilidad de los peatones. Una pandilla de muchachos destrozó el parabrisas y pateó los faros delanteros.

Cuando llegamos al escenario del choque tuve la impresión de que visitaba de incógnito el escenario de mi propia muerte. Yo había chocado no muy lejos de allí, en un vehículo idéntico a este en que Vaughan había muerto. Largas filas de coches bloqueaban el paso elevado. Dejamos el coche en un garaje y recorrimos a pie el último kilómetro hasta las luces intermitentes. Un brillante cielo crepuscular iluminaba todo el paisaje, centelleando en el techo de los coches detenidos en la autopista, como si todos estuviéramos esperando para embarcarnos en un viaje hacia la noche. Arriba, los jets iban y venían como aviones de observación que inspeccionaban la marcha de esta migración inmensa.

Dentro de los coches, la gente miraba a través de los parabrisas mientras buscaban las noticias en la radio. Me pareció que los reconocía a todos, invitados a la última noche de una larga serie de fiestas en la carretera, a las que habíamos asistido juntos durante el verano anterior.

En el escenario del accidente, bajo la alta calzada de la rampa, en los bordes y parapetos, había por lo menos quinientas personas atraídas por la noticia de que la actriz había escapado apenas a la muerte. ¿Cuántos de ellos pensaban que en realidad ella había muerto, y que ya tenía un sitio en el panteón de las víctimas del automóvil? En la rampa descendente del paso elevado los espectadores se apretujaban en tres filas contra la balaustrada, mirando los coches de la policía y las ambulancias en el empalme con la Western Avenue. El techo hundido del autobús se elevaba sobre las cabezas de la muchedumbre.

Aferré el brazo de Catherine pensando en las falsas tentativas con que Vaughan la había amenazado en este mismo empalme. Mi coche yacía junto al autobús, bajo el resplandor de las lámparas de arco. Los neumáticos estaban todavía inflados, pero el resto del coche era irreconocible. Parecía que lo hubieran golpeado por dentro y por fuera. Vaughan había trepado por la rampa a toda velocidad, tratando de lanzarse hacia el cielo.

Sacaron al último pasajero del piso superior del autobús, pero los espectadores no miraban a las víctimas humanas; clavaban los ojos en los vehículos deformes que ocupaban el centro del escenario. ¿Veían acaso en estas ruinas el modelo de una vida futura? La actriz de cine permanecía de pie junto al chófer, y se llevaba una mano al cuello como defendiéndose de la imagen de esa muerte que había pasado rozándola. Los policías y los enfermeros, así como la turba de espectadores que se apretujaban entre las ambulancias y los coches de la policía, procuraban dejar un espacio libre alrededor de la actriz.

Las luces intermitentes giraban sobre los techos de los coches de la policía, invitando a otros transeúntes a presenciar el desastre, anunciándolo a los altos edificios de Northolt, a los supermercados nocturnos de la Western Avenue, a las hileras de coches que circulaban por el paso elevado. A la luz de las lámparas de arco, la calzada del paso elevado era un proscenio visible desde kilómetros a la redonda. A través de las desiertas calles laterales, de los circuitos para peatones y de los cruces del silencioso aeropuerto, los espectadores se movían hacia este vasto escenario, atraídos por la lógica y la belleza de la muerte de Vaughan.

En nuestro último atardecer, Catherine y yo visitamos el depósito de la policía adonde habían llevado los restos de mi coche. Recibí la llave de la puerta del oficial de guardia, un joven de ojos penetrantes a quien yo ya había visto mientras vigilaba cómo sacaban el Lincoln de la calle frente a mi casa. El hombre sabía —yo podía asegurarlo— que Vaughan había preparado esta colisión fallida con la limusina de la actriz durante muchos meses, ensamblando materiales: los coches robados y las fotos de parejas sorprendidas durante el coito.

Catherine y yo paseamos entre hileras de coches abandonados o confiscados. En

el depósito apenas había otra luz que el reflejo de las lámparas de la calle en las piezas de cromo. Sentados juntos en el asiento trasero del Lincoln, Catherine y yo hicimos el amor, rápidamente como en un rito, y luego de un fugaz estremecimiento, mientras yo le aferraba con firmeza las nalgas y ella me ceñía la cintura con las piernas, la vagina me arrancó un poco de semen. Le pedí que se arrodillara sobre mí y recogí en la mano el semen que le fluía de la vulva.

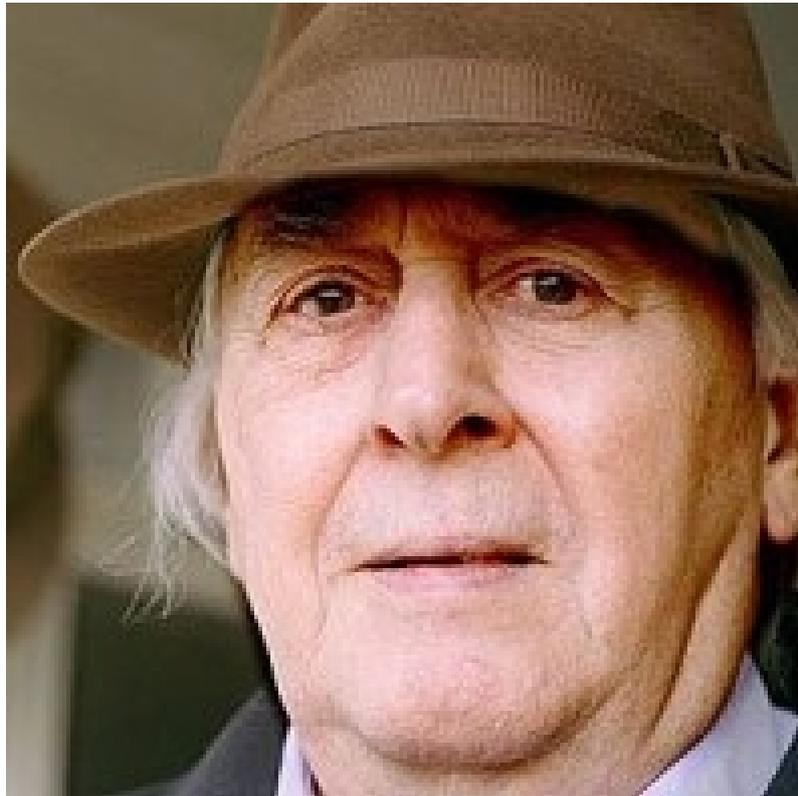
Más tarde caminamos entre los coches, yo llevando el semen en la mano. Los haces de luz de unos faros pequeños nos cruzaron las rodillas. Un coche sport abierto se había detenido frente al depósito. Dos mujeres estaban sentadas detrás del parabrisas, escrutando la oscuridad. La que conducía movió el coche hasta que los faros iluminaron los restos del vehículo destrozado donde había muerto Vaughan.

Una de las mujeres salió del coche y se detuvo brevemente junto a la puerta. Mirándola desde la penumbra, mientras Catherine se ajustaba las ropas, reconocí a la doctora Helen Remington: Gabrielle conducía el coche. Me pareció adecuado que ambas hubiesen venido a mirar por última vez lo que quedaba de Vaughan. Las imaginé recorriendo los parques de automóviles y las autopistas, que para ellas estarían siempre ligadas a las obsesiones de Vaughan, ahora celebradas en los dulces abrazos de la doctora y la amante inválida. Me alegró que Helen Remington estuviera transformándose en una mujer cada vez más perversa que había encontrado la felicidad en las cicatrices y heridas de Gabrielle.

Al fin Helen tomó a Gabrielle por el hombro y se fueron juntas. Catherine y yo seguimos caminando entre los coches, y descubrí que yo aún llevaba el semen en el hueco de la mano. Metiendo el brazo por las ventanillas y parabrisas rotos de alrededor, marqué con mi esperma los mandos y los tableros de instrumentos tocando estas áreas de heridas en los puntos más deformados. Nos detuvimos frente a mi propio coche. La sangre y las mucosidades de Vaughan embadurnaban la cabina de pasajeros. El tablero estaba cubierto por una tela oscura de tejido humano, como si hubieran extendido la sangre con un soplete. Moje con esperma los mandos y esferas aplastados, dibujando por última vez la forma de Vaughan en los asientos. La huella de sus nalgas parecía suspendida sobre estas superficies deformes. Desparramé el semen sobre el asiento, y luego froté la columna de dirección, una lanza ensangrentada que sobresalía del tablero.

Catherine y yo retrocedimos mirando estos débiles puntos líquidos que relucían en la oscuridad, primera constelación en el nuevo zodíaco de nuestras mentes. Sostuve el brazo de Catherine alrededor de mi cintura mientras íbamos de un lado a otro entre los coches arruinados, apretándole los dedos contra los músculos de la pared de mi estómago. Supe entonces que yo ya estaba preparando los materiales de mi propia muerte automovilística.

Entretanto, el tránsito se mueve en un flujo incesante a lo largo del paso elevado. Los aviones despegan de las pistas del aeropuerto, llevando los restos del semen de Vaughan hacia los tableros y radiadores de un millar de coches aplastados, las piernas torcidas de un millón de pasajeros.



JAMES GRAHAM BALLARD, escritor británico nacido en Shanghai, China, el 18 de noviembre de 1930 y fallecido en Londres el 19 de abril de 2009. Pasó su infancia en el Asentamiento Internacional de Shanghai, una zona de la ciudad china administrada por diversos estados extranjeros con intereses comerciales en el país asiático. Tras la ocupación japonesa de la ciudad, durante la Segunda Guerra Mundial, Ballard (que entonces era un adolescente) fue trasladado, junto con su familia, a un campo de prisioneros, hechos que relataría años más tarde en su novela autobiográfica *El Imperio del Sol*, adaptada de forma exitosa al cine por el director estadounidense Steven Spielberg. Esta novela, ganadora del Guardian Fiction Prize, se aleja sustancialmente de la mayor parte de la obra del autor, encuadrada en el género de la ciencia ficción, siendo la temática distópica la que más célebre le ha hecho. Fue uno de los principales miembros de la New Wave, una corriente renovadora del género fantástico de los años sesenta y setenta del siglo XX.

Notas

[1] Publicado por vez primera en la edición francesa, Calmann-Lévy, 1974 <<